



S U P L E M E N T O S E M A N A L D E A R R I B A



Aguilar



DIVISION AZUL

Portada de Aguilar.—Agustín Muñoz Gran-
des, por "El Tobib Arrumí"; página 4.—
La canción del Este, por Juan Aparicio;
página 5.—Ni la muerte te venció, por Pe-
dro Salvador; página 6.—Elegía a la mu-
erte de Enrique Sotomayor, por Dionisio Ri-
cro; página 7.—La primera Escuadri-
lla de Voluntarios Españoles, por Jacobo
de Armiño; página 8.—Flor de la España,
la caballería, por Víctor de la Serna; pá-
gina 9.—Los motivos de la División Azul,
por Andrés Galtán; página 10.—Mil dos,
cientos kilómetros de marcha, por Federico
Isquierdo Luque; página 10.—Estirpes
españolas en las horas decisivas de la Pa-
lange, por Julio Fuentes; página 11.—Epi-
sodio de los esquiadores del capitán Or-
dás, por Manuel Aznar; páginas 12 y 13.—
Modos y formas de ver la guerra, por
P. S. V.; página 14.—Soldados de Europa,
por Xavier de Echarrí; página 15.—Una
página de gloria de la División Azul, por
Luis Gómez Tello.—Guardia en el puente,
por Demetrio Castro Villacabras; página 16.
El voluntario "Rosquilla", por T. Nieto
Purcia.—Un hospital de españoles en Ber-
lín, por D. Gallego Cortés; página 17.—
Anecdótico de la División, por Jesús
M. Tenorio y Rodríguez Arriaga; página 18.—
La Vieja Guardia de José Antonio en el
frente de Rusia, por Vicente Cebrián; pá-
gina 19.—Cómo cayeron García Nobilias,
Chipi Ruiz Vercel y otros camaradas;
por Santos Alcocer; página 21.—La Divi-
sión Azul, por Celia Jiménez; página 24.—
Dibujos y viñetas de Eguía, Gabriel y La-
pez Reiz.

HARO

Haro podríamos reflejarlo en una sola
imagen: su Ayuntamiento. Como símbolo
de una ciudad que ha sabido incorporar
a un presente material los valores eter-
nos de la tradición netamente española,
en la plaza se alza el edificio del Ayun-
tamiento. Sólidos cimientos y paredes al-
bergan la complejidad de una administra-
ción perfecta encauzada en un ambiente
moderno y dinámico. Es decir, todo el es-
píritu de la nueva España.

Y este tono es el que preside la vida
de Haro, población eminentemente agri-
cola, con sus industrias directamente de-
rivadas y cohesionadas con la agricultura.

Sus maravillosos vinos, han llevado a
las mesas de todo el mundo, en la poli-
cromía de sus etiquetas, el nombre de
esta vieja ciudad, en la que se hallan es-
tablecidas la mayor parte de las grandes
bodegas de Rioja.

Esta es industria predominante, pero no
la única. En la fabricación de zapatillas
y alpargatas de cáñamo y esparto, ha lle-
gado a obtener una producción importan-
tísima, debido a lo bien logrado del tra-
bajo efectuado por las diversas fábricas,
en las que se labora no sólo la suela de
esparto y cáñamo, sino que inclusive se
tejen las lonas que se requieren para su
confección.

Son importantes también sus fábricas
de maquinaria agrícola, especializada de
tal forma en la construcción de la em-
pleada en los cultivos de la región, que
puede decirse que no se importa de nin-
guna otra provincia este género de ma-
quinaria.

Asimismo, su comercio, es en mayoría
una consecuencia de su producción bási-
ca. La importación y venta de abonos y
fertilizantes está organizada en gran es-
cala, pues no obstante las restricciones
que imponen las dificultades creadas por
las circunstancias actuales por las que
atraviesa el mundo, es enorme el consu-
mo que se hace de ellas, habiendo Casas
en la localidad que giran anualmente por
valor de millones.

Orientando y prestando su colaboración
para la marcha total, la C. N. S., así co-
mo el Ayuntamiento y la Jefatura Local
de F. E. T. y de las J. O. N. S., ponen
su inteligencia y entusiasmo al servicio
del desarrollo de Haro, que es también
al servicio de España.

ENRIQUE UGALDE

FABRICA DE JABON

HARO (Logroño)

CASA VILCHES

Pintura
moderna
y
antigua

Av. José Antonio, 22
MADRID

Federico Paternina

(S. A.)

VINOS
FINOS
de
MESA

HARO
y
OLLAVRI
(Rioja)

Hotel Espinosa

CALAHORRA

Calefacción
Coche estación

ALMACENES

Garrigosa, S. A.

Tejidos
Novedades
Pañería
Sastrería
Confecciones
Perfumería
Paquetería
Bazar
etcétera

Bretón Herreros, 3 y 5
— Teléfono 1038 —
LOGROÑO

Francisco de Jaureguibeitia

SUCESOR DE
V. GOMEZ Y C. A. S. L.

Cereales
patatas
piensos
paja y
abonos minerales

General Mola, letra A
HARO

FABRICA de PIEDRA ARTIFICIAL
y MATERIALES de CONSTRUCCION

AURELIO GUTIERREZ
Avenida de la Estación, 7—Calahorra

LA INDUSTRIA TEXTIL DE LA RIOJA

Existe en general un desconocimiento
grande de la importancia de la industria
textil lanera en La Rioja, y con estos da-
tos se pretende ilustrar a la opinión de
lo que supone esta industria dentro de
la economía de la región y, por conse-
cuencia, de España.

La industria textil lanera de La Rioja
es de abolengo. Creada al calor de la
zona ganadera y de las grandes alturas
de sus sierras, que permiten improvisar
en cualquier sitio un gallo de agua; ya
en el siglo XVI tenía pueblos enteros de-
dicados a esta industria. Entre ellos me-
recen destacarse: Munilla, Enciso, Arne-
dillo, Ezcaray, Torrecilla, Soto de Camer-
os, Igea, etc., llevando sus manufactu-
ras por los caminos de herradura a ven-
derla a los grandes mercados del norte
y centro de España, contribuyendo al
vestido de un gran tanto por ciento de
esas regiones. Más tarde se establecie-
ron grandes almacenes en Palencia, Va-
lladolid, Galicia, Andalucía, para vender
casi exclusivamente paños de La Rioja.
Posteriormente, al venir la decadencia
del paño fuerte a fines del siglo XIX y
no evolucionar, estas industrias fueron
perdiendo mercado y desapareciendo fá-
bricas y pueblos de tradición pañera, co-
mo son Torrecilla y Soto. En Arnedillo
fracasó también un intento de moderni-
zar la fabricación, y quedaron solamente
las fábricas de Enciso, Munilla y Ez-
caray.

En espíritu de constancia y trabajo que
siempre ha habido en tierra de Cameros
hizo que estos industriales buscasen la
manera de adaptarse a las nuevas mo-
dalidades, hallando la aplicación de sus
tejidos a las zapatillas. Para esto hu-
bieron de crear industrias supletorias,
reformular las ya existentes, en una pa-
labra: adaptarse a la nueva fabricación.
De ahí nacieron las fábricas de zapati-
llas, hoy las más acreditadas y mejores
de España. Se montaban en Ortigosa
de Cameros dos fábricas de mantas y las
de Enciso evolucionaban hacia artículos
más finos.

Con esto cobra un nuevo impulso la
fabricación textil. Viene la guerra del 14
y estas industrias intensifican su produc-
ción, y bajo la Dictadura, sintiéndose
protegidas, procuran con una labor per-
sonal constante ampliar y perfeccionar
su utillaje, alcanzando la pujanza que
hoy tienen y llegando a una producción
considerable y a una insuperable perfec-
ción en sus manufacturas.

En 1936, puestas estas industrias al
servicio de nuestra Cruzada, y en jorna-
da inintermitente de veinticuatro horas,
diarias, se dedicaron por entero a cu-

brir las necesidades de nuestro Ejército,
pudiéndose decir que más de la ter-
cera parte del paño de capotes que usa-
ron nuestros soldados salió de La Rio-
ja. Calculando por bajo, se suministraron
durante nuestra guerra de Liberación
a la Excm. Intendencia General
dos millones de metros de paño para
capotes, 200.000 jerseys de lana y 250.000
mantas.

Este esfuerzo sobrehumano y este ren-
dimiento extraordinario en aquella ép-
oca, en que esta región, juntamente con
otras dos de la España liberada, pusie-
ron su entusiasmo, sus máquinas, su ca-
pital y su esfuerzo, al servicio de la Pa-
tria; este esfuerzo, como decimos, asegu-
ró la exclusividad de fabricación del nuevo
capote caqui, que por sus características
de fabricación y tinte, así como por su
esmerada confección, puede asegurarse
de antemano que el soldado español será
uno de los mejor vestidos del mundo.

Al término de nuestra guerra, y en-
trando en su ritmo normal, estas indus-
trias se aprestaron a la perfección de
su maquinaria, estando hoy en condicio-
nes de poder alcanzar su máximo ren-
dimiento. En el momento presente se han
llegado a alcanzar cifras de fabricación
verdaderamente fabulosas, tales como
millón y medio de metros de tejidos por
año y seis millones de pares de zapatillas.
Por su importancia industrial merecen
destacarse las siguientes fábricas:

En Munilla, la de tejidos y zapatillas
de HIJOS DE JUSTO ANTONIO AGUI-
RRE, capacidad de fabricación cinco
mil pares diarios, fabricándose todo el
paño, forro y hasta la suela de goma de
esa producción.

En Arnedo merece destacarse la fá-
brica de SEVILLAS, S. A., con su gran
instalación de tejidos y calzado. Moder-
nísima fábrica, con más de 20.000 me-
tros cuadrados de edificación y con ins-
talaciones de hilaturas de dos metros
de ancho, únicas en España.

En Logroño, capital, está la fábrica
de tejidos y zapatillas de FERNANDEZ
HERMANOS, con una producción de
seis mil pares diarios, fabricándose des-
de el paño, forro y suela hasta las cajas
para envase, que, juntamente con las
anteriormente citadas, forman el grupo

de primeras fábricas de España en pro-
ducción más completa.

Destacan los grandes edificios moder-
nos, recién inaugurados, de TEXTIL
QUEMADA, S. A., quien, para ampliar
y perfeccionar su fabricación, acaba de
colocar su instalación de tintes, aprestos
y acabados tan perfectamente instalada
y tan completa que tiene en tina cuanta
materia precisa la Agrupación de Fa-
bricantes de Intendencia de Rioja para
dar cumplimiento a su compromiso de
paño caqui para la Excm. Intendencia
General, y las pruebas efectuadas en
diversos laboratorios de España han de-
mostrado de una manera fehaciente la
imposibilidad de mejorar ese trabajo. Su
especialización en el paño le ha valido la
honra de fabricar el paño de la Casa Mi-
litar de S. E. el Generalísimo.

En Enciso tienen sus fábricas de za-
patillas y tejidos los SRES. SUCESO-
RES DE CANDIDO DE LA RIVA, des-
tacando su continua de hilar GESSNER,
la instalación más moderna de España.

En Ezcaray, la fábrica de alfombras
de ARTURO GANDASEGUI. Las de
urdimbres de tapicería de JOSE PUE-
LLO y la de boinas de ARCADIO ALE-
SANCO, cuyas tres fábricas, cada una
en su especialidad, confeccionan géne-
ros seleccionados y de alta calidad.

Las dos principales fábricas de man-
tas situadas en Ortigosa, una de D. JE-
SUS NAVARRETE y otra de HIJOS
DE JUAN COLIMACO RUBIO, han al-
canzado tal crédito en su producción,
que es considerada la manta de Orti-
gosa como la más fina que sale al mer-
cado.

No podemos omitir la fábrica de hi-
lados y géneros de punto que en Lo-
groño (capital) tiene HIJO DE C. GU-
TIERREZ, familia de gran raigambre
industrial, al frente de cuyo negocio fi-
gura D. Baldomero Gutiérrez, que, a pe-
sar de sus sesenta años de vida indus-
trial, lleva la administración de su fá-
brica con todo el empuje de una pri-
mera juventud.

Además de las mencionadas fábricas
existen otras de zapatillas, mantenidas
casi íntegramente con los tejidos de La
Rioja, y de importancia. Entre ellas,
la fábrica de GREGORIO JIMENEZ,
de Logroño, capaz de producir 4.000 pa-

res de zapatillas de paño, con su sue-
la correspondiente. En Arnedo, la de TI-
MOTEO RUIZ, con su doble fábrica
de alpargatas y zapatillas de paño, que
sobrepasa los mil pares diarios entre
bota suiza y zapatilla. La de JULIO MA-
YOR, en Arpedillo, y ANSELMO AS-
TALS, en Munilla, e infinidad de peque-
ñas fábricas y talleres que viven al ca-
lor de estas industrias. En resumen, La
Rioja, con sus 11.000 husos de hilar lana
cardada, sus 18 surtidos de hilatura
—nueve de ellos los más modernos y per-
fectos que se construyen—; más de 150
telares mecánicos y automáticos; tres lo-
vaderos de lanas sistema "Leviatan", de
una producción diaria de 8.000 kgs., ins-
talaciones de aprestos y acabados con
el utillaje más moderno; producción de
seis millones de pares al año, entre za-
patillas y alpargatas, y cuatro mil obre-
ros empleados en diferentes manufactu-
ras, le hace figurar en cuarto lugar en
la industria textil lanera de España.

Organizar y encauzar actividades tan
complejas dentro del Sindicato Textil,
al que pertenecen íntegramente estas in-
dustrias, era tarea ardua y difícil de ar-
monizar. Y es el camarada Amado Fer-
nández, delegado sindical provincial, apo-
yado con la valiosísima colaboración de
los camaradas Santiago Quemada, dele-
gado sindical textil, y Florencio de An-
drés, secretario del mismo Sindicato,
quienes de una manera clara y concisa,
y con una autoridad y gran estilo, lo-
gran atraerse a todos los industriales
afectados y llegar a la compenetración
que actualmente existe.

Prueba de esta compenetración y con-
fianza mutua es el que los industriales
hayan delegado en el Sindicato para que
sea el que fije los tipos más adecuados
a las diversas manufacturas de los re-
partos de materia prima que mensual-
mente se vienen adjudicando a cada re-
gión, sin que hasta el momento se haya
dado el caso de la menor protesta.

Si bien es cierto que la primera ma-
teria no llega a cubrir las necesidades
normales de los industriales, no es me-
nos cierto que el segundo año de la in-
tervención por el Sindicato de los ele-
mentos de trabajo se ha llevado con tal
acierto el servicio de estimación y re-
cogida, que puede asegurarse que en el
próximo corte 1942/43 será entregada
voluntariamente al Sindicato Nacional
Textil (Sección Lana) toda la lana que
produce España.

Por este deseo de colaboración y per-
feccionamiento en sus trabajos prevemos
un porvenir lisonjero a la columna tex-
til de esta provincia, hoy frenada en par-
te por las actuales circunstancias.

Muñoz Grandes, general del Ejército Español, jefe de los voluntarios en la lucha contra el comunismo



El general Agustín Muñoz Grandes, jefe de nuestra gloriosa División Azul, que ha sabido conducir una vez más a sus tropas a la victoria y ha ganado para el escudo de sus fuerzas voluntarias el distintivo de fidelidad y bravura en las palabras recientes del Führer alemán. Soldado y jefe con Franco, Caudillo de España, al general Muñoz Grandes ha tocado vivir esta hora para conquistar a España los lauros del combate más duro en las tierras extrañas de Rusia y llevar hasta ellas, con la sangre española, la presencia de nuestras banderas y la fe de una Europa mejor y más justa. ¡Arriba España!

AGUSTIN MUÑOZ GRANDES

Por "EL TEBIB ARRUMI"

Se me piden, con apremio de minutos, unas líneas sobre el general Muñoz Grandes, que manda nuestra gloriosa División Azul, para insertarlas en el número de SI de esta semana. Yo prefiero, a mandar unas cuartillas fruto de la meditación y el atildamiento preciso para los que escribimos desde la paz sobre la guerra, remitir el original de una de mis crónicas que, en unos mugrientos trozos de papel, escribí en jornada llena de emoción, vivida por mí al lado del entonces coronel Muñoz Grandes, en el sector de Lillo. Lo que tenga esa crónica de incorrecto literariamente, me parece que está suplido por la palpitación de vida que encierra. Y creo, además, que en esas líneas, que trazó mi mano aun temblorosa por la emoción de un gran día de victoria, está perfectamente definido el espíritu de este ilustre soldado español que acaudilla a esa legión de héroes que están luchando por el honor y el interés de España en Rusia.

Ahí va, pues, mi relato:

"Avanza penosamente esa caballería. En la carretera la ven acercarse un grupo de soldados. Cerca de ellos está también Muñoz Grandes, el coronel al que adoran los de la Segunda y Tercera Navarras. Vestido no más que como un soldado cualquiera, con una vitola humilde que parece imposible envuelva a tan grandioso jefe militar.

Cuando el mulo está ya muy cerca, se ve bien que trae el cuerpo de un hombre atravesado sobre su lomo, al modo como se llevan colgados los corderos al mercado. Pende de un flanco la cabeza y los brazos; por el otro se bambolean, a cada paso de la caballería, las piernas.

Se han apartado los muchachos al borde de la carretera. Ellos saben bien lo que quiere decir todo "eso" que sus ojos presenciaban. Unos se han vuelto de espaldas para no presenciar el paso del muerto, tristemente colgado, como una res, sobre el mulo; otros hacen comentarios de condolencia. Uno, más audaz, en fin, se acerca al costado por donde pende la cabeza y trata de atisbar las facciones del cadáver.

El coronel, al emparejarse el soldado que conduce el mulo con el ribazo en que descansa, poniéndose en pie, pregunta, más que con palabras con un guiño expresivo: "¿Es nuestro?"

—Sí, mi coronel. Es un alférez de los recién llegados a la columna.

Han oído todas estas palabras. Y se escucha un bisbiseo múltiple, que dice como un rosario de lamentaciones: "¡Lástima!... ¡Pobre muchacho!... ¡Tan joven!... ¡Y sería un valiente!... ¡Habría que ver su pobre madre!..."

Muñoz Grandes lo ha oído todo. Se yergue, y, súbito, exclama:

—Soldados, ¡Firmes!

Todos se cuadran. Hasta el conductor del mulo, en intuición magnífica de que aquel "firmes" iba, más que con nadie, con él.

Y con voz reposada, serena, pero llena de calor emocional, va diciendo el coronel su responso:

—¡Muchachos! Os he oído decir no sé qué palabras de lástima, de pena, dedicadas a ese que va ahí. Yo hubiera querido otros decir algo que significara vida. Ya lo veis. Atravesado en un mulo, casi como una res, y, sin embargo, ¡quién fuera él! ¿Qué entierro más so-

lemne que este suyo? Baja de la montaña, donde ha caído gritando: ¡Viva España! y dando ejemplo a sus soldados. Era un niño no más y ya es un héroe. Su carne, su cuerpo, poco importa. Recibirá el sumo homenaje de quedar en tierra con la bandera española por sudario. Pero su alma, desde aquella misma cima que él conquistó, subió a la gloria, que había logrado alcanzar con su último aliento al poner el pie donde España necesitaba que se pusiera. No tengáis tristeza. Al pasar un muerto por la Patria, sólo hay que tener una cosa: ¡envidia! y gritar sólo: ¡Quién pudiera ser él!

Y el coronel bajó del altílo, tomó entre sus manos la cabeza del alférez, se inclinó hasta arrodillarse, y, ya con la

boca, al nivel de la cara del muerto, en su frente puso un beso.

¡Qué brusca transición! Aquello, a un extraño le hubiera parecido hasta herejía o profanación insensata, y... ¡sin embargo! ¡Qué grande aquel muerto! ¡Qué sublime aquel rebotar de dichos, adiós, y aun frases de alborozo!

—¡Zagal! ¡Descansa en paz, que bien te lo has ganado!

—¡Muchacho, así mueren los hombres! Yo lo soy y quiero morir como tú.

—¡Hoy que prender fuego a todos los servicios de Pompas Fúnebres! Los soldados de España queremos ir en el último viaje, atravesados, como ése, en el lomo de una mula.

—¡Adiós, mi alférez! ¡Llévate a la tierra este escapulario que me dió mi vieja!

—¡Adiós, majo! ¡Te vengaremos!

—¡Viva el alférez que ha muerto!

¡Viva España! ¡Viva la Muerte!...

Y yo no sé cómo fué, pero, al paso del mulo por la doble fila de soldados, caía una lluvia de florecillas, casi más bien unos puñados de la hierba del tomillo que nacía por los ribazos; y el cuerpo del alférez-héroe se alejó cubierto de adiós alegres, de expresiones de envidia santa, de promesas de imitar su conducta brava, de tierra con margaritas y briznas de oloroso heno.

¡No vi nunca unas tan solemnes, conmovedoras, honras fúnebres!

¡Quién pudiera alcanzarlas algún día! Lillo, octubre, II Año Triunfal."

LA INFANTERIA ESPAÑOLA EN RUSIA



"... He llegado casi a odiar a la nieve", nos escribía hace poco un camarada desde su parapeto de hielo allá junto al Ilmen, que ahora cuarteaba su firmeza bajo el tibio golpe de la primavera. Sin embargo, en cuanto luce un poquito el sol y hay que andar de prisa, siempre se extiende, sin saber cómo, una sonrisa bajo el casco de guerra. No ha necesitado nunca muchas cosas para sonreír un soldado español. Más bien lo difícil ha sido lo contrario y, a veces, ni la misma muerte ha bastado a dominar el gozo de su boca. Pero la nieve es antigua amiga, y a su presencia siempre sube un niño saltando a la garganta y a los ojos. En la estampa que reproducimos la nieve es, además, aliada; su ternura facilita el transporte del pequeño cañón de acompañamiento. Las botas ronzan crudamente al ahondar el esfuerzo y el trineo suena como una seda que se rompe. ¿Están atacando los rusos? Nadie lo sabe seguro, pero, por si acaso, los soldados aprietan el paso y ensanchan la sonrisa.

Han tenido que pasar muchas noches de interminable centinela; han temido que colmarse los ojos demasiado con su bállo monótono, para que la nieve haya perdido su alegría. Es quizá el recuerdo de una sangre que derrochó su calor último en un vano intento de penetrar el hielo lo que ha movido la pluma de nuestro joven camarada. Pero es igual. En fin de cuentas el no se pone tampoco demasiado serio, y además sabe que también muere la nieve. Este es el tiempo en que se apresura a guardar su hermosura, demasiado gastada, para el año que viene. Aflora ya la tierra, y su oscura aparición es recibida con el júbilo de una nevada nueva. Con el barro ruso nacen los caminos y la tierra firme se ofrece de nuevo a la pisada segura. El aire se carga de esperanza, y una enorme interrogante invade de inquietud Europa entera...

No es prudente inquietar al destino. Ni, por otra parte, nos es demasiado preciso. Porque, en fin de cuentas, estamos bien seguros de que a nuestros soldados no les ha de faltar la sonrisa tampoco en primavera. Esto es lo importante. Por lo demás, también es muy posible que estos camaradas de la fotografía quiten el trineo a su cañón y lo echen a rodar alegremente hacia el Este, ya sin descanzo, hasta la Victoria.

LA CANCIÓN DEL ESTE

Por JUAN APARICIO

SEGUN la novelesca ficción del vizconde Ponsón du Terrail, coincidió Rocambole sobre la estepa rusa, como un conmitón más, con todo el Ejército napoleónico. Convivieron, pues, durante la retirada el artificioso e intrigante señor Rocambole y—por ejemplo—Henri Beyle. Así se derivan de este gran fracaso el rocambolismo como escuela de pícaros y truhanes en medio del siglo XIX y esa otra escuela de la burguesía liberal, cuya imagen y semejanza se conservan en las novelas stendhalianas. Stendhal redujo su arte novelístico a la fidelidad fría y azogada de un espejo que recoge y refleja la vida a través de un camino. Este camino de Stendhal tuvo su comienzo en el camino, ida y vuelta, de Rusia, por donde Napoleón Bonaparte iba tarareando constantemente aquel estribillo de la "Molinera" que había escuchado muchas veces en la boca de Porto:

*"Si bate nel mio cuore
l'inchostro e la farina..."*

Cuando Napoleón prescindiera de su cuplé habitual, o sea el que canturreaba con una voz en falsete y chillona, jactándose de su propia estampa o de su misma fortuna: "No, no... Es imposible—tener un muchacho más amable..." ¿Más amable?... Sí, la verdad...; era que su olfato genial le venteaba algo terriblemente nuevo y distinto encima de la tierra. Los vientos de Rusia llegan lejos, hasta las costas más occidentales de Europa, arrastrando consigo el olor ruso, la semilla rusa, la vesania enervadora, disgregadora, seductora de Rusia. Cierta día, las selvas moscovitas ardieron y las cenizas aún cálidas y relucientes llegaron a Suecia, propagándose su temperatura y su aroma acre a lo largo de toda la ruta. Tarareaba el pronóstico desconsolado de su siglo; porque "el mal del



siglo" del romanticismo francés no es nada más que el retorno fracasado de Rusia con el morbo fullero de Rocambole o con la insolencia cínica e intelectual del porvenirista Stendhal. Después del regreso de Moscú, Stendhal jamás confió en su tiempo contemporáneo, sino que esperaba hacia 1880 ó 1900 otro viaje de los europeos contra Rusia con su desquite y con su expiación.

Preguntaba Porto en la "Molinera", porque así se debatía dentro de su corazón, si la harina y la tinta del tintero de cuerno imprimirían alma y carácter a toda la prole de aquella edad. Pero como Napoleón volvió pronto vencido, fueron los notarios y los panaderos, metafóricamente simbolizando, quienes se repartieron la hegemonía del siglo. Edmundo About pudo escribir "La nariz de un notario", y el cónsul Henri Beyle, novela tras novela, la fisonomía despiadada de la centuria. Tinta y harina, algodón y carbón, fueron los ingredientes del progreso mecánico—incrédulo, antihumano, masa y finanza—que ha desembocado en el bolcheviquismo; esto es, en Rusia. Sobre su llanura abierta al huracán o para el trineo, pero sin vías, calzadas ni veredas perennes, es demasiado peligroso volver al hogar occidental con el cuerpo válido y sin el ánimo mutilado. La mayoría de los espartaquistas de 1918 fueron soldados alemanes que habían entrado triunfalmente en Riga, en Varsovia o en

Kiev. Luego vinieron a perderse y a confundirse las huellas del avance y del retroceso, y hay una novela rusa casi poética de Constantino Fedin, "Las ciudades y los años", en la que un transfuga tudesco es el jefe de un soviet de San Petersburgo, ordenando como tal la sumarísima ejecución de Andrés, indolente protagonista eslavo de la novela de una generación desmovilizada, desilusionada y revolucionaria.

¿Cuál será la estrofa o el ritornelo que entone la División Azul a su vuelta del frente del Este, boreal y monótono? Los camaradas que partieron con "María de la O", o la "Parrala", entre la fiebre patriótica de sus labios juveniles, ya han traducido el casticismo de esas dos mujeres españolas por otra canción más continentalmente ecuménica, aunque también más sentimental y nostálgica, la de Lili Marlen. Lili Marlen es la cifra y compendio de la nueva Europa, que no es "la joven Europa" de los carbonarios—Rocambole, Stendhal, todo revuelto—de las nacionalidades puestas en vilo como gusanos en la tumba del Corso.

Unánime y unívocamente, la División Azul nos trae desde su vanguardia rusa la canción de Lili Marlen, que ya no son los tangos cubanos ni las habaneras de los repatriados de 1898. Aunque esta fecha del 98 sin himnos, sin estribillos ni epígrafos, es otro cantar, otro cantar muy di-

ferente. Ningún español de los que resistieron en la Manigua bajo el uniforme casi penitenciario de rayadillo, salvo el Ejército profesional de nuestra gran tradición española de las armas, fueron los españoles que escribieron las letras, la literatura de la España vigente, de la España oficial, cuyos estadistas, profesores y poetas no fueron a nuestras islas de las Antillas para volver con la furia nacional del repatriado en pos de la suya, en pos de la Patria rehecha con las vísceras, con el cerebro y con el estro.

Sin embargo, la División Azul se ha nutrido sobre una base ancestral de campesinado militante—leva con Historia—; pero con una minoría como sobrehaz de escolares, catedráticos y literatos en trance de profetas nacionales. Tanto la masa como la levadura son capaces de injertarse en el tiempo sincrónico de la canción, del heroísmo, de la creación política. Son gentes que han llevado nuestra voz española, desde siglos atrás afónica y alala en la comunidad del mundo—el español era un hombre solitario que cantaba aislado su angustia gigantesca—, a otras voces sonoras, religiosas y totalitariamente europeas. La canción que se entona en Rusia ante un paisaje de iconos que resucitan y catedrales devueltas a la fe, es como una coral, como una catara polifónica, donde nuestra División de Voluntarios Españoles ha puesto con su libérrimo albedrío el empuje de su pasión católica. Una canción de tanto aliento puede forjar un ánimo tan magnánimo y diamantina que no la quiebran adioses ni retornos. La canción de la División Azul, la canción de la Europa reunida en el Este puede ser la de Lili Marlen o cualquiera otra todavía inédita; pero no será la que nos imponga—frente a la obsesión napoleónica—la tiranía de las ruedas de molino o de los protocolos notariales.



SALONCITO DE ARTE

Marcos de estilo
Cuadros al óleo
Objetos para regalo

Goya, 55 Teléf. 54927
M A D R I D

La España Artística — VIUDA DE A. MACARRON

Artículos para dibujo y pintura

SALONES MACARRON

Exposiciones de Bellas Artes
Venta de cuadros

Exposición actual
M. ABELENDA
Abierta los domingos, de once a una

Jovellanos, 2 — MADRID

HIJOS DE J. CANO "SALON CANO"

Fundada en 1906
PROVEEDORES y DECORADORES
del
MUSEO DEL PRADO

G A L E R I A D E A R T E
CUADROS :: MARCOS :: OBJETOS de ARTE :: GRABADOS

Teléfono 22322—Carrera de San Jerónimo, 34—MADRID



ITURRIOZ

FUENCARRAL, 16

MARCOS
MOLDURAS
GRABADOS

NI LA MUERTE TE VENCIO

Por PEDRO SALVADOR

(Cruz de Hierro)

Si creyéramos en el azar no uniríamos en el recuerdo fechas dispersas en el calendario heroico de la División Azul. Pero el acontecer histórico obedece a razones más hondas y radicales que ese anárquico suceder de los días, trayéndonos su contenido triste o alegre. Un doce de octubre, Fiesta de la Hispanidad y del Pilar, abrió la senda guerrera de una División que alcanzaría eco de leyenda; el día de Todos los Santos marcó el vértice de una actuación ofensiva truncada por los elementos; la Patrona de la Infantería y de España presidió el momento más crítico de un invierno preñado de peligros; la Navidad de 1941 evocará siempre en nosotros hechos no superados, y el Jueves Santo se nos aparecerá en lo sucesivo rodeado de un clima guerrero e invernal. Si esto fuera producto de un azar que no sabe de leyes ni de inteligencias rectoras, la verdad del heroísmo hispano perdería la casi totalidad de su belleza ejemplar.

El invierno más crudo del siglo conocía su máximo apogeo; sobre el Wolchow—río helado que más servía de camino de penetración que de muro defensivo—montaban su guardia vigilante los soldados de la División Azul "con frío en los huesos y mucho calor en el corazón". A seis kilómetros de la línea corría paralela la carretera de N. a T., arteria primera del sector Norte. El frente era mucho y escasos los defensores. El enemigo acumulaba tropas traídas de todos los confines, y el termómetro marcó 40 grados bajo cero. El fusil quemaba al contacto—paradoja del invierno ruso—, y todos soñábamos despiertos en la Patria lejana, que se aprestaba a vivir esos días navideños que saben y huelen a hogar.

Primero fué Gorka. La mañana del 24, defendida por una compañía del batallón del comandante Suárez, compañía clareada por la resistencia heroica de un mes en N., un batallón enemigo, tras la infiltración protegida en las sombras nocturnas, rodeó el pueblo, y allí quedó, sobre la inmensidad helada, la casi totalidad de sus efectivos... Al día siguiente, llegada la noche, una luna en creciente iluminaría la marcha de cuatro trineos sobre el bosque blanco de nieve, camino del cementerio improvisado de P.; siete cuerpos sin vida de españoles—amén de otros siete de camaradas alemanes—fué el precio que la División pagó por aquel batallón del regimiento ruso 1.002.

Los hombres nada significan para el mando rojo. Creen inagotable su cantera humana, y era preciso servirse del "General Invierno" y de la reorganización en retaguardia del Ejército maniobrero del III Reich. Los días se sucedían iguales: Gorka, Wistriza, Urdanik...

Ya se canta por España el romance de la Intermedia, aquellos hombres del temiente Mercadal que cumplieron con trá-

gica literalidad la orden recibida: "No es posible retroceder. Tenéis que estar ahí como clavados", y clavados estaban a las tres de la tarde de ese día, cuando la ermita fué reconquistada. Nuestro general lo comunicaría a la División en su Orden del 28: "Ni uno solo retrocedió, y para rubricar tan gloriosa hazaña, la barbarie rusa, el poco tiempo que dominó la posición, lo empleó en clavar con picos nuestros cadáveres en el suelo. La orden había sido totalmente cumplida: allí estaban los nuestros "clavados".

El milagro se había realizado. Un milagro que sólo el heroísmo español hizo posible. Pero milagro fué que un puñado de hombres rechazasen a más de dos mil soldados de tropas escogidas, y tampoco fué debido al azar la precisión artillera de una batería española, cuyo teniente observador había encontrado gloriosa muerte... No es fantasía periodística el balance de bajas. Mis ojos lo vieron y la prosa castrense lo confirmó: ¡Mil muertos, contados, llenaron las barrancadas y el cauce trágico del río! Y a la otra orilla, "los certeros disparos de nuestra Artillería fueron diezmando, a placer, a la hueste comunista, deshecha, jadeante, despavorida". Los batallones de reserva que esperaban la noche para cruzar el río y reforzar la cabeza de puente sintieron en sus propias carnes desgarradas

la presencia española en aquellas tierras desoladas, sin paisaje ni perspectiva, a las que llegaron impulsados por un ideal y una ambición de grandeza.

El lenguaje seco de los "partes oficiales" habló un día: "En el sector del Wolchow ha sido cercada una formación enemiga". A nuestras espaldas, un Cuerpo de Ejército ruso, flecha lanzada en busca de un objetivo imposible, se asfixiaba en la bolsa acabada de cerrar; pero el pasillo era estrecho, y la fiera enjaulada clavaba sus garras en los barrotes, y una y otra vez se lanzaba sobre las líneas apretadas que hombro con hombro formaban españoles y alemanes. Y así llegó el Jueves Santo.

Un Jueves Santo de guerra y de nieve. La ventisca cegaba los ojos e impedía toda visibilidad. Un batallón español—el del comandante Román, cuyos hechos de armas serán difícilmente igualables—oponía sus compañías, clareadas en exceso por seis meses de continuo batallar, a un enemigo diez veces superior. La orden seguía siendo la misma. El coronel alemán del sector—Caballero de la Cruz de Hierro—había telefonado la tarde anterior: la embestida roja se preveía inminente para liberar a los veinte mil rusos cercados. En la mañana del Jueves Santo, tanques de 50 toneladas iniciaron su primer ataque en masa. La nieve, que formaba aún una capa de metro y medio, no fué obstáculo para los monstruos de acero, y uno a uno fueron acercándose a las líneas españolas... Los oficiales gritaban: "¡Dejad a los tanques y esperad a la Infantería!" Pero ésta no llegó. Los tanques pasaron; pero alguno tuvo que vencer el obstáculo opuesto por los cuerpos sin vida de los españoles que, pegados al suelo, esperaban el momento en que sus armas fueran utilizables contra un enemigo igual...

Ha pasado el invierno. En el Reichstag lo anunció Hitler al mundo entero, y ya es posible hablar de estas hazañas, que

encontrarán eco diverso, según quien las lea. La División Azul ha recibido para su escudo heráldico la mejor leyenda: "NI LA MUERTE VENCIO TU HEROISMO Y FIDELIDAD". Con sangre se fundieron las estirpes, y con la mejor sangre de españoles se ha conquistado el respeto del más poderoso Ejército del Mundo. Que esa sangre no sea infecunda; que España pueda recoger un día la cosecha de poder y de tierra que la semilla arrojada en los campos en que se decide la suerte del Mundo ofrece.

En permiso, abril 1942.

RIOJA SANTIAGO

H A R O (Logroño)

FABRICA de MOSAICOS y PIEDRA ARTIFICIAL

FELIPE SOLANA

Avenida de la Estación, 21
Teléf. 7 — CALAHORRA

Vda. de

R. Santorromán

C A J A S
de
C A R T O N

CALAHORRA

Avenida Estación, 23

Teléf. 197



REDACCION,
ADMINISTRACION
Y TALLERES DE
"ARRIBA"

Larra, 8 - Teléfono 32610

ELEGIA A LA MUERTE DE ENRIQUE SOTOMAYOR

Murió en Possad el 4 de diciembre de 1941

Por DIONISIO RIDRUEJO

No has sufrido derrota, bien lo sabe
mi fe, mientras me inclino doloroso
a platicar el último silencio
sobre tu faz herida.

Tu mismo rostro sabe tu victoria,
el hielo ha preservado tu sonrisa
ensangrentada, y ni una sola sombra
te ha dejado la muerte.

Un trasudor de gloria serenada
nace de tu abatida fortaleza,
y nada espera ya: todo lo tiene
este gesto de niño.

Pero tu carne se ha hecho tan pesada
como la roca, fría más que el aire;
tu volumen mortal es de la tierra
que se cubre de nieve.

Estoy ya solo cuando estoy contigo,
tu benigna ansiedad ya no me escucha
y la mía es dolor sin esperanza
y ausencia verdadera.

No conozco estos labios sin palabras,
rasgados por el plomo; ni esta frente
que ya no vela el ánimo maduro
e inocente que fuiste.

No conozco esas manos sin oficio
ni estos pies sin sendero, ni estos ojos
yertos, sin mí, bajo el cristal inútil
y cuajado de hielo.

Nieva sobre tu cuerpo. Ya olvidaste
su piel, su sangre, su calor; ya es solo
la cosa extraña y muerta que se deja,
sin dueño, abandonada.

No, no eres tú. Levanto la mirada
para buscarte entre los que pelean,
en los cielos quizá o en esta parte
de corazón que sufre.

No eres éste; no has sido derrotado.
Tu cadáver sepulto en la blancura
aun ha de ser solar de la batalla,
triste tierra perdida.



Tres voluntarios de la División Azul, Dionisio Ridruejo, Agustín Aznar y Enrique de Sotomayor, adelantados en el tiempo y en el servicio, han acudido también a este lugar de combate contra el antiguo enemigo. Quisieron asistir al final de una lucha que comenzó desgarrando la carne de la Patria. Uno de ellos, Enrique de Sotomayor, demorado impaciente, goza ya de su victoria sepultado bajo la tierra rusa. Al renovar Ridruejo su presencia ejemplar, sentimos todos la honda alegría de ver cómo tanto sacrificio generoso va haciendo más verdad, día a día, nuestro grito de siempre: ¡Arriba España!

Pero tú avanzarás en nuestra sangre
y en nosotros serás la primavera,
porque has muerto, has nacido, vives siempre
con gloria de soldado.

Dejo en su inerte paz estos despojos,
pero los veo aún y vanamente
el alma en el peligro se consuela
con la verdad tranquila.

Ya para siempre vivirá conmigo
esta porción de soledad que era
compañía animosa y esperanza,
diálogo y sentimiento.

Tantas cosas aun sólo empezadas,
tantas palabras sin decir, tan vastas
tierras que transitar y tanta empresa
de amistad prometida.

Ayer me revelabas los secretos
tímidamente humanos, y los hondos
que eran camino y clave de tu vida:
tu razón y tu sueño.

Largas horas de nieve, lentas velas
bajo estrellas remotas; días, meses
de alegría monótona y sencilla
y de ardiente peligro.

Estabas con nosotros y las almas
trabaron sus costumbres, sus empeños,
sus lucideces y sus agonías,
honradamente abiertas.

Ayer mismo pasaba los umbrales
de la excavada habitación y entraba,
tu júbilo inocente y valeroso
como un ramo de olivo.

Te despediste brevemente. A poco
tronaban ya los cielos y la tierra;
era un temblor de sordas amenazas
y el fuego amanecía:

Las palabras quedaron en el aire,
y cuando pude verte sólo estaba,
en tu lugar, esta presencia joven
de torre malherida.

El tiempo seguirá, la paz acaso
nos devuelva a la tierra venturosa
por donde tantas veces transcurría
nuestra voz alejada.

Tú, ausente siempre ya; tu cuerpo hundido
en el mar de la estepa, tu sonrisa
rozando la memoria y tu sosiego
más allá de los astros.

El tiempo seguirá; tal vez, en vano,
los ojos buscarán una respuesta,
en el espacio viudo, entre las filas
nuevamente pobladas.

El tiempo seguirá y en su transcurso
tú serás cada día ese silencio
súbito, que se inserta entre las horas
como una eternidad emocionada.

Rusia, 1941.

La primera Escuadrilla de Voluntarios Españoles

Por JACOBO DE ARMIJO

HERVIA de entusiasmo el andén de la estación del Norte madrileña en aquella noche del 24 de julio, vispera de Santiago, Patrón de España; el que según la tradición viniera sobrenaturalmente a las tierras ibéricas para cargar, al frente de las mesnadas castellanas, contra los enemigos de la fe de Cristo.

A luchar contra ellos van ahora también esos muchachos que con el corazón desbordante de alegría esperan, con nerviosa impaciencia, el ansiado momento de enfrentarse de nuevo con el eterno enemigo, con los mismos rojos aviones del Ebro y Brunete; de Bilbao y el Pinarrón.

El solo hecho de haber sido elegidos para representar a las alas españolas en el lejano frente ruso, es ya de por sí una ejecutoria de su valer. Son discípulos, compañeros de Morato; él los educó en la caza; les inculcó su espíritu, su audacia, su decisión, su alegría... Muchos más quedan aquí, tascando el freno; contemplando con mal contenida envidia a los afortunados camaradas que pronto tendrán ocasión de renovar en el cielo de Rusia las proezas que hace poco realizaron en nuestro claro cielo.

BERLIN

La Escuadrilla Azul ha formado, hombro con hombro, junto a los camaradas alemanes. En presencia de nuestro embajador—con una Medalla Militar al pecho, que habla por sí sola de su brillante actuación en nuestra Cruzada—presen nuestros aviadores el juramento de obediencia al Führer. Ya ingresaron en la gloriosa Luftwaffe. La Legión Condor comienza a ver saldada la deuda que con ella contrajimos.

En un aeródromo de las inmediaciones va perfeccionándose la organización de la Escuadrilla con arreglo a las normas de la Luftwaffe. Conocen nuestros pilotos la táctica aérea empleada en la lucha, con arreglo a las experiencias últimamente adquiridas. Pero ya se les hace larga a nuestros aviadores esta quietud y sosiego. Arden en deseos de salir para el frente en busca del enemigo.

Llega por fin el ansiado momento, y con él la orden de partida. Ya está lista la Escuadrilla. Sus dos escalones, aéreo y terrestre, completos y a punto. Salen en vuelo los pilotos tripulando sus "Messerschmitts.109", y por ferrocarril y carretera se traslada el resto del personal y material.

FRENTE DEL ESTE

La Escuadrilla de Voluntarios Españoles constituye ya una unidad más de la Luftwaffe, la 15 Escuadrilla del 27 Grupo. Con sus camaradas alemanes alternan en el servicio de protección del frente. Del comandante Salas, jefe de la Escuadrilla, son las siguientes palabras sobre la llegada al frente ruso, publicadas en la "Revista de Aeronáutica": "Este nuevo aeródromo alemán fué el primer paso para iniciar relaciones de amistad y camaradería con gran número de jefes y oficiales de la Aviación alemana, con quienes hubimos de convivir y de quienes recibimos grandes pruebas de cordialidad y afecto. Durante este tiempo nos habituamos a la cocina alemana, bastante diferente de la nuestra, y aunque los primeros días hubo algunos individuos que notaron ligeros trastornos, no tardamos mucho en acostumbrar nuestros estómagos a este cambio de régimen alimenticio."

La llegada al frente de la Escuadrilla Española coincide con la iniciación de una gran ofensiva. Cedamos de nuevo la palabra al comandante Salas: "Se suceden los días con una actividad intensísima; no hay tiempo para el reposo; inmediatamente después de un servicio se cargan de nuevo los aviones de esencia y munición, no tardando en llegar la orden de otro. Así, sin interrupción, desde que amanece hasta que se hace de noche, trabajando sin descanso, no se le proporciona un momento de tregua al enemigo."

Al tercer día de actuación se derriban por la Escuadrilla los dos primeros aparatos rojos. En días anteriores se había tenido contacto con el enemigo e incluso combatido con él, pero sin resultado positivo comprobado. Los derribos los contamos al estilo alemán; sólo se recono-

cen los comprobados por algún testigo presencial que lo acredite con su firma, especificando con todo detalle todas las circunstancias de tiempo y situación que lo atestigüen. Entre los dos primeros derribados figura un caza del mismo tipo que los utilizados en nuestra guerra de Liberación. "Seguimos combatiendo, en distinto escenario, contra el mismo material y el mismo personal que en nuestra Patria; pero también al lado de los mismos amigos."

Al principio de su incorporación al frente consistía su servicio en la protección de un sector determinado, en el cual habían de mantener constantemente una pareja de aviones en vuelo. A esto se le denominaba "caza libre".

Esta pareja debía vigilar el sector asignado y atacar a los aviones enemigos que entrasen en él, para impedirles llegar a las líneas propias. Estaban en contacto con la Escuadrilla y entre sí por medio de la estación radio de a bordo. Unos auriculares y un laringófono, de los que iba provisto el casquete de vuelo, les permitían sostener sin esfuerzo esta comunicación. En caso de avistar fuerzas superiores, podían pedir refuerzos a la Escuadrilla o solicitar el auxilio de las patrullas de otras unidades del grupo que vigilaban los sectores inmediatos. Para esto, y en vista de la dificultad proveniente del desconocimiento del idioma, habían acordado con los pilotos alemanes dar el S. O. S. por medio de la palabra "amigo", que los germanos aprendieron fácilmente a pronunciar.

Corresponde a este período la mayor parte de los aviones rojos derribados por nuestra Escuadrilla. Todos los pilotos de la misma rivalizaron en ardor y entusiasmo por hacer morder el polvo a los aviones soviéticos, destacándose entre ellos el comandante Salas, capitán Bayo y tenientes Ibarreche y Lacour.

Más adelante fué encomendado a la Escuadrilla el servicio de protección de otras unidades de reconocimiento y bombardeo, disminuyendo con ello las probabilidades de entablar combate, toda vez que la aviación roja evitaba casi siempre atacar a las formaciones protegidas limitándose a efectuar incursiones esporádicas en las líneas alemanas.

En cambio, debido a la poca altura a que se veían obligados a efectuar sus vuelos, por la frecuente nubosidad y la necesidad de no perder de vista a los aviones protegidos, sufrían mucho los efectos de la abundante artillería antiaérea roja.

Pero no fué sólo en el aire donde tuvo que combatir contra el enemigo soviético nuestra valerosa Escuadrilla. La proximidad de los aeródromos al frente era tal, que a veces el escalón de tierra, enviado por delante para preparar el cam-

po, tenía que esperar en sus inmediaciones a que éste fuera conquistado por la Infantería.

Con frecuencia recibía orden de la Escuadrilla de aterrizar, una vez terminado el servicio, en otro aeródromo, más a vanguardia del de partida, el cual se esperaba que sería ocupado entretanto por las fuerzas de tierra.

Esta proximidad al frente de los aeródromos de caza estaba justificada por el deseo de utilizar al máximo la escasa autonomía de dichos aviones, que ante la rapidez del avance hubieran tenido que perder un tiempo, necesario para el combate, al tener que acudir desde aeródromos más alejados.

De esta manera, combinando los avances profundos en flecha de las "panzer", en el dispositivo soviético, con la actuación inmediata de la Aviación, ibanse aumentando formando las grandes bolsas en que quedaban encerrados por centenares de miles los soldados de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Esta táctica, audaz y sorprendente, daba lugar a que los aeródromos de la Aviación de caza se encontrasen en muchas ocasiones bajo el fuego de las fuerzas soviéticas, y que el personal de las escuadrillas tuviera con frecuencia que abandonar herramientas y bidones de gasolina, para, empuñando fusiles y ametralladoras, rechazar briosamente la agresión.

El aeródromo de Kalinin, por ejemplo, fué atacado el 17 de octubre por cinco tanques rusos, de los cuales, dos consiguieron llegar hasta el campo de vuelo. Despegaron los aviones de nuestra Escuadrilla y de otra de "Henschel Hs-123, bordeando y ametrallando a los tanques, de los que destruyeron uno, poniendo en fuga a los demás.

En otros muchos casos tuvo el personal de tierra que defender los aeródromos recién ocupados contra los ataques rusos hasta la llegada del grueso del Ejército de Tierra.

Habíase, a todo esto, avanzado en audaz progresión, desbordando por el norte a Moscú, y ocupaba nuestra Escuadrilla un aeródromo situado casi en la misma línea de fuego, al norte de la capital soviética, cuando, de improviso, sobrevino el terrible invierno ruso.

Antes de seguir adelante hay que aclarar que, desde hacía bastantes semanas, disfrutábase ya de una temperatura (-25°) a la que, por fortuna, nunca ha descendido el termómetro en nuestra ciudad, pero a esto no se le llamaba todavía invierno en Rusia.

Una madrugada el termómetro descendió bruscamente hasta cerca de -40°; aquella mañana no hubo manera de hacer arrancar los motores de los aviones. Como ha dicho el Führer alemán en su úl-

timo discurso, "ni el avión, ni el carro, ni la locomotora alemanes estaban preparados para funcionar a -47° en plena estepa", sin poder utilizar, por lo tanto, procedimientos auxiliares de calefacción. Hubo de ordenarse el repliegue para rectificar el frente, y la Escuadrilla recibió orden de abandonar el aeródromo.

Mas ¿cómo cumplir la orden? Los motores resistían a marchar, y el enemigo, creciendo en audacia ante la protección que le prestaba el por ellos ansiado "general invierno", atacaba a las escasas fuerzas que tenían que defender el aeródromo hasta la evacuación del material.

Podían volar los rojos porque partían de aeródromos permanentes de la cintura de Moscú, acondicionados para calentar los motores facilitando el arranque. Aprovechaban, por lo tanto, esta circunstancia favorable para atacar impunemente a las tropas de tierra.

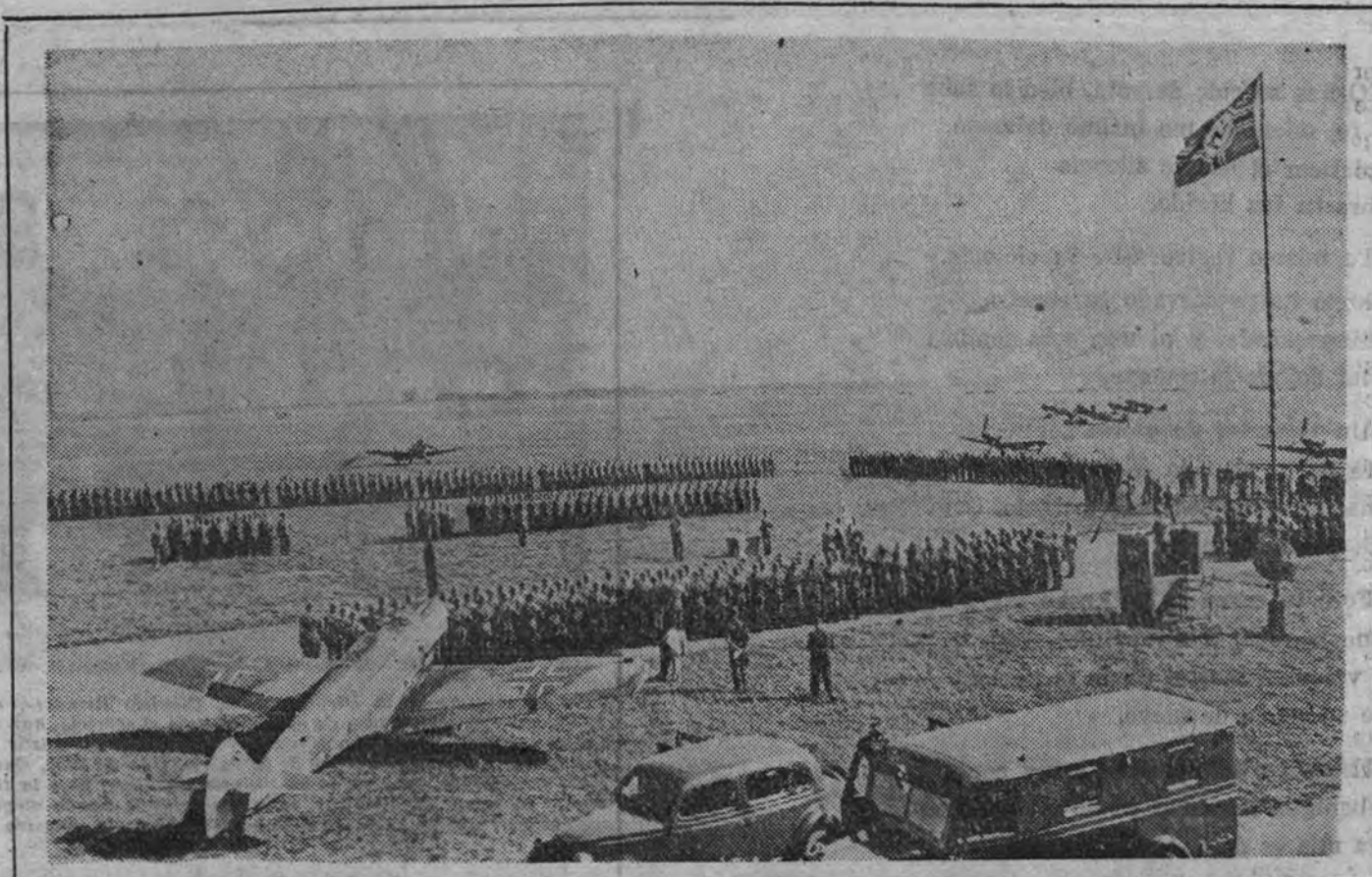
Organizábase con todo el personal de la Escuadrilla la defensa del campo. Por fin, bajo su protección, consiguieron despegar varios aviones, que al cuarto de hora de vuelo a ciegas entre la nieve, habían de regresar por formación de hielo en las alas.

Cañoneaba el enemigo sin descanso y, a pesar de ello, bajo la lluvia de proyectiles y la tormenta de nieve, volvían a despegar, el 10 de diciembre, los aparatos de la Escuadrilla. Dos de ellos regresaban inmediatamente, alcanzados por el furioso fuego antiaéreo, teniendo que dejar los aviones, inutilizados por los impactos de la D. C. A., en el campo de vuelos, convertido en aquellos momentos en "tierra de nadie"; los otros, navegando entre la nieve, lograban llegar a los campos designados por el Mando.

RESUMEN DE SERVICIOS PRESTADOS POR LA ESCUADRILLA

| | |
|---------------------------|-----|
| Servicios de guerra | 429 |
| Ametrallamientos | 84 |
| Combates | 91 |

Las Cruces de Hierro de primera y segunda clase, concedidas al comandante Salas, y las de segunda a los restantes pilotos y a una gran parte del personal de tierra, de brillante actuación en la defensa de los campos, como ya hemos hecho resaltar anteriormente, y en la que destacó notablemente el cabo armador Robustiano Alvarez, prueban, sin necesidad de mayores comentarios, el elevado concepto que los Mandos de la Luftwaffe han formado de nuestros aviadores, que en la inhóspita tierra rusa, en cerca de un centenar de combates y teniendo que luchar además con las inclemencias del más terrible invierno conocido, han sabido hacer honor a su divisa y poner muy alto el pabellón de España.



"Flor de la española caballería"

Por VICTOR DE LA SERNA

PENETRAR en el territorio de la División Azul es penetrar en un mundo lleno de sorpresas. Ninguna como la de contemplar la elegante sencillez con que nuestros camaradas hacen historia. Naturalmente, para hacer historia lo primero es no proponerse hacerla, sino abandonarse al destino de una manera un poco mineral, porque el destino se encarga de lograr actitudes de una belleza insuperable. El que se coloca en las candilejas con aire deliberadamente histórico suele hacer un pobre papel de "cacaseno" y se expone a perecer sin gloria. La salida del sol, que es un espectáculo que hace doblar las rodillas, es una ridícula pamea en las tarjetas postales. Entre una canción de trinchera y un "aria" está el abismo.

Ya he visto a mis camaradas de la División hacer historia, y lo he visto "desde fuera", como único hombre civil que ha pisado el frente del Este. Debo declarar una vez más que atravesar un continente desde "estas tierras del Sur"—a las que Hitler aludía hace pocos días—hasta aquel paisaje frío y lunar, entre penalidades físicas poco calculadas en el periodismo moderno, vale bien la pena, por la sola delicia de poder contar eso: cómo se mueven unos españoles en la Historia del Mundo como elementos vivos y actuantes. Igual debieron moverse al mando de Cortés. Yo puedo contar esto sin "deformación profesional", porque yo no soy un soldado de la División, sino un periodista que ha ido a la División y ha vuelto. He ido y he vuelto como un recadero.

Los españoles se mueven allí, en primer lugar, con señorío. Hay una tendencia a hacer literatura un poco bronca y "remarquiana" acerca de esta poética aventura de la juventud española. Se olvida, por ejemplo, que la compañía de esquiadores del capitán Ordás, que realizó la fabulosa proeza del lago Ilmen, era una compañía de señoritos, de eso que despectivamente han llamado los resentidos de todos los tiempos "señoritos", y que son exactamente eso, conforme al rigor idiomático: cachorros de señor. Ciertamente el señorío nativo del soldado español se encuentra igualmente en un campesino, y no voy a insistir ahora en una argumentación calderoniana sobre la materia. Quiero recordar, tan sólo, sobre todo para lectura de enemigos interiores y exteriores y para acusación feroz contra los que encuentran siempre argumentos para "no meterse en líos", que en este "lío" colosal de la Humanidad europea dispuesta a extinguir el bolchevismo, lo que ha marchado de España es "la flor del señorío". Si aplicamos el término—tan bello—de "caballero" para designar la máxima jerarquía del señor, encontraríamos este viejo

y delicioso "cliché": "la flor de la española caballería".

El paso del soldado español a través de Europa suena siempre con garbo y con gracejo. A veces con un travieso desgarro. Jamás con estilo "remarquiano".

Quedará a través de los caminos de Rusia Occidental y Septentrional la huella de un recuerdo imborrable: el de los alegres muchachos generosos que cogían en brazos a los niños, que daban cigarrillos a los campesinos, que cantaban en las "isbas" durante las noches ásperas canciones de montaña, dulces melodías de la costa, simples y antiguas coplas de la llanura... ¡y aquellas rasgadas y profundas canciones del Sur que hacían soñar a las pobres muchachas con "el dulce amor esclavo" frente a la brutal y rupestre realidad del "amor libre"! Pasarán las generaciones y un día nacerá junto a las márgenes blandas de los blandos y pálidos ríos el romance del español "que pasó por allí". Todos serán en la lírica de mañana unos príncipes "de allá abajo". Todos eran cuando pasaron "la flor de la española caballería".

Cada soldado de la División se mueve en aquel paisaje pálido y primitivo, de planeta en formación, con la misma arrogancia con que se movería en su vega nativa. Ya he contado en una ocasión cómo me encontré con un camarada, solo con su caballote servio, con la varita en la mano y una coplilla riojana—insignificante, pero llena de misterio—en los finos labios ibéricos.

Ya he contado también cómo aquel otro camarada—Souvirón, de Málaga—le decía al general Muñoz Grandes en el puesto de socorro de Grigorovo, señalando a su herida,

con un aire de señorito campero al que le ha tropezado un becerro en una tiente: "Ná, mi generá; un ti-riyo sin importancia."

Pero lo más importante era encontrarse a un intelectual "desintelectualizado", entregado al mandato tremendo de la Historia y haciéndola sin proponérselo, pero enterándose de que la hacía. Se me permitía, que no por solidaridad de clase, sino por pura justicia, afirmar que de todos los señorios ninguno como éste entre los soldados de la División. Ninguno como éste, por lo menos para mí. Quien, merced a un esfuerzo de la voluntad ordenada por la Historia, sabiendo a lo que va, se despoja humildemente de una condición que es una jerarquía en la sociedad, y se convierte íntegra y rasamente en un soldado, y otorga al camarada de al lado un ademán de hermano, y le ilumina con su palabra, y se convierte en un ser espiritualmente sencillo, realiza una figura de una belleza moral, de un místico perfil que sobrecogen de admiración. No se puede calcular todavía la cantidad de bien que a dieciocho millares de jóvenes españoles—tal vez una clase dirigente—ha hecho esta prodigiosa y ascética actitud de las muchas docenas de intelectuales que nutren las filas de la División. Este bien se nota ya en el lenguaje de los muchachos, en sus maneras externas y hasta en muchas costumbres que han elevado la "policía" del español en modo muy notable. No es pequeña la influencia de estos hombres en lo más importante: en "el modo de ser".

Si los españoles observan con un poco de interés a los propios divisionarios repatriados por heridas,

por enfermedad o por relevo, advertirán ya que no son totalmente iguales a lo que normalmente era un muchacho español de antes. Hay en ellos una sencilla seriedad, un reposo sonriente, una capacidad de comprensión. Hay una curiosidad nueva y una nueva actitud ante muchas cosas de la vida que antes "se le iban".

Todo esto nace, primero de la actitud nativa y originaria del voluntario, luego de la contemplación de sucesos tremendos y de la inserción en el más gigantesco "pathos" que ha conocido la Humanidad. Nace de la presencia de un general cuya conducta personal es un ejemplo permanente de todas las virtudes militares y humanas. Pero nace también, y en parte muy principal, de que un profesor de Universidad, y un arquitecto famoso, y un poeta excelso, y un político, y un señorito puro y simple, han pelado muchas guardias, y han hecho muchas descubiernas, y han apresado muchos "partisanos" y aguantado muchas tarascadas de tanques junto al buen "guripa".

Cuando en un pueblo el hombre primitivo y el hombre superculta escuchan con la misma manera las profundas llamadas de la Historia, y reaccionan ante ellas con idéntico estilo, algo importante ocurre en sus entrañas. Ocurre nada menos que esto: UNIDAD. En España pasa esto cuando echa a andar hacia una meta "la flor de la caballería". Todo lo demás que os cuentan—y que yo mismo he contado porque era preciso—acerca de la División, es anécdota. Muy importante, pero anécdota.

Lo que yo he visto principalmente allí es eso: Unidad.





Mil doscientos kilómetros en marcha

Por FEDERICO IZQUIERDO LUQUE

EN un pueblo pequeño de la Prusia Oriental, la División Azul abandonó los trenes sobre los que había atravesado Alemania y comenzó una de las marchas militares más esforzadas que conoce la Historia.

Había que recorrer más de mil doscientos kilómetros, atravesar Polonia, Lituania, la Rusia Blanca... Y los hombres que se lanzaban a esta empresa eran, en su mayor parte, estudiantes, abogados, ingenieros, oficinistas, gentes que nunca habían intentado comprobar la resistencia física de sus piernas.

Alegremente comenzó la marcha. La Artillería, dueña de centenares de caballos que arrastraban, bien enseñados, las pesadas piezas, era la primera fuerza de la interminable cadena que formaba la División. Después, la Infantería, nuestros regimientos; el primer batallón de Esparza, con su Vieja Guardia madrileña, animado por la sonrisa infantil y la gigantesca pipa de Gaceo; la Falange murciana, encuadrada en un batallón de Vierna; los valencianos, que ya empezaron a recolectar marcos para una monumental paella al regreso; el tercero de Pimentel, donde los estudiantes madrileños marchaban cantando.

Y rodeando a la División, por caminos y carreteras secundarios, los antitanques, con Agustín Aznar, grande y sonriente. Junto a él, Enrique Sotomayor y Dionisio Ridruejo relan un chiste de la "Codorniz" que contaba Alvaro de Laiglesia.

Repasando siempre la División, las ambulancias, con sus seis ruedas, que trasladaban "aspeados", aquellos a quienes el andar destrozaba los pies. El coronel Rodrigo recorría las unidades animando a todos. Y el "Opel" grande del general.

Las etapas normales eran de unos cuarenta kilómetros. Hubo día, sin embargo, que se llegaron a cubrir setenta. Por las tardes, cuando, después de diez horas de marcha, se daba la orden de alto, surgían junto a la carretera las tiendas de campaña, formadas por la unión de cuatro

impermeables individuales. A pesar del inmenso cansancio, era necesario buscar agua para los caballos, paja en la que acostarse, porque la tierra empezaba a empapar el agua de los cielos; organizar las guardias, y, por fin, el rancho junto a cientos de hogueras que marcaban la extraña silueta nocturna de nuestra División, era acompañado por los cantos, más o menos cargados de nostalgia, de algunos valientes que aún no estaban rendidos. Recogíamos el último eco de los cánticos que atronaron en Flandes y en la selva americana un día.

La noche era un solo segundo de sueño. Temprano, muy temprano, el cornetín de órdenes señalaba la hora de la partida. Y la caravana, interminable, continuaba su ruta.

El esfuerzo físico llegó a ser agotador. Los pies, destrozados por los kilómetros, se cubrían de llagas. Y se montó el hospital de campaña. A él llegaban las ambulancias, después de recorrer las inmensas filas en busca de "aspeados". Descansaban nuestros hombres tres o cuatro días en el hospitalillo, y cuando sus pies se encontraban dispuestos, se les conducía hasta su unidad en camino.

Presenciamos ejemplos maravillosos. Hubo quien, con los pies lastimados, de llagas ungidos, se negó a abandonar su compañía y continuó su ascético silencio hasta el último día de la peregrinación terrible.

Yo he visto a camaradas, fuertes y magníficos, marchar con los dientes apretados, luchando consigo mismos por no acercarse a la ambulancia, que era la vida, tres días de descanso, de no andar, de dormir hasta hartarse.

Lo que los hombres, gracias a la voluntad y a la fe aguantaban, era irresistible para los animales. Detrás de la División, atados a un árbol, esperaban los caballos, enflaquecidos y vidriosos, la llegada de los servicios de Veterinaria. Llevaban colgada una ficha sanitaria que los declaraba inútiles.

Aquella inmensa columna de hombres andando, ¡siempre andando!, parecía galvanizarse ante la presencia de un burgo o una formación alemana. Alguien hacía sonar un acordeón, y nuestras viejas canciones de la Falange, nuestra música de amor y de guerra, eran el compás al que marchaba la cansada División.

Si yo no fuera español y falangista haría un relato remarguiano de aquellos mil doscientos kilómetros. Pero yo, que conozco la fe con que nuestros hombres iban hacia el frente, que he visto ejemplos maravillosos de entusiasmo y de coraje, no puedo aceptar la interpretación grosera de la guerra y del sufrimiento.

Aquellos caminos y carreteras de Polonia y Rusia han sido testigos del dolor de unos españoles que caminaban con el peso tremendo de cientos de kilómetros de marcha, pero que sabían cantar en un minuto de descanso.

Ante estos españoles que lloraban con dolor de hombres y que cantaban con la fe de una raza acostumbrada a creer y a pensar, España fue creciendo y sublimándose en nuestras almas.

Y cuando, al cabo de más de un mes de este colosal esfuerzo, nuestros hombres llegaron por fin a ocupar un puesto en las trincheras del frente del Este, provocaron la admiración y el entusiasmo del Ejército alemán, conquistando, después de treinta horas de lucha, en medio del fango y de las primeras nieves del invierno, unas decenas de kilómetros al Ejército rojo.

Esta España, la que sabe sufrir y luchar, es con la que sueñan y en la que creen los hombres de la División Azul.

A los siete días de la repatriación, mayo de 1942.



AGUSTIN AZNAR,
Divisionario

Agustín Aznar, nuestro antiguo jefe de Milicias, actual consejero y delegado nacional de Sanidad, ejemplo de sereno arrojo en esta lucha formidable, donde el soldado español se gana una vez más la admiración del Mundo; aparece aquí sobre el escenario helado de los últimos combates. En este número de la División Azul su figura trae a todo falangista la entrañable emoción de su presencia en el peligro, continuando así la insuperable hoja de servicios de quien jamás alentó sino abanderado por la Falange.

Estirpes españolas en las horas decisivas de la Falange

LOS RUIZ VERNACCI, LOS GARCIA-NOBLEJAS Y LOS JIMENEZ-MILLAS, SOBRE EL CAMPO SOVIETICO

Por JULIO FUERTES

DESDE los primeros momentos que dieron incorporadas a la Falange unas cuantas estirpes españolas que dieron extraordinario prestigio a sus filas ellas estuvieron en todos los momentos de máximo peligro y ellas acudieron decididas y heroicas a cubrir las bajas de camaradas que partían hacia la eterna guardia; ellas, a la hora decisiva de España, en los días del glorioso Alzamiento, en una u otra zona, fueron ex combatientes o ex cautivos, porque era cuanto podían ser según el lugar geográfico que el destino les deparó.

Fueron más, sin embargo, las que quedaron en zona roja que las que tuvieron la suerte de poder combatir junto a los Ejércitos de Franco. Y así, gracias a Dios, estas estirpes pudieron en cárceles y "checas", en organizaciones clandestinas de la Falange, en una constante actividad traducida de mil formas expresivas y eficaces, sostener el espíritu falangista que las animaba.

Aquí quedaron los Ruiz Vernacci, los García-Noblejas, los Triana, los Jiménez-Millas y tantos otros que en los días más difíciles de la Falange contribuyeron a su formación y a su gloria. Presos en las mazmorras rojas, un solo afán les sostenía: poder, antes de terminar definitivamente la contienda, incorporarse a los Ejércitos de Franco para luchar con ellos siquiera unas horas. Pero quiso el destino que esto no pudiese realizarse. Cuando las tropas nacionales entraban en Madrid, lo que quedaba de España por liberar cayó como maduro fruto, en tan pocas horas, que los falangistas madrileños no tuvieron tiempo de incorporarse a unidad alguna.

Estos falangistas—pálida legión de ex cautivos—sentían la íntima satisfacción de haber servido a la Patria en el puesto que el azar les designó; pero se hallaban como amargados por no haber podido satisfacer sus deseos de combatir de otro modo. Les parecía que eran responsables de algo; que su ejecutoria perdía limpieza no habiendo empuñado las armas contra el enemigo. El que se asimilaba, después, la condición de ex cautivo a la de ex combatiente no satisfacía, ni mucho menos, sus aspiraciones. Ellos querían demostrar de algún modo que su espíritu y su temple, así como habían estado dispuestos para la lucha clandestina, lo estaban también para la lucha en campo abierto y con todos los riesgos de la guerra moderna.

CONCENTRACION EN LA CIUDAD UNIVERSITARIA

Por eso, cuando se abrió el banderín de enganche para la División Azul, al grito de "¡Rusia es culpable!", aquellas estirpes gloriosas de la Falange fueron las primeras en acudir al llamamiento. Les había llegado su hora, la oportunidad de demostrar a todos que, sobre el emblema de ex cautivo, podían colocar un día, ya muy próximo, el de ex combatiente, si es que Dios se servía salvar sus vidas.

Aún recuerdo aquella mañana soleada del mes de julio, en que los voluntarios de la División Azul se concentraron en la Ciudad Universitaria. Allí nos llevó no sólo un deber profesional, sino la amorosa y entrañable obligación de despedir—a algunos para siempre—a los camaradas de esta Casa alistados en la División. Algunos—dos—ya no volverán...

El primer rostro conocido que encontramos en la Ciudad Universitaria fue el de Javier García-Noblejas. Su alta y rechaza figura se destacó para mí entre todas.

—¿Tú aquí?—le pregunté.

—¿Te extraña?—me respondió.

—Realmente, no. Le comprendo. Así tenía que ser. ¿Quiénes más están aquí de entonces?

—Todos cuantos pueden.

Tendí su mirada en torno (estábamos sobre la escalinata de la Facultad de Medicina y se dominaba el amplio lugar de la concentración), y alargando su brazo por doquiera me fué diciendo:

—Mira, allí tienes a mi hermano con Alfredo Jiménez Millas; allí está Colas...

Los Ruiz Vernacci son aquellos... Y muchos más que ahora no encuentro; pero ya verás cómo ninguno falta a la lista.

Mi atención se fijó especialmente en aquellos tres hermanos Ruiz Vernacci, de extremada juventud y alegre presencia física, que iban a partir hacia Rusia con el entusiasmo y el brío con que podían partir hacia un arriesgado juego deportivo.

LA PARTIDA Y LAS MARCHAS

Dos o tres días de acuartelamiento y los trenes especiales comenzaron a partir con rumbo a las remotas tierras soviéticas. El viaje fué seguido con extraordinaria vehemencia por los españoles. Las referencias que nos llegaban en cartas y postales de la ruta nos tenían en vilo. Veíamos en ellas con qué afán marchaban, cuál era la ilusión que les empujaba frenéticamente al inhóspito lugar en el que, acaso, les esperaba la muerte. No

torno al fuego del "vivac", sobre un escenario improvisado enmarcado con fusiles, cascos, ramas de pino y banderas, aparecían transformistas, contorsionistas, "clowns", recitadores, músicos... Las más insospechadas aptitudes surgían de quienes menos se esperaban. Aún recuerdo la referencia que de estos hechos nos hizo el teniente Gomila. Gomila apenas podía sostener su relato sin interrumpirlo constantemente por sonoras carcajadas. La evocación de los hechos traía, sin duda, a su mente las frases ingeniosas, los gestos grotescos o ademanes cómicos, que interrumpían su conversación en un torrente de risa.

—Los oficiales alemanes—me decía—que venían con nosotros, o los soldados que se hallaban en el lugar en que acampábamos, se quedaban atónitos ante aquella actitud de nuestros camaradas, que tras largas y penosas horas de marcha, aún tenían humor para montar una far-

y en los estrados del mando un poder bárbaro, arrollador, que amenazaba acabar con las más puras esencias hispánicas.

Los Ruiz Vernacci, como los Aznar, como los García Noblejas, sintieron en lo más hondo la llamada que habría de llevarles a combatir a la culpable Rusia.

Cuatro eran los hermanos Ruiz Vernacci—Joaquín, Luis, Enrique y Mario—; pero sólo tres—Mario apenas tiene once años—podían incorporarse a las filas de la División Azul. Y los tres—tres mosqueteros de la sangre, Joaquín, Luis y Enrique—comparecieron en aquella mañana calurosa y soleada de julio en la Ciudad Universitaria.

Si el alma podía en algún instante destemplarse ante las inevitables y entrañables despedidas familiares, al encontrarse en aquel lugar histórico, en el que se libraron tantas y gloriosas batallas entre España y anti-España, despejaba los más tímidos ánimos.

Allí estuvieron, como me señaló García Noblejas, los tres Ruiz Vernacci—mosqueteros de la sangre—que iban a Rusia a defender lo que desde hacía varios años defendieron en las más peligrosas encrucijadas de la sorda batalla entablada contra el marxismo.

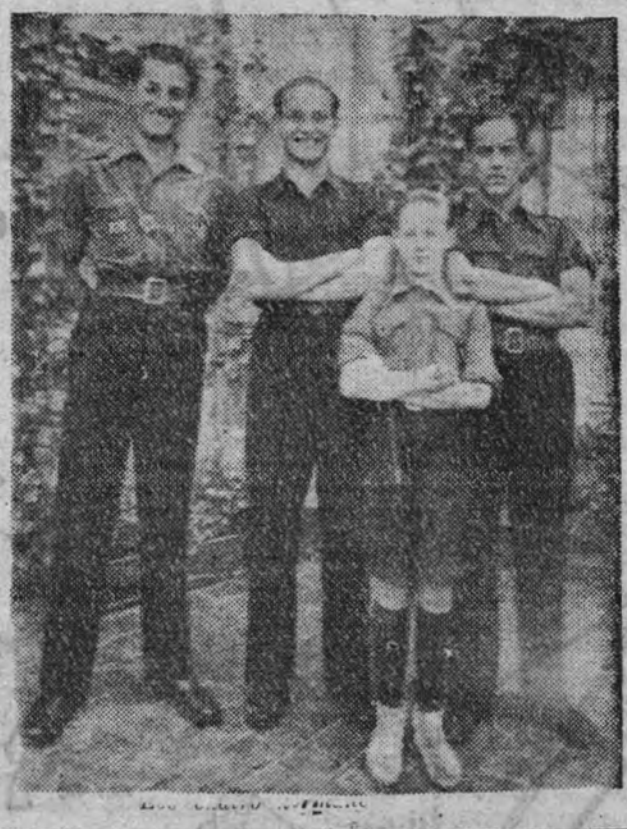
Joaquín, Luis y Enrique partieron. Llegaron a Rusia. Con Aznar, Roldueje y otros camaradas jóvenes de la Vieja Guardia, formaron pifia apretada para ser baluarte de aquel sentimiento que José Antonio les había inculcado hasta lo más hondo de sus almas. Roldueje, que era el verbo; Aznar, la fuerza, la ilusión prometedoras, y todos los demás, juntos con ellos, brazos, músculos y ojos ejecutores.

Llegados al frente, en refugios o chabolas improvisadas, como un día nos contó Andrés Oncala, unos hablaban enardecidos mientras otros escuchaban ensimismados. Entre unos y otros se producía una corriente entusiasmada, fervorosa, unánime, capaz de arrollar al más fuerte y poderoso de los enemigos. Pero estas estirpes gloriosas parecían destinadas, acaso por la propia configuración de la Falange, a no formar en las escuadras terrestres, sino en aquellas que al mando provisional de Matías Montero aguardaron la llegada—llegada que todos creíamos imposible—de José Antonio, máximo jefe. Sin duda, los mejores habían de estar allí para ejemplo y para gloria, para honor y para triunfo. La sangre vertida puede más que la contenida aún en cuerpos vivos y dispuestos a rendir el último servicio.

EL 17 DE OCTUBRE DE 1941,

Nos llegó un día, apenas empezado el combate, la noticia de la muerte de Javier García Noblejas. Ocurrió el 17 de octubre de 1941. Pocos días después nos llegaba la noticia de la muerte de Joaquín Ruiz Vernacci—el entrañable "Chipi" de las primeras horas—. Una y otra ocurrieron en el mismo día. Dionisio Roldueje nos lo contó con palabras enteras y vibrantes: "Hasta ayer—17 de octubre—nos ha juntado al dolor y al orgullo de estas muertes el dolor y el orgullo personales y humano de quienes pierden algo conocido y próximo." Dionisio nos describió el sencillo y patético acto del entierro: "El primero de todos, con su parte de peso en el hombro y otro en el corazón—que ha sufrido tres veces en carne propia la tremenda desgarradura—, Agustín Aznar, como llevándole tras sí, por última vez, al último combate. Detrás, el hermano, ya solo, contentado en la reciedumbre de un temple verdadero. Junto a mí vienen dos camaradas ejemplares, dos niños casi, cuya alegría era ejemplo y estilo en la propia unidad en que yo sirvo: los hermanos Ruiz Vernacci, que ayer mismo también han perdido al mayor de los suyos en la trinchera, acudiendo al peligro, por propia voluntad, clara y sencillamente. Andan serenos. Sobre el dolor propio saben levantar, austeramente, el otro duelo de todos. Más que al hermano muerto lloran, sin llanto, al falangista de buena memoria, al escuadrilla que a los quince años su-

(Pasa a la página 15)



era la inconsciencia juvenil ni la ignorancia de los acontecimientos que allí se sucedían. Todos eran mozos curtidos desde hacía ocho años en una lucha con riesgo de la vida jugada a cada instante.

Llegaron, al fin, los días en que, hecho el necesario entrenamiento en un pueblecito alemán, la División Azul se puso en marcha hacia Rusia. Marcha que duró un mes. Marcha que cubrió mil kilómetros. Una verdadera marcha forzada sin que nadie fuese forzado. Paradoja necesaria, porque así fué. Cubrían a veces 40 y más kilómetros en cada jornada. Tras de haber pateado sobre el barro, el hielo y la nieve infatigablemente, al llegar al lugar de acampamento, aún les quedaban fuerzas para organizar una velada de diversión, en la que tomaban parte cuantos tenían alguna habilidad que exhibir ante sus camaradas. Allí, en

sa que divertiera a todos, y especialmente a los que por su constitución física pudiesen estar más decaídos.

Pero el teniente Gomila, como si la palabra decaídos le pareciera ofensiva para algunos de sus camaradas, me aclaró rápidamente:

—Bueno; decaídos, en realidad, no los había. El espíritu y la ilusión de todos era tal, que ni el frío que entumecía los pies, ni la natural fatiga de los más débiles, ni el dolor de inevitables caídas, lograban dominar el general entusiasmo. Cada uno llevaba sobre sí su fatiga, en la esperanza cierta de llegar al combate.

EN LOS CAMPOS DE RUSIA

El combate era como una meta ilusionada en la que los españoles de la División Azul habrían de probar su fuerza, su afán de triunfo sobre un enemigo que durante muchos años detentó en la calle

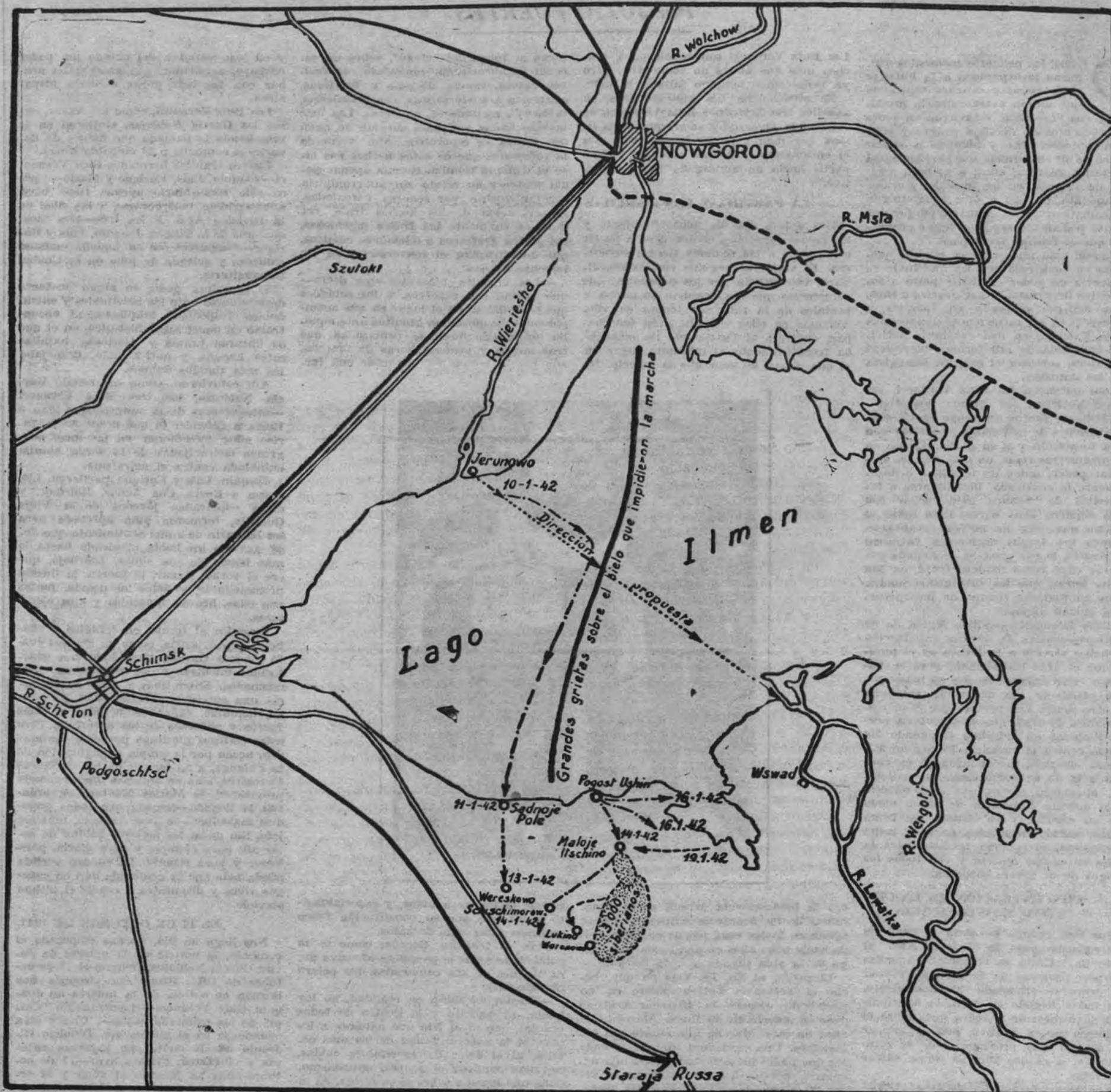
La mayor emoción, la vez que más se vibró en mi vida, fue cuando después de rechazar y destruir a la canalla roja, estalló vibrante al unísono el "Cara al Sol"

Luis Ruiz Vernacci

INFANTERIA ESPAÑOLA EN RUSIA

EPISODIO DE LOS ESQUIADORES DEL CAPITAN ORDÁS

Por MANUEL AZNAR



Escala 1:300.000 25 Kms

EL día 9 de enero de 1942, a las nueve y cuarto de la noche, un general alemán llamaba al puesto de mando del general español D. Agustín Muñoz Grandes, jefe de la División Azul en el frente de Rusia. La conversación telefónica fué ésta:

—¿Cuartel General de la División Española?

—Sí.

—Habla el general del Cuerpo de Ejército.

—A sus órdenes.

—La guarnición alemana de Wswad, al sur del lago Ilmen, está sitiada. Las tropas de aquel sector

no pueden socorrerlas, ni están, por el momento, en condiciones de prestarles la menor ayuda. ¿Pueden los españoles hacer algo? Comprendo que la cosa es muy difícil, pero le ruego que vea si les es posible organizar algún auxilio urgente. En fin, hagan lo que se pueda hacer.

—Un momento...

(El general Muñoz Grandes se inclina sobre el plano; Wswad! Hay 30 kilómetros de distancia desde las posiciones de la División Azul. Será indispensable atravesar todo el lago Ilmen. La empresa es durísima. Sin embargo, el general ale-

mán piensa que los españoles podrían llevarla a término. ¡Adelante! Se reanuda la conversación. Ahora es el general Muñoz Grandes quien pregunta):

—¿Cómo se porta la guarnición de Wswad?

—Muy valientemente.

—Bien. Se hará lo que se pueda y más de lo que se pueda.

De este diálogo tan castrense que se refleja en la relación de hechos de armas de la División Azul, nació uno de los episodios militares más extraordinarios; tanto que, por su grandeza, parece una fábula homérica. En la Historia de las gue-

rras antiguas o modernas, pocos le aventajan en dramatismo y en hermosura. Fué así:

Durante la noche del 9 al 10 de enero, el capitán Ordás, jefe de un destacamento de esquiadores españoles, recibió orden de organizar la expedición de socorro para levantar el sitio de la posición de Wswad. Saldría con 205 hombres, y llevaría nueve fusiles ametralladores, una estación de radio, un médico y un botiquín. Cada uno de los soldados iría provisto de víveres y municiones para tres días. Muy de madrugada, antes de que rompiera el día 10, iniciaron la marcha los 205



esquiadores españoles. Al frente, el capitán Ordás. Eran 206 fantasmas blancos, envueltos en unos capuchones espectrales, el fusil en bandolera, silenciosos, deslizándose sobre el hielo. De acero parecía la superficie del lago. El capitán Ordás examinaba un pequeño croquis y estudiaba en él la dirección propuesta. Iba a intentar una marcha directa en sentido Noroeste-Sudeste. Era la más corta, y al cabo de treinta kilómetros le permitiría establecer contacto de fuego con la posición de Wswad. Quedaba atrás el pueblo de Jerunowo, donde otros soldados españoles aguardaban noticias de los 206 aventureros maravillosos. Las noticias y mensajes que el general Muñoz Grandes y el capitán Ordás cambiaron mientras la expedición se internaba en el lago nos recuerdan memorias de exploradores árticos, diarios íntimos de viajeros salidos a recorrer misteriosas selvas, o cuadernos de bitácora de los navegantes que descubrieron en mares incógnitos islas prodigiosas.

Son las once de la mañana del día 10 cuando en Jerunowo advierten la llegada de un trineo. Vienen sobre él tres esquiadores congelados. Cuentan que la marcha es durísima y que el lago Ilmen está cruzado de muros de hielo y de grietas como abismos. Es casi imposible salvar tantos obstáculos. Nieva en ráfagas y en torbellinos. La vista va constantemente nublada. El frío corta el habla.

Treinta y cinco minutos más tarde aparece en Jerunowo el sargento encargado de la estación de radio. El aparato que lleva nlos esquiadores se ha averiado y no funciona como transmisor. La curiosidad forma corro alrededor del sargento.

- ¿Muy duro?
- Terrible.
- ¿Y el espíritu de la gente?
- Admirable.

Transcurre todo el día 10 sin que el general Muñoz Grandes reciba noticias de la expedición. A las nueve y media de la noche, el radiotelegrafista del Cuartel General dispara sus llamadas telegráficas:

—¡Atención, capitán Ordás!

—¡Atención, capitán Ordás!

Y transmite este mensaje:

General Muñoz Grandes a capitán Ordás:

La guarnición de Wswad resiste valientemente. Es preciso salvarla. Lo exige el honor de España y el espíritu de fraternidad entre los dos pueblos. Todos estamos pendientes de esos heroicos soldados. ¡Animo! Tenéis la gloria mayor en vuestras manos. Atacad resueltamente.

En el despacho del general español se alargó la vigilia, como todas las noches, porque, también como todas las noches, el trabajo era mucho y la pasión de la guerra podía más que el sueño. Pero en

aquellas horas se vivía principalmente para los soldados del capitán Ordás. ¿Qué sería de ellos? La jornada había sido tremenda. Después de mucho sufrir, los esquiadores se encontraron, hacia el centro del lago, con una serie de grietas imponentes y de trincheros profundos que se abrían en el hielo y que, cruzándose enrevesadamente, formaban un verdadero laberinto. Una vez dentro de él era difícil escapar de la muerte. Ordás trató de conservar la dirección prevista y fué bordeando precipios helados para abrirse camino y forzar el paso al otro lado de las simas. De vez en cuando, algún trineo se despeñaba irremediablemente; parecía como si la muda Naturaleza se lo tragara. Sólo el alma de los soldados españoles ardía en aquel potético desierto del lago Ilmen. Nieblas de nieve y frío eran el único paisaje. Al filo del mediodía, el capitán comprendió que la dirección propuesta para su marcha era impracticable. Llevaba ya atravesadas varias barreras de hielo, y enfrente le aguardaban otras mayores. El médico le anunciaba constantemente:

—Mi capitán, hay otro hombre congelado. Y otro, otro, otro...

Los que aún podían andar avanzaban penosamente entre lagunatos, con la mitad del cuerpo sumergido en el agua. La resistencia de aquellos soldados estaba llegando a los límites de la elasticidad física. De pronto se oía decir:

—¡No puedo más!

Y uno de aquellos fantasmas alucinantes se desplomaba.

El general vivía en centinela de sus sentimientos. A las dos de la madrugada mandó telegrafiar:

General Muñoz Grandes a capitán Ordás:

Con el sargento va el generador nuevo del aparato de radio. Sé que sufrís mucho. No importa. España entera sabrá vuestra hazaña. Alemania os admira. Sois el orgullo de nuestra raza. Tengo fe en vosotros porque tengo fe en España. Confíad en Dios y atacad como españoles.

Un gran silencio de madrugada. Nevaba sobre las yertas planicies. A las nueve y cincuenta minutos de la mañana del día 11, el general quiso que llegaran a los esquiadores nuevas palabras de aliento:

Durante la noche, los alemanes de Wswad, en una salida, han hecho prisioneros rusos. Siguen defendiéndose muy bien. Hay que ayudarles pronto.

Por fin, el sargento de la estación de radio se incorpora nuevamente a la columna expedicionaria. Trae el nuevo generador. La avería queda reparada a toda prisa. A las diez y diez el capitán Ordás logra establecer comunicación con el Cuartel General:

Capitán Ordás a general Muñoz Grandes:

Después de atravesar seis grandes barreras de hielo y grietas, con agua hasta la cintura, hemos llegado a Sadnoje Pole. A causa del frío, la radio y la brújula están averiadas. Tenemos 102 congelados; de ellos, 18 gravísimos. En las simas del lago hemos perdido algunos trineos. El espíritu es elevadísimo.

Este mensaje es conmovedor. El temple militar impone un dominio de hierro sobre las emociones, pero el corazón se enorgullece y se conturba en su entrañable secreto. Estamos seguros de que el general Muñoz Grandes leería varias veces las palabras de su capitán y se le renovaría en el alma la altivez de España.

¡Sadnoje Pole! Este nombre permitía reconstruir la marcha de los esquiadores. Al llegar a la zona de

las grandes grietas tuvieron que hacer una conversión hacia el Sur y apartarse de los abismos. El camino era más largo, pero no había otro. En realidad, ¿existía algún camino?

El general llamó al capitán Jorrito, el Servicio de Estado Mayor, que durante las operaciones en la cabeza de puente de Nowgorod había sido enlace entre el Mando y la Infantería de vanguardia.

—Es necesario que salga usted inmediatamente hacia Sadnoje Pole. Están allí los esquiadores del capitán Ordás. Entregue usted personalmente este mensaje. El pliego decía:

General Muñoz Grandes a capitán Ordás:

Sé vuestro esfuerzo durante la penosísima marcha que habéis llevado a cabo. Si la suerte no os acompaña hasta el logro total de vuestros propósitos, no será vuestra culpa. La guarnición de Wswad sigue defendiéndose valientemente y hay que socorrerla cueste lo que cueste. Aunque hubiéramos de quedar todos sobre el hielo, no importa. Con los hombres que quedan, con muy pocos, tú solo, si es preciso, sigue adelante hasta morir. Todo por el heroísmo de los de Wswad. O se les salva, o hay que morir con ellos. En nombre de la Patria, gracias, y no desfallegáis. Confío en vosotros.

Cuanto los gloriosos expedicionarios llevaban hecho no era sino prólogo: ahora empezaba la verdadera y directa fase de la operación militar. "Con los hombres que le quedan", el capitán Ordás se dispone al ataque. Un destacamento de sanitarios alemanes se hace cargo de los congelados.

El día 13, con las primeras luces de la mañana, se inicia el reconocimiento del sector. ¿Dónde estará concentrada la masa enemiga? ¿Cuántos serán sus efectivos? Probablemente se hallarán casi todos embebidos en el cerco de Wswad. Es necesario atraerlos, dividirlos, forzarles a un desplazamiento táctico. Ordás lleva en el bolsillo un telegrama del general que dice:

Estoy plenamente satisfecho de vosotros.

Más lo estará. Una patrulla recorre las orillas del lago hacia Pogost Ushin. Otra se dirige sobre Wereskovo. Los patrulleros vuelven con la impresión de que hay poco enemigo en los contornos. Por la tarde, las callejuelas de Wereskovo oyen clamores de España. Los esquiadores se han apoderado del pueblo. El día 14 caen Pogost, Schischimorof y Maloje Utschino. Se incorporan al grupo español unos cuantos soldados alemanes. Mediada la tarde aparecen unos núcleos de esquiadores rusos y atacan los puestos que Ordás ha organizado en vanguardia. El combate es breve. Los rusos se retiran ante el fuego de los fusiles ametralladores. Pero, evidentemente, aquello indica que empiezan a concentrarse para atacar.

—¡Mi capitán! Traemos unos prisioneros.

Llegan al puesto de Mando unos bolcheviques que no pudieron salvar el contraataque. El interrogatorio prueba que el enemigo acude en masa. Hay 3.000 siberianos que se están desplegando entre Lukino, Woronowo y Maloje. Los reconocimientos y observaciones de última hora confirman las declaraciones de los prisioneros. Traen los rusos muchos carros de combate; algunas escuadrillas de Aviación les protegen. Ordás debe pensar en aquel momento—y con razón—que empieza a aliviarse el sitio de Wswad.

El día 15 un jefe alemán del sec-

tor llama urgentemente al capitán Ordás.

—Se había recibido orden de liberar a los sitiados de Wswad; pero el propio Führer, personalmente, acaba de decidir que sean los propios sitiados quienes rompan el cerco y se replieguen en la dirección más conveniente.

—Mis fuerzas—responde Ordás—se encuentran en situación táctica muy buena, y su moral de combate es altísima. Pido que se me confirme el honor de ayudar a los valientes de Wswad.

—Es indispensable consultar a mi general.

—Lo ruego.

El general alemán aceptó inmediatamente, porque no era posible que la demanda de los héroes quedara desatendida.

Confío en vuestra pericia, en vuestro valor y en Dios, telegrafió Muñoz Grandes.

Ordás contestó a su jefe:

Mañana avanzaremos.

"Mañana" era el día 17 de enero. Cuarenta soldados letones apoyaban el movimiento español. Enfrente se removía, turbio, el hormiguero de los 3.000 tiradores siberianos. Ante ellos quedaban unas pocas docenas de esquiadores españoles. A las ocho de la mañana empezó el asalto. Al primer choque se partió la línea enemiga. Pueblecillos e "isbas" oyeron el "¡Arriba España!" Todo iba muy bien. Tres horas después, he aquí que llega el contraataque. Dos batallones rusos, con piezas antitanques y seis carros envuelven la vanguardia española. Otros carros se lanzan contra el resto de la compañía. De los 36 esquiadores que cubren la zona de choque mueren 14. Los demás se abren paso entre la masa enemiga y llegan hasta la posición de apoyo. El ataque ruso continúa durísimo, pero casi siempre se estrella ante el fuego de un puñado de valientes. Al atardecer del día 17 Ordás consigue fijar su línea, que se mantiene intacta durante la jornada del 18. Los rusos reiteran sus embestidas, y delante de nuestros capuchones blancos queda el hielo cubierto de siberianos muertos.

Sin embargo, todo permite sospechar que será muy difícil mantenerse en los pueblos de Pogost, Maloje, Lukino, Schischimiroff y Wereskovo. La noche que abre paso al día 19 se carga de presagios inquietantes. El enemigo se organiza para nuevos asaltos. Son las siete de la mañana cuando estalla el trueno de los cañones y se oye el bronco traqueteo de los tanques. Son muchos los que atacan. Muchos. A cada hora aumenta el número. En la posición de vanguardia hay 23 españoles y 19 alemanes. La masa siberiana cae como una losa de plomo sobre ellos. Quiere aplastarlos. Al cabo de una hora de combate, la tromba se desborda en los parapetos.

(Continúa en la página 20)



MODOS Y FORMAS DE VER LA GUERRA

EL árbol impide ver el bosque", reza un viejo adagio germánico, y el soldado nunca sabe de la guerra, por la misma razón de que "la hace". Desconfiad siempre del que en primera persona quiere describir ese aspecto superficial del combatir humano, o estuvo lejos —sólo así la perspectiva es posible—, o habla imaginativamente. Hay algo más hondo, más humano, en el choque violento de masas de hombres, y ese "algo" sólo puede conocerlo el soldado, el único que casi sin darse cuenta fué impregnándose de esa tremenda realidad que si desgarrar los cuerpos, puede producir un daño más irreparable en las almas. La verdad externa de la guerra está en la prosa fría de los "Partes Oficiales", y su lenguaje es matemático, la verdad íntima sólo la poseemos nosotros, los soldados. Y nadie vea una oposición remarquiana entre ambas, son voces distintas en el coro único de la verdad histórica.

Es esta verdad íntima, emocional y sencilla de la guerra, la que fué sedimentándose en las páginas caóticas de "Mi diario de combatiente", y a ellas arranco hoy su primer secreto.

La charla sigue animada en torno a la estufa que la labor previosora de la "Organización Todt" suministró a la casi totalidad del Ejército alemán; el frío exterior no consigue penetrar en la chabola acabada de construir bajo la casa en ruinas del pueblo de K., y en mangas de camisa pasamos revista, por centésima vez, a los recuerdos de la Patria lejana. Todas las frases comienzan igual: Cuando regrese a España... Cuando regrese a España..., y cada uno añade el logro de una aspiración acariciada en nueve meses de ausencia.

El pueblo de K. ha sufrido ataques ininterrumpidos en el mes de febrero y en torno nuestro quedaron las huellas de su fracaso: mil muertos contados cubren el suelo cortando con sus manchas negras la blancura sin fin de la planicie nevada. Lo cotidiano pierde pronto su novedad, y ya nos parecía lógico cuadro para nuestro vegetar la presencia de aquellos cadáveres a los que el frío había convertido en trágico Museo de figuras de cera.

Un alto en la conversación, y el llorar de alguien que pasa por la carretera hiere nuestros oídos. No es muy corriente oír llorar en la guerra. La noche va pasando, voces desgarradas de mujeres en huida se suceden; el espectáculo no es nuevo, el eterno peregrinar de estas víctimas de la guerra, que arrastrando un trineo de mano en el que en informe montón conducen los harapos, las patatas que mitigarán un hambre inevitable, el hijo

que no puede andar, desgraciadamente, nos era demasiado conocido y hasta el final trágico e inevitable era previsible: una noche cualquiera se haría alto en la chabola abandonada, en la casa incendiada, y la marcha no se renudaría al amanecer, porque el viaje había concluido para siempre, la meta había sido alcanzada y los gritos de una niña no serían suficientes para borrar la risa del que murió de frío.

Un nuevo día surge, y con él la visión que más huella dejó en nuestros ojos, acostumbrados a ver la muerte con serenidad. Los gritos de la noche anterior encerraban un secreto único que acababa de desvelarse: en el camino, arrojado en harapos y como durmiendo en el hueco que una granada dejara, estaba el cuerpo sin vida de un recién nacido.

Nos sentíamos un poco responsables, los oídos habían estado cerrados a los gritos de la noche precedente, y ahora veíamos la verdad trágica. Aquel era el cadáver mil uno del pueblo de K., y, sin embargo, era el único que consiguió emocionarnos; murió en el momento de nacer; la muerte fué generosa al librarle de un doloroso peregrinar sin puerto de arribada; todo en él era promesa de obra futura; no te-

nía pasado, sólo porvenir, y, por eso, estaba libre de culpa.

Al atardecer, brazos de soldados españoles cavaron en el suelo helado una tumba minúscula; aquel muerto no podía quedar como los otros, mostrando la pírueta trágica de la muerte; por eso enterramos el cadáver mil uno del pueblo de K.

Llevamos tres días de contraataques enemigos. La pérdida del 15 de marzo no parece ser bien admitida por el Mando rojo, y las oleadas se suceden camino de idéntico destino. En la trinchera del bosque defendido por el batallón alemán del conde de W. está mi puesto militar. Un camarada me muestra el camino entre los arbustos que no logran ocultarnos a la vista del enemigo, y en el último salto una bala explosiva le hiere en la mano derecha, arrancándole el pulgar, destrozando dos falanges del índice y abriendo ancho boquete en la palma. Rasgo mi cura individual y corto la hemorragia; el camarada alemán mira tristemente su mano deshecha, y a las palabras de aliento responde sencillamente: "Era" pintor.

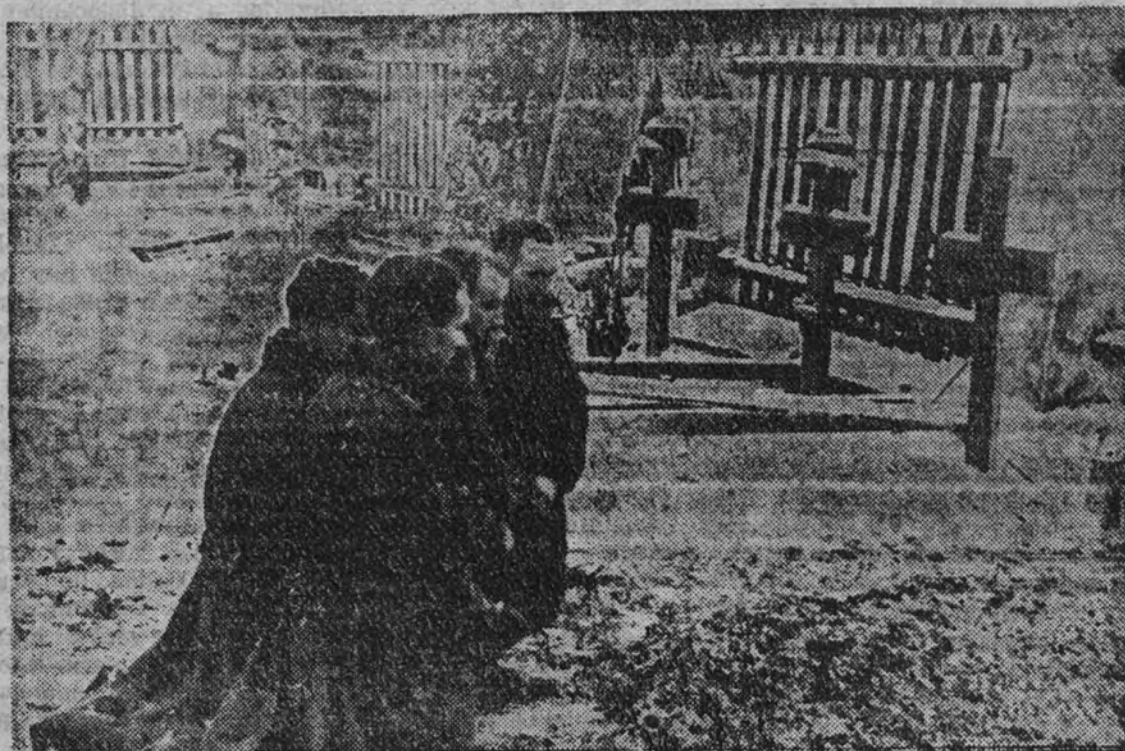
Ha terminado el ataque, y en la chavola pregunto por el camarada herido. La tristeza de su mirada encontró pronta explicación. Era artista, tenía un estudio claro como su alma de veinticinco años, y una mu-

jer, y ahora veía cómo se le escapaba pincelada. Toda su vida se encerraba en esas dos cosas: estudio y mujer, y ahora veía cómo se le escapaba el logro de su sueño de artista y de hombre.

Ese mismo día vi morir a cinco camaradas y frente a nuestras líneas quedaron una veintena de cadáveres enemigos, y ahora sólo me acuerdo de ese camarada de nombre desconocido y de su mirada neas quedaron como una veintena de cadáveres enemigos, y ahora sólo

Ese mismo día vi morir a cinco jer cuyo retrato esperaba la última chavola pregunto por el camarada conseró pronta explicación. Era triste a la mano perdida. Quizá no conocía el placer de la obra inacabada, la alegría de sentirse insatisfecho de lo hecho y el deeso de lograr una meta que sabemos se alejará cada vez más, a medida que nos acercamos. Ya puede soñar siempre con ese retrato de mujer que esperará eternamente la última pincelada, la que habría de dar a sus ojos el misterio de un amor prometido, porque a su autor le destrozó la mano una bala explosiva en el bosque de X., un día de San José del año 1942. Y porque él perdió su mano, será posible que otros pinten retratos de mujeres de mirada dulce y prometedora de amores.

P. S. V.



Hace mucho silencio alrededor de estos cuatro soldados de rodillas. Uno de ellos es Fernando Rodríguez Sánchez, hermano del caído.

Pocos días después escribió a su pueblo, Cangas de Oñis, una carta, de la que son los fragmentos que reproducimos a continuación:

"En campaña, a dieciséis de diciembre de mil novecientos cuarenta y uno.

Querido primo: Hace días te escribimos una tarjeta fino y yo deseandoos felices Pascuas. Hoy te escribo en circunstancias mucho más dolorosas, y yo solo. Supongo que cuando ésta leas, ya estarás enterado de la desgracia que nos aflige y de sus detalles, pues ya he escrito a casa explicándote todo y no habrás faltado a los funerales. La muerte de Tino y Rili ha sido instantánea, sin sufrimiento alguno. Tino cayó con una sonrisa en los labios que emocionaba al verle. Los dos parecían que estaban durmiendo. Qué noche más horrible! Además, el golpe de Zamo, nuestro minador, el más sufrido y ejemplar camarada, no se consternó. Dicen que Dios aprieta, pero no ahoga, y ahora veo la gran verdad que encierra este dicho, porque te juro que, a pesar de la dureza del triple golpe, no nos faltan los ánimos y nos sentimos confortados con una resignación cristiana que, por fortuna, Dios no nos ha negado.

Te escribo desde muy cerca del lugar en que están enterrados. Desde aquí veo sus tumbas, a unos treinta metros, adornadas con flores y arregladas a estilo alemán con una sencillez y belleza encantadoras. Sobre la cruz tienen el casco, y al pie, el yugo y las flechas con el PRESENTE. Todos los días les reza mos Felipe, Villarroel y yo, que estamos aquí, juntos, disfrutando de un descanso que nos han concedido por este motivo...

Te hablo con el alma entera, y con ella te digo que si el primer día pedí a Dios me llevase, porque me parecía demasiado para mis fuerzas, hoy pido a El me conserve la vida para vengarlos aquí, y después, en España, dedicar todo mi esfuerzo a luchar por este santo ideal por el que ellos murieron."

SOLDADOS DE EUROPA

Por XAVIER DE ECHARRI

HACEMOS esta orgullosa mención de nuestros heroicos camaradas de la División Azul coincidiendo con la fecha primaveral y heroica de mayo, en la que España conmemora la guerra de 1808. Por donde entonces entró la fuerza invasora de una Europa que desde muchos años antes se hacía a costa de España, han salido ahora nuestras escuadras, militares y falangistas, para hacer otra Europa diferente con la presencia española, con su acción y con su sangre. Así, la División Azul inaugura en nuestro acontecer histórico presente la forma actual del ser español europeo.

Hacer al español europeo—que es hoy, más que nunca, la forma de hacerle universal—nos parece el más importante empeño de un propósito político con orden y concierto.

Cuando surgió sobre la España republicana, que era una España municipal y nacionalista, la voz apremiante de la Falange, fué izada la gran bandera que transcendía sobre nuestros límites físicos, tan reducidos por la traición de los de fuera y de los de dentro.

La España que había "renunciado a la guerra como instrumento de política exterior" desde mucho antes de que esta vergüenza ganase sus últimos límites con la declaración escrita en la Constitución, era una España cerrada y muerta. Cerrada por los reaccionarios domésticos del liberalismo conservador, y cerrada después por los saltatumbas desvenajados del 14 de abril, que hicieron política exterior pidiendo permiso para sentarse en el suelo de la Sociedad de las Naciones.

España tenía la costumbre de cerrarse sus puertas a sí misma, es decir, de asegurar con cerrojo sus fronteras, para ordenar reposadamente la despena. Y cuando abría las puertas de la relación internacional y algún enlevitado personaje entraba por nuestros caminos, o nos esperaba en los suyos, el epí-

logo del episodio solía consistir en poner nuestra bandera varios kilómetros hacia atrás en cualquier lugar de nuestra saqueada soberanía. Habíamos cerrado las fronteras para nuestra propia ambición, pero el aire "europeizante" de los tiempos nos hacía tenerlas abiertas día y noche para la ambición ajena. En esto exactamente consiste la diferencia entre lo que nosotros queremos hoy al pretender hacer del español un europeo, y lo que querían ayer al pretender la europeización española los afrancesados del XIX.

El europeizado de entonces esperaba en la destartada botillería la llegada del genio transpirenaico al mentidero de la tertulia para abrir su boca de palmo, o soñaba desde el fondo oscuro de la diligencia con el ferrocarril de vapor que venía resoplando hacia España... El europeo a que nosotros nos referimos ha abierto la frontera por la que muy recientemente había rechazado de nuevo la invasión, y ha salido para formar con su fusil en la fila europea de la victoria.

Son dos maneras diferentes, porque se debe ser europeo para hacer la Historia Universal, pero no se puede serlo para que esta Historia se haga a nuestra costa.

El XIX abre las ventanas españolas—lo cual ya es por sí misma una simple actitud contemplativa—al aire de lo extranjero, echando después las llaves de Costa al sepulcro del Cid. El "clima" español es así el que corresponde a los tiempos. Lo que ocurre es que cuando el clima de los tiempos, o si se quiere el de la Historia, se pone en contra, o se adopta la actitud de la resistencia activa, o se perece.

Los voluntarios de la División Azul representan hoy, sobre la línea de fuego, esta presencia activa de España en la Historia. Y en este sentido, nuestros voluntarios significan, sin duda, la forma actual más heroica y más auténtica de la ambición universal que la Falange supone dentro del español destino.

Estirpes españolas en las horas decisivas de la Falange



Luis Vernacci

(Viene de la página 11)

po madurar en el riesgo y hoy deja un claro irreparable en nuestras filas."

UNA CARTA EJEMPLAR

Joaquín, el entrañable "Chipi", estaba separado de sus otros hermanos, y el mismo día 17 de octubre les escribía esta carta, que transcribimos íntegramente porque contiene en sí todo su amor y toda su ilusión por la Falange:

"17-X-41. Queridos hermanos: Cuando ya os había escrito este papel adjunto y os lo quise mandar por medio de un camarada de nuestra unidad, empezó el "tomate". Días que no olvidaré nunca. Me tocó la papeleta de desenterrar y trasladar los cadáveres de Javier García Noblejas y otros cinco camaradas. Cayó muy cerca de mí y acababa yo de estar con él. Era el mejor. En los últimos días de su vida ha hecho cosas magníficas. Como era él. Ya tiene José Antonio con él al mejor camarada. Otro ser muy distinto a todos nosotros, muy superior. En fin, vosotros también lo conocéis. Y los canallas rojos han acertado con él, cuando podíamos haber sido cualquiera de los idiotas que estábamos allí. También cayó el nieto de Narciso Martínez. Cabezas, un flecha admirable. Os juro con toda mi alma que sacrificaré toda mi vida a mi ideal falangista y que mis ejemplos serán José Antonio y Javier... Dadle un abrazo a Polín, Alfredo y demás camaradas, y recibid uno muy fuerte de vuestro hermano, que está orgulloso de vosotros. ¡Arriba España! Chipi. P. D.—Escribidme siempre que salga correo, y yo lo haré también. A papá decidle que estamos juntos y perfectamente."

EL OTRO RUIZ VERNACCI, COMO NUESTRO GACEO, CAYO EN LAS NAVIDADES ULTIMAS

Poco más de dos meses después, otro Ruiz Vernacci, el más pequeño de los tres mosqueteros de la sangre, en aquellos días navideños en que cayó nuestro inolvidable camarada, "el pequeño y valeroso Gaceo", cayó también sobre las heladas nieves rusas. Sólo quedaba ya un

mosquetero, Luis, que la Falange reclamara rápidamente, para que una estirpe gloriosa no pudiera extinguirse. Luis Ruiz Vernacci, como Ramón García Noblejas, tenían que volver a España para ser la encarnación viva de dos genealogías gloriosas para la Patria y la Falange. De los Vernacci aún quedaba aquí uno—Mario—, tan joven, que apenas ha llegado a ser flecha de nuestro Frente de Juventudes.

Con Luis hemos hablado varias veces desde su regreso del frente de Rusia. Todavía sostiene la ilusión de volver un día, porque él nunca supo—y por eso está entre nosotros—que ya no le dejarían incorporarse a sus camaradas de la División Azul. Él nos ha contado sus impresiones de la División y sus esperanzas para el futuro. Viéndole, escuchándole, nadie puede dudar del resultado definitivo de la contienda. Lo que allí se juega cada día sólo puede jugarse por una fe indeclinable en la victoria.

LA EMOCION FALANGISTA

Nos ha relatado escuetamente hechos así: Una chabola ridículamente pequeña y sucia, en la que se apiñaban catorce hombres. No había más luz que el resplandor de la estufa, que procurábamos que estuviese siempre rebosante de leña. Una pieza antitanque y ocho zapadores de asalto. Durante días eternos pasamos toda la noche sin un solo momento de descanso ni para el cuerpo ni para los nervios: ataques, alarmas, bombardeos y puestos de escucha continuos, unido a los plojos bolcheviques, hacen que consideremos una verdadera bendición la luz pálida del día. Los de antitanques nos quedamos tirados como muñecos de trapo. La canalla es difícil que dé la cara a la luz del día... Entonces, estos magníficos zapadores, que allí han conocido la grandeza de ser falangistas y han visto que es la única realidad posible, duros como piedras, salen a cavar trincheras y tumbas para nuestros caídos. Y les oigo decir con acento baturro: "Lo único que pido a la Pilarica es que, si he de caer, sea con la camisa azul puesta..."

Y él nos ha escrito en una cuartilla su mayor emoción sobre los campos soviéticos con estas palabras: "La mayor emoción, la vez que más he vibrado en mi vida, fué cuando después de rechazar y destrozar a la canalla roja, estalló vibrante al unísono el "Cara al Sol".

Esta estirpe de los Ruiz Vernacci, como la de los García-Noblejas, los Triana, los Aznar y tantos otros, son para España y la Falange seguro baluarte de victoria.

CUADROS
CASA ALCELA
— COMPRA —

C. Prado, 8.—Teléf. 25682

A Z U L
Serrano, 17. Teléf. 53548
M A D R I D

PINTURAS, GRABADOS
MARCOS, MOLDURAS,
LIBRERIA



Momento de llegada del nuevo ferrocarril a Arnedo. Al fondo, la modernísima fábrica SEVILLAS, S. A.



"ARRIBA" EN RUSIA

SOBRE LAS NIEVES RUSAS, "EL NOMBRE DE ESPAÑA HA BRILLADO CON ESPLENDOR" DICE EL GENERAL MUÑOZ GRANDES

UNA PAGINA DE GLORIA DE LA DIVISION AZUL

Por J. L. GOMEZ TELLO

LOS camiones nos esperan, los motores zumbando, entre las ráfagas de nieve de febrero. Al resplandor de la nieve, la noche alta—"isbas", ventanitas cerradas, monstruosas sombras—tiene una claridad extraña y extática como un cristal. Y fogonazos rojos, rosados, violáceos, verdes, en la línea próxima del frente. Pirotecnia que nos indica que hay inquietud. Estamos detrás del frente, y todos sus ruidos llegan a nosotros amplificadas en el silencio de la noche. El horizonte es un tambor. De vez en cuando se eleva la claridad fantasmagórica de una bengala.

Jaleo en los camiones. Siempre van así. Siempre cantando estos españoles. Yo he buscado, estorbado por el pesado capote, el fusil y el reducido equipo, un rincón. Allí trato de apresar la mariposa del sueño. Imposible.

—¡Date el bote, cara dura!..

El charol de la noche bien cerrada y el linóleo del hielo. Resbalan los camiones por la pista. A oscuras. Prohibido encender los faros, que podrían indicar nuestra presencia a las líneas enemigas. Pero se puede fumar. Y siempre, en las desventajadas cajas heroicas de los vehículos — cicatrices de obuses y golpes—resuenan las voces de los españoles astillando el silencio. El aire de la marcha, unido al violento vendaval, nos vuelve los capotes. Las ruedas dejan tras sí un polvillo de nieve. Agujas de hielo. De vez en cuando el salto de un bache nos lanza unos contra otros.

El nombre de este batallón va unido a páginas gloriosas de nuestros meses invernales de dura lucha en el frente Este. Durante los ataques al pueblo de P. obtuvo su propuesta de laureada colectiva. Su jefe, el comandante R., luce la Cruz de Hierro de primera clase. Otras condecoran el valor de muchos de sus componentes. Ellos son dignos de la operación de mañana. Será necesario todo el valor de esta gente para salir triunfantes. Mientras, se canta.

La rabiosa luz del amanecer ruso—todo livido, pálido, resbalando sobre el paisaje esquelético—ha herido mis pupilas al pararse los camiones. Corre una clara voz a lo largo del convoy. Todo el mundo abajo. Y estas cosas se hacen siempre con un poco de estrépito. Estamos en una aldea, al borde mismo de las líneas. Árboles desgarrados por el viento, colgados de estalactitas de hielo. Veo surgir de la niebla la linde negruzca de un bosque. Y la silueta de un centinela alemán. ¿Españoles? Una afirmación sonriente que hace que nuestras manos se encuentren. Un símbolo de la hermandad de armas, la camaradería, aquí donde la guerra dicta tantas razones inapelables entre Alemania y España.

Y bien necesaria que será esta hermandad en el combate de mañana. Ya sabemos el objetivo. Aliviar la delicada situación en que se encuentra el destacamento alemán. Se acumulan fuerzas. Una casa, mala o buena, nos acoge. Se emplea el tiempo en reparar el armamento y se provee a los hombres de abundante munición. Las capas blancas de enmascaramiento quedan dispuestas. Todo está preparado. Hasta el alma, Dios, clara de nieve y luz en los combates. La prueba va a ser dura. Pero el general Muñoz Grandes dijo de sus hombres: "Son de acero". De acero.

Uno encuentra viejos camaradas y amigos para poder charlar. Otros soldados juegan al fútbol o practican con los esquís.

La aldea es como todas las que he visto en el kaleidoscopio de mis jornadas. Una hilera de casas miserables, de madera, al hilo de una pista. Arbolillos raquíticos que cuadrulan entre sus ramas un cielo que parece de algodón. Timidamente verde, en un cruel blanco. Pasan los trineos amarillos o rojos. Y para la estampa rusa uno quisiera la ensoñación de una melodía de Rimsky-Korsakoff. Imposible. Unos humos blancos

prenden, de las primeras estrellas, el sueño.

Es el rodar de la guerra. Las compañías ya han salido cuando el suboficial me despierta de un sueño que apenas ha pesado sobre los párpados. Abajo aguarda el trineo. Me hiere la cara un golpe de aire y nieve. Por instinto miro la esfera de mi reloj. Son las cuatro de la madrugada. Una línea de luz verdeaceada indica el Este. Pero el tiempo, como la distancia, no cuenta en Rusia.

En el horizonte, ante nosotros, un gran incendio. El viento empuja la humareda, y el olor a chamusquina enturbia el fresco, limpio, fino aire de nevada y bosque. Alguna casa alcanzada por la Aviación que arde como una antorcha.

Las avanzadas del batallón R. han iniciado la operación a las diez de la mañana, y desde los primeros momentos

avanzan y combaten. El alegre y misterioso alfabeto Morse de la estación-radio va a ser el único enlace del comandante con nuestro general, que sigue a cada minuto la marcha de la operación. Perdonad: Este rosario de minutos engarzados en treinta y seis horas de angustia, de esfuerzos, de sacrificios, de oscuro heroísmo, no me pertenece. Es inenarrable. ¿Cómo recoger, en efecto, todo el alarde de esta marcha prodigiosa, increíble, de nuestra Infantería a través del bosque con nieve hasta la cintura? Y entre las ramas tronchadas, siempre combatiendo, en una jornada cuya comparación solicita el recuerdo de las proezas en tierras americanas. No existe el camino, que es preciso abrirse con los pies. Donde pisa el primero pondrá su pie el último de la larga fila de hombres. La nieve imposibilita otra maniobra. Cada metro es

ganado penosamente. Y el corazón, España, por delante.

A las 13.25 el telegrafista capta un telegrama del comandante del batallón comunicando al general que la vanguardia se halla a kilómetro y medio del pueblo sitiado. Los ojos se vuelven con inquietud al Oeste. Todavía falta esa distancia, y la tarde va a declinar. La noche va a tener su entrada dentro de unas horas en la linde de los altos pinos, con sus caperuzas nevadas. Otra vez vibra el Morse transmitiendo al comandante, el primero con sus hombres, la confianza del general Muñoz Grandes: "Es preciso salvar guarnición alemana sitiada, a toda costa. Le exige nuestro honor."

Y ahora mi prosa presenta armas, prosa de honor de un soldado de Europa. La crónica mejor que yo quisiera escribir cabe en una hoja de papel, en un telegrama. Yo lo he tenido en mis manos, y sé cómo se doblaba el corazón leyéndolo, en aquellas horas. Podría, si quisiera, contar de otra forma, adornarlo con los laureles de una adjetivación facilonera. Pero prefiero que lo leáis tal como es, desnudamente, sencillamente. Heo aquí: "Los hombres se entierran en la nieve. Nos hallamos cerca del pueblo. Se avanza haciendo esfuerzos SOBREHUMANOS."

Las sombras del anochecer tienen prisa por caer sobre el horizonte, sobre los bosques donde el enemigo se opone al avance, sobre el pueblo que se presenta a la observación apenas los mil metros últimos separan de sus primeras casas.

Está arrasado, y apenas si es el muñón negruzco de lo que fué. Es el perimetro de gloria del puñado de camaradas alemanes que se han clavado allí, pese al girar enloquecedor de las horas de ataques de morteros, de incendios. La nieve amontonada sirve de parapeto a las ametralladoras pesadas. Unas bengalas derraman su fantasmagoría de luces y señales sobre todo el paisaje, de una desolación infinita. Salp-cadero de balas trazadoras persiguiendo a los rojos en retirada. Y enterrados hasta la cintura en la nieve, los soldados españoles saltaban el claro.

Son las once y veinte de la noche. Ya veinte horas de marcha a través de barreras casi infranqueables de nieve; cada minuto ha rendido un heroísmo difícil a la mejor camaradería de los soldados de Europa que se han encontrado aquí, en la línea misma en que hacen la guerra.

Los hombres sienten su cansancio. Pero no es posible reposar. Hay que emprender el regreso llevando consigo los heridos de la guarnición liberada. Se hace combatiendo. Los rusos sufren una nueva carnicería.

Todo esto podría contarle, si quisiera, en otro lenguaje, con más adorno. Pero prefiero el lenguaje de los hechos mismos en el marco de esas treinta y seis horas de heroísmos sin adjetivos. En el marco de los bosques negros, el cielo desollado, el frío y las tormentas de nieve. Ellos eran los hombres de mi Raza y de mi Casta. El español universal, combatiente en todos los climas y todos los meridianos.

Mañana, tal vez, estará otra vez su pisada en los caminos imposibles de nieve y heroísmo.

Heroísmo al que hacían justicia estas palabras de Muñoz Grandes: "Por la dureza y heroísmo de nuestros soldados el nombre de España ha brillado con esplendor. Agradecido os abrazo a todos."

Y que sellaba el reconocimiento de estas frases, que son del general alemán en cuyo sector se realizó la operación:

"El batallón R. ha liberado la guarnición sitiada en M., después de una marcha y combates que han durado treinta y seis horas, y a pesar de oponerse obstáculos naturales del terreno casi invencibles, a causa del enorme espesor de la nieve... Todas estas misiones fueron resueltas por medio de una intervención sin reparar en sacrificios y con la tradicional bravura española."

Frente del Este. Campaña 1942.

GUARDIA EN EL PUENTE

Por D. CASTRO VILLACANA

COMO todos, también este puente, que queda en la tierra de nadie, bajo el fuego de los fusiles de mi compañía, fué destruido por los rojos en su huida. Como brazos cortados, los dos morros quedaron sobre el cauce riente y hoy helado del río, y los gruesos pilares han quedado mirando al cielo, inútiles y disformes, pregonando el paso en retirada de la horda.

Ahora, sobre el hielo del río helado, puede pasarse de un lado a otro, y se tiene así, en las noches heladas y sin luna, fácil camino para los golpes de mano; por eso el Mando ha montado una guardia especial en el puente, en el talud de nuestro lado, y por eso también el enemigo ha montado sus fusiles ametralladores al otro lado, vigilantes también a nuestra decisión y a nuestro coraje.

Cuando cae la noche un puñado de hombres avanzan por la carretera ya oscura y van a situarse al borde roto del puente volado. Con ellos fui yo anoche, y con ellos monté el arduo servicio de toda una serie pesada y lenta de interminables horas. Para abrigar el cuerpo, los pesados supercapotes; las enormes superbotas donde esconder los pies helados, y la noche, que envuelve todo en tonos ambiguos y disformes. Una hora de pues-to; otra hora en la angostura de la chabola improvisada, donde el humo que sale de un cubo que sirve de brasero obliga a toser y a esconder la cabeza entre las piernas, buscando el alivio de las más bajas cupas de aire. Rompe la monotonía del silencio el ruido sordo del teléfono. Es la centralita que avisa la hora. Unos hombres, recortándose sobre el espacio débilmente iluminado por las astillas que arden en el cubo, se incorporan, se ciñen el pasamontañas, se calzan los guantes y salen con el fusil apretado en la mano; al poco tiempo, otros voluntarios se escurren por el agujero de entrada, y sacuden los capotes, los gorros, los pasamontañas, donde el hielo borda de blanco los perfiles, enjugan con la mano las pestañas y las cejas, donde el cambio de temperatura empieza a licuar los hilos blancos que fijó la hora pasada a la intemperie, y silenciosamente, con parsimonia llena de eflorescencia, busca cada uno el rincón más abrigado y más libre de humo. Si acaso, un solo comentario brota de alguna garganta:

—¡Vaya noche!..

Y, quizá como única respuesta, la voz del sargento contesta resumiendo todo posible comentario:

—Lo menos, lo menos, estaremos hoy a 48.

Son 48 grados bajo cero, sobre el cauce helado de un ancho río donde la brisa levanta a cada instante caricias que cortan como cuchillos, que se clavan a través de toda la ropa hirviendo el temblor de la carne. Es preciso guardar la más absoluta inmovilidad, porque el enemigo está demasiado próximo, y una ligera indiscreción puede ocasionar graves daños a toda la unidad; es preciso guardar el más absoluto silencio, y no queda siquiera el consuelo de cantar, como allá atrás, en el nido de las máquinas, donde brota corrientemente de las gargantas españolas un raudal de himnos y canciones regionales. Sólo queda el enorme consuelo del rosario, rezado entre dientes, contando los Misterios con los dedos, y ya tan perfectamente cronometrado, que sirve incluso para saber cuánto tardará el relevo: un rosario, con sus oraciones y letanías, treinta y cinco minutos de puesto.

Dentro de la chabola, en un rincón sin contornos, desdibujado por el humo y las lágrimas que saltan a los ojos irritados, el bulto del teléfono. Si los rojos intentaran cualquier movimiento, desde aquí se avisaría inmediatamente y todo estaría preparado para el instante preciso; únicamente este grupo de hombres tendría la difícil misión de replegarse hasta unirse al resto de la compañía, en un difícil y peligroso movimiento. Pero nadie piensa en eso, porque los ánimos están templados perfectamente para el peligro, como lo están para resistir un clima árido y cruel. Que de las dos clases de heroísmo que podemos señalar en la División Azul, ni puede precisarse cuál es mayor, porque si ejemplar es la gesta heroica de quienes defendieron una posición hasta morir, no lo es menos la de estos camaradas míos que cada dos noches, con un ánimo y un espíritu magníficos, pasan una hora de la noche dentro de la chabola y otra hora fuera, durante los tres meses del invierno.

Con ellos monté anoche la guardia del puente, y cuando al apuntar la aurora nos retirábamos agobiados bajo el peso de las armas, de los supercapotes y de la munición, no tuve más remedio que reconocer que es fuerte y magnífico el valor de una raza que, a tantos grados de diferencia, sabe cantar todavía y sabe sonreír, mientras el hielo quema el labio y el vaho se condensa en el pasamontañas.

Frente de Rusia, enero de 1942.

"ARRIBA" EN RUSIA

EL VOLUNTARIO "ROSQUILLA"

Por T. NIETO FUNCIA

EL "voluntario Rosquilla" es una creación del dibujante Kin, camarada nuestro, para la "Hoja de Campaña". La "Hoja de Campaña" se confecciona en Riga, sale cada semana y está hecha para los camaradas de la trinchera, concediendo su sitio a lo humorístico, pero sin caer en la chabacanería de "La Ametralladora" y sin olvidar las primordiales inquietudes de los voluntarios frente a la guerra mundial y a todas las cuestiones que suscita en relación con el porvenir español. En nuestro periódico escriben soldados desconocidos con un singular aplomo, sin ceder nada a los tópicos que tanto abundan ahí en materia de literatura política o histórica, amachimbrando los párrafos como sillares de monumento bien cimentado.

La información, parcial y rehecha en síntesis, según conviene a su carácter y a sus medios, está bien cuidada. Y el "voluntario Rosquilla" es—como digo—una creación del dibujante Kin, para esta "Hoja de Campaña".

La primera salida del "voluntario Rosquilla" acaeció en una historia muda, donde se presentaba esquiando. Su nariz larga y respingada, su ancha boca, su tipo estrafalario, sus manazas y sus botas enormes coincidían en la actitud gozosa y sencilla del primer cuadro, donde aparecía mirando atentamente su juguete. Luego estaba en varios momentos del esfuerzo para conseguir el equilibrio, hasta que caía aparatosamente, después de una buena carrera, durante la que rebo-saba satisfacción, y, por último, el bueno de "Rosquilla", maltrecho y tendido, calentándose avariciosamente en la hoguera que terminó por hacer con los esquís y con las cañas y raquetas. Con aquella su primera salida, "Rosquilla" se aseguró una popularidad bien ganada.

Es, pues, mi buen voluntario de Kin, ingenio, resuelto, desenfadado, un tanto deforme, ocurrencia y simpático. El éxito de su vida azarosa consiste en que su personalidad cómica ostenta algo de cada uno de nosotros. Unos son "Rosquilla" cuando, estando de centinela, arrebatados por la acción conjunta del tedio y de la imaginación delirante, hablan alto estando solos. Otros, cuando alguna ocasión de hambre les ha abierto un apetito insaciable, comen a todas horas, como si así remediaran el mal trago pasado o los que les resten por pasar. Algunos, partiendo leña con garbo nuevo, que consiste en descargar el hacha sobre un tronco descomunal, con miedo de hacerle daño y con propósito de no acabar nunca. Quien, cuando hace prisioneros en pleno combate, pegando con una bomba de mano en la cabeza del enemigo, o cuando conduce a un grupo de ellos y se hace llevar el fusil por un ruso, porque no es justo que trabaje él y ellos vayan descargados. Cualquiera, en fin, en las escenas diarias de enajenación júbilo o de depresión horrible, a causa del invierno durísimo o de las preocupaciones más hondas, avivadas a la inclemencia del clima y por la magnitud del sacrificio.

Mas ahora resulta, siempre que ello no quede en una equivocación más de "radio maicuto", que el "voluntario Rosquilla" de Kin no es otra cosa sino la abstracción de los abundantes rasgos cómicos de un magnífico camarada que últimamente ha perdido la razón a consecuencia de los sufrimientos padecidos en un acto de servicio que le tocó en suerte.

Me dicen que era falangista ferviente, muy apasionado, aunque abierto a la razón y a las razones, dinámico, discutiendo y locuaz. Parece ser que no se resignaba a la ramplonería de los días sin combate, acurrucado en la chavola, a la lumbre, y que no aceptó por nada ni por nadie que se estableciera un turno entre los que vivían juntos para hacer leña, para ir a buscar rancho, para barrer la choza, para traer agua. Prefería hacerlo él muchas veces, sin dársele nada del villano regocijo de los emponzonados en la pereza y en el aburrimiento. Su amigo predilecto insiste en que disponía de un juicio profundo, de criterio firme, audaz sin osadía, optimista y esperanzado. El inspirador del "Rosquilla" se encontró en aquella fortísima ocasión del ataque a la bayoneta cuando el aire helado petrificó

al instante a un español con el cráneo deshecho atravesando el pecho de un comunista que clavaba la bayoneta en su hombro, y los mantuvo erguidos frente a frente, constituyendo un grupo espeluznante y atroz. Desde entonces parece que los bolcheviques tienen un pánico de sortilegio al brillo metálico de nuestras armas blancas.

Creía "Rosquilla" en la posibilidad de llevar a la política la pureza y la simplicidad, la moral de guerra, y que esto era el síntoma y la razón mayor de eficacia. Creía en la unión ibérica, en la conquista del Marruecos francés para España, en una misión incumplida de la generación de la guerra, en un campo casi absoluto de justicia humana. Abominaba de los lastres psicológicos y doctrinales de las generaciones viejas, que—decía—se parapetaban en palabras adulteradas o vacías, tenía fe en la Providencia y en sí mismo, creía que se encontraban los hombres inteligentes y honrados.

Un ejemplo: Recibió "Rosquilla" una carta de España, donde un viejo camarada y amigo le decía, temiendo más que sintiendo la veracidad de sus palabras: "Me hablas en tu carta de que 'hay que hacer', de que 'no se puede consentir', etcétera." El hábito de tener enfrente un enemigo cierto al que hay que aniquilar por todos los medios ha simplificado, sin duda, tu raciocinio. Otros muchos alimentaron en la Gran Guerra del 14 la misma esperanza y llevaron luego una vida agria de soledad y de meditación, que vertieron en libros que dejaron en testimonio. Yo creo que cuanto más se es-

truján las uvas más vino se obtiene; cuanto más se destila, más alcohol; no hay sino afinar los procedimientos. Unos llegan a esta conclusión: la verdad elemental y triste por el camino de la reflexión, otros por el del desengaño, unos serenamente, y otros maltratados por la vida de aventura y de brega. Y "Rosquilla" le contestó en una carta larga, cuyo raciocinio venía a ser éste: "No se puede negar el valor creador y transformador de la voluntad. No se puede negar que en lo humano y en lo político existan el acierto y la genialidad. Nosotros estamos ya de vuelta de la desilusión, porque, aun sabiendo que el triunfo de nuestro ideal necesita de la benevolencia de Dios, esperamos en ella para nosotros y para nuestros hijos."

"Rosquilla" perdió el juicio una noche terrible de servicio permanente a la intemperie, enrollados los pies en una manta. Primero le dolía todo el cuerpo de frío y temblaba como el azogue. Después sintió como una hoja acerada que le escindía la médula, dando pruebas de que le faltaba el seso. Parece ser que los doctores cuentan con su restablecimiento a la normalidad primera.

Y siendo así, yo creo que "Rosquilla" pudiera simbolizar exactamente a los voluntarios que estamos en la División Azul. Su juicio penetrante y su limpia acción le llevaron a la locura que algunos venían ya en su propia manera de ser. Pero "Rosquilla" volverá a la vida, ungido por su gesta y por su grandeza de alma.

Frente de Rusia y abril de 1942.



"Kin"

Un hospital de españoles en Berlín

EN un amanecer neblinoso y de intenso frío (los berlineses llevaban sus orejas cuidadosamente cubiertas) hicimos nuestra aparición en Berlín, después de andar perdidos unos días por varios hospitales del Reich.

Eramos solamente dos. De la Falange madrileña; nuestra cualidad de españoles voluntarios de la División Azul nos había granjeado en todas partes un trato especial nada despreciable; pero no hay que olvidar que toda la manifestación externa de nuestra expresión anímica se reducía al manejo de quince o veinte vocablos indispensables, que nos dejaban lógicamente insatisfechos. En un orden inmediato de cosas eran los culpables de nuestra nostalgia de lo español. El alemán, que es un excelente camarada, no nos comprendía; nosotros no nos podíamos hacer comprender de él tampoco. Si al mismo tiempo hubiéramos estado en compañía de los nuestros no nos hubiera importado. Pero es que todo el panorama era "gut sprechlen deust-ches", "Sprechlen Hispanien", etc., y esto era demasiado. Era fatal, pero era así. Luego, el cielo plomizo; el sol en eclipse perpetuo, y, en último lugar, el recuerdo del hogar; tantas cosas...

(Todavía me acuerdo de aquellas noches pasadas con mi camarada herido ante la radio del "lazaretti" con objeto de oír voces de España, algo que se reflejara en español, aunque fuera el parte de guerra alemán. El marxismo sostiene como tesis imbatible que el concepto de Patria es una invención burguesa. El marxismo se ha equivocado en todo.)

Por todo esto, aun sabiendo que con el cambio perderíamos, no nos importó, llegamos a tener como una manía. Leer periódicos españoles, hablar con nuestros camaradas libre y ampliamente, sin estar sometidos a la tortura de la mímica y de las medias palabras, y todo esto dentro de breves momentos lo íbamos a tener. Por eso, con paso desenfadado y como acostumbrados al asfalto berlinés, empezamos a tomar "Metro" y tranvías, que nos llevaron allí. El soldado no paga ni un céntimo por el uso de estos medios de locomoción. Por fin, nos encontramos ante un hotelito de traza moderna y en la orilla de un lago ya helado, que sería nuestro albergue.

La primera impresión fué de alegría. En primer lugar, encontramos caras conocidas. En seguida empezó el capítulo de cada uno: contar su historia. Por ahora todo iba bien. En cuanto nos pudo recibir el director del hospital, un capitán de Sanidad, así lo hizo. Ya a la salida nos quedamos un poco pensativos. Allí no éramos dos extraños entre mil. Seríamos dos más entre cuarenta, que es el número de españoles que habría hospitalizados. El régimen era severo. Rígida la disciplina. ¿Cómo no dejar bien sentado el pabellón de la Patria, en esta cosa de tan vital importancia? Las salidas no serían todos los días. Sólo jueves y domingos. Por lo demás, entre nosotros reinaba la más cordial de las camaraderías. La vida transcurría en este solemne aburrimiento, que es la característica de todo lugar donde tiene que permanecer uno encerrado.

Las diversiones dentro del estableci-

miento se circunscribían a las que hubieran podido haber en un hospital en España: el juego de damas, el ajedrez y la lectura de la Prensa, además de una pequeña biblioteca sin pretensiones, intrascendente, en la lectura de la cual se sumergía el grupo de los bibliómanos. También entre los soldados hay bibliómanos. Otro grupo era el de los cuentistas. Llamábamos así a los que no hacían más que contar historias y de la manera heroica como los hicieron. O bien narrar episodios en los que habían intervenido, también con no menos heroísmo, durante nuestra guerra civil o antes del Alzamiento perteneciendo a la escolta que había tenido José Antonio. Quedaba, por fin, el grupo de los reflexivos que, sin jugar, leer, ni contar historias (todo suceso heroico contado por uno mismo, aunque sea verdad, hay que decir siempre que es una historia), se dedicaba a pasear meditando por el comedor. Algunas veces los narradores, salían por la mañana al lago y se dedicaban a la dulce tarea del patinaje, aunque procurando no exponerse mucho, ya que la capa de hielo todavía no era muy profunda.

Como se habrá podido deducir, el cuadro del hospital no estaría completo hasta que habláramos de los que tenían que permanecer en cama por la índole de sus heridas o dolencias, que no era muy numeroso. Las enfermeras, cinco camaradas de la Sección Femenina, cumplían su función con ese agrado y seriedad que han sido características en el Cuerpo de Enfermeras de la Falange, así reconocido en una reciente disposición oficial del Caudillo. Pasando por este régimen jerárquico, teníamos como médicos dos capitanes de Sanidad, que cumplían con destreza y acierto su cometido. El director, también capitán, cumplía sus funciones rectoras de manera irreproachable. Llegamos, por último, al jefe de los Servicios Sanitarios, un teniente coronel que en los primeros días de cada mes, además de encargarse de una tarea de inspección general, constituido en Tribunal, dictaminaba, con arreglo al Código de Inutilidades alemanas, cuál tenía que ser la suerte de cada uno. Unas veces se volvía al frente, si la herida era de poca importancia; otras, se imponía el regreso a la Península y el licenciamiento consiguiente, o también la solución intermedia de continuar en el hospital, si de la levedad de la herida se podía esperar un pronto restablecimiento.

De lo que no he hablado, que es bastante importante, es del soldado español saliendo en Berlín, y de los principales atractivos que éste pudiera ofrecerle. Existía el Zoológico; pero nuestros voluntarios, en su mayoría, a donde iban era a cierta sala de baile, que interpretaba números españoles de música, y que...; pero esto ya es otra historia...; o por lo menos no se refiere al hospital.

Alonso GALLEGO CORTES



Cuadros, Marcos, Arte

— ALCALA, 101 —

(Frente a la estatua de Espartaco)

ANECDOTARIO DE LA DIVISION

"Spanische temperament, Gut..."

Por JESUS MARTINEZ TESSIER



El caballejo que lo arrastraba tiene la cabeza, por efectos del hielo, como pintada de brochazos de cal. El conductor alemán, metódico, busca troncos de árbol que poner debajo del patín hundido y sacar así del atolladero al vehículo. Acierta a pasar por aquel lugar una pareja de españoles, que se detienen un momento contemplando la escena. Uno de ellos, el más fornido, de repente se quita el abrigo, baja, a la cuneta, mete el hombro fuerte bajo el costado del trineo y con un violento esfuerzo echa el armatoste a la calzada. Sacude después la nieve de sus vestidos y manos, saluda amistosamente a los alemanes, se sonríe y marcha con su camarada. Los soldados alemanes contemplan en silencio la escena. Les agradan siempre las muestras de nuestro genio vivo. Y luego, el comentario que ya es de rigor. —"Spanische temperament"...

fiado. ¡Ah, si no fuera el terrible frío y el triste paisaje! Pero el comandante conoce bien a su gente. Hacia el Norte atacan los rusos y el batallón ha de permanecer inactivo, porque aquél no es su sector. El comandante pide ir allí, al combate. Y el batallón marcha ansioso de pelea. "Spanische temperament"...

Los rusos desistieron de su ataque, dejando en un solo día más de cuatrocientos muertos contados y no se sabe cuántas bajas de heridos.

Tres soldados del batallón reserva marchan a suministrar heno para el ganado de la unidad. El camino es largo y la solitaria carretera atraviesa bosques plagados de "partisanos". Los tres españoles cantan sus canciones y arrean a las caballerías de su troica. De la negra selva viene un espantoso silencio preñado de misterios. En el puesto de vigilancia anuncian a nuestros tres soldados que en determinado punto del bosque, algunos kilómetros más allá, donde el camino es más angosto y más solitario, parece que hay "partisanos" emboscados, y les aconsejan tomar otro ramal de la carretera

que apenas significa un par de kilómetros perdidos. Siguen los tres muchachos morenos su ruta, y, llegados al cruce, de acuerdo tácito, toman el brazo peligroso de la carretera. Llegan al punto señalado sin cesar en sus canciones. Parados allí, y dejando sus trineos se adentran en el bosque al encuentro de los francotiradores, que no salen a atacarlos. Pronto los hallan, hay un ligero combate, y siete cadáveres enemigos acompañan a los españoles en su viaje.

A la vuelta muestran su fúnebre carga a los soldados alemanes que les avisaron del peligro. El hecho es increíble, pero... "spanische temperament"...

En Riga hay un hospital letón; más bien una Facultad o Centro de Estudios Médicos. Son atendidos por igual enfermos civiles y heridos militares.

Un día llegan unos soldados españoles heridos del frente. Se tiene para ellos la deferencia que merecen siempre los heridos y el trato distinguido que la hospitalidad letona prodiga siempre. Mas la diferencia de idiomas no permite más. Sin embargo, las enfermeras son muchachas estudiantes de Medicina, y ello lleva a nuestros soldados a intentar una mayor comprensión. No pasan muchos días sin que las salas donde yacen los "spanisch" sean las más frecuentadas durante las horas libres, que las atenciones se convierten en mimos, y que haya grandes deseos de aprender palabras de nuestro idioma. Pronto saben decir las enfermeras letonas: "¡Arriba España!"

La gente va oyendo mucho hablar de los españoles, de su actuación en el frente y de su ingenio. Y a la vista de un escudo español, al pasar, si se vuelve la cabeza, se ve parar un momento a los transeúntes que acaban de cruzarse, mirar y decir: "Spanisch."

Asombra y hace abrir la boca al oír a una linda muchacha, que camina en dirección contraria:

—Yo te "quiego" mucho.

Los soldados rusos que tenemos enfrente son—casi todos—pobres diablos, a los que el comunismo les negó todo y se sacrifican con él en su hora postrera. Sin embargo, tiran como condenados y apuntan a dar. La educación que a sus almas—racionalmente crueles—se dió hacen de ellos, cuando están en la impunidad, verdaderos chacales, capaces de rematar, torturándolos, a sus prisioneros heridos. Todos, a pesar de ellos, cuando caen en nuestras manos son "enemigos personales" de Stalin. Hablan siempre de su vida atroz, de las vacas que les fueron robadas por el Gobierno de Moscú, de su hambre y de su escasez de tabaco. Primero tienen los ojos semicerrados, mirando al suelo, en espera de la muerte cruel vaticinada por sus comisarios. Después se abren mucho los ojos y las bocas ante la admiración que les produce el trato humano, y sonríen, por último, ante el trozo de pan y los cigarrillos, ¡y también en su lengua dicen el estribillo de siempre!: "Soldat espaniski, farashá, gut..."

Rusia, marzo de 1942.

NUESTRA MADRE POCH

Por LUIS RODRIGUEZ ARNAU

FUE el encuentro donde tenía que ser: en un colmado de la madrileñísima calle de la Cruz. Entre el ruido de vasos, humo y algareda, su voz ronca llamó a mis oídos con emoción de hermano. Me vió, y su grito: "¡King Kong!", quedó ahogado por un abrazo inmenso.

Costaba trabajo reconocer en la atildada figura que tenía delante aquella otra tan querida como desastrosa que con barro y fango de 1.200 kilómetros de caminos polacos y estepas rusas realizó a la cabeza de su sección, que era la mía, hechos tales que nos valieron la más alta recompensa en el Ejército alemán: la Cruz de Hierro.

Allí nos conocimos, donde el frío y la nieve helan los cuerpos, donde el peligro compartido callenta la sangre y templaba el corazón con lazo indisoluble de íntima y eterna hermandad.

Charlamos recordando tantos y tantos episodios, unos trágicos, cómicos los otros, que habíamos vivido en aquellas endiabladas tierras, donde al entrar se helaba uno por primera y única vez, y después, más tarde, cuando el frío aumenta ya no se siente nada.

¿Recuerdas, "King Kong", nuestra madre Poch?

Sí recordaba...

Fué al atardecer de aquel día ruso en que la nieve helada caía en remolinos

huracanados, en aquella soledad espantosa sin horizontes ni relieves. Nuestra compañía estaba situada en el saliente de una de las cuñas que estableciera la División. Llevábamos unos días viviendo de conservas, con mantequilla y foigrás como base principal de la alimentación. Un grupo de camaradas apiñados alrededor de una hoguera charlábamos alegremente. El tema, la comida. Un madrileño,

buen crítico alimenticio, nos hablaba de las especialidades de cada una de las tascas de la capital, al mismo tiempo que, erudito en historia gastronómica, nos narraba con refinamiento humorista salpicado de adjetivos apetitosos, comidas de los glotones clásicos, desde Hellogáballo, Lúculo; las cenas de Baltasar; los esponsales de Camacho..., hasta que nuestro estómago descansaba en los tiempos presentes en Casa Botín.

—"Gute Nacht!"— Volvimos la cabeza y el alférez Santander, jefe de nuestra sección, penetró en la chavola por la camuflada puerta desde donde había escuchado tan sabrosa disertación. Venía de practicar lo que, según él, constituía su deporte favorito. Este consistía en aprovechar la oscuridad y llegar al nivel de nuestros escuchas, donde, parapetado tras un árbol, se entretenía en acechar a las patrullas bolcheviques que se aventuraban hasta la otra orilla opuesta del río, para lanzarles bengalas de luz blanca y vivísima que, al caer sobre la patrulla, organizaba el consiguiente espanto, momento que aprovechaba para volver a "Villa Rosa", nombre con que habíamos bautizado nuestro refugio.

Interesado en nuestra conversación, quedó un momento pensativo.

—¡Yo sé hacer lo que haga Botín! —exclamó—. ¡Os traeré solomillo!

(Continúa en la página 20)



La Vieja Guardia de José Antonio en el frente de Rusia

Ramón García Noblejas nos cuenta algunas impresiones de la vida en la División Azul

Por VICENTE CEBRIAN

Está con nosotros, en la Redacción, Ramón García Noblejas. Alto, fuerte, moreno, es el último varón de una dinastía de héroes. Los García Noblejas, como los Vernacci, los Jiménez Millas y tantos otros, pertenecen a esta clase de familias enraizadas de tal modo con la Falange que su solo apellido evoca como pocos la presencia de la bandera del yugo y las flechas.

Ramón García Noblejas ha vuelto de Rusia, adonde le llevó su ardor falangista, con el inmenso dolor de haber visto caer frente al enemigo a su hermano Javier, Palma de Plata de la Falange, jefe de la sexta Centuria de Madrid y uno de los primeros y más leales colaboradores de José Antonio.

Los García Noblejas, primeros como siempre en el servicio de la Patria, se alistaron voluntarios en la División Azul. Una vez más prestaron su valeroso esfuerzo y acudieron a luchar contra el enemigo, y allí las balas marxistas, que tantas veces respetaron la vida de los dos hermanos, dejaron inmóvil para siempre el corazón generoso de Javier.

Ramón, a su regreso, ha accedido a narrarnos algunos detalles y a darnos diversas impresiones de la vida, durante los primeros meses, en la División Azul. Merced a su emocionante relato hemos podido escribir las siguientes líneas, muestra palpable del heroísmo de nuestros camaradas que, en las trincheras heladas de Rusia, luchan por el engrandecimiento de España.

LA Falange, que es lo mejor de España, tenía, desde que voluntarios alemanes e italianos lucharon codo a codo con sus escuadristas para liberar a nuestra Patria del yugo comunista, una deuda con los países hermanos. Era una deuda de sangre, puesto que generosamente la derramaron muchos de los que vinieron a ayudarnos, y, por lo tanto, con sangre había que pagarla. España había logrado, a costa de sus mejores, expulsar de su suelo el peligro bolchevique; pero, a pesar de ello, no consideraba saldada la cuenta. El peligro existía aún, amenazador y torvo, siempre dispuesto a saltar sobre Europa. Era necesario, por tanto, perseguir en su misma guarida al enemigo hasta lograr borrar de nuestro Continente su más leve huella.

Por eso, nada más formarse los primeros banderines de enganche, la Falange corrió a inscribirse en ellos. Así, los apellidos Aznar, García Noblejas, Ridruejo, Nieto, Jiménez Millas, Gacéo, Reyes, Matamoros, Vernacci y tantos otros de aquella Vieja Guardia quedaron inscritos, una vez más, en la larga lista de los que dejaron todo para ofrendar su sangre en defensa de un ideal sagrado.

LA PARTIDA

Durante varios días Madrid y España entera sólo vivieron para sus voluntarios. La Falange estaba en pie. Parecían volver otra vez las horas difíciles y angustiosas, pero también heroicas, de los primeros tiempos de lucha. En el café de Gijón, de vieja solera falangista, se reunían varios camaradas. Se hablaba de la próxima marcha, se barajaban nombres y cifras, y en todos se notaba la impaciencia por salir cuanto antes hacia los campos de batalla. Así llegó el día de la concentración en la Ciudad Universitaria. La amplia explanada estaba repleta de camisas azules. Se había pedido una división, y allí había hombres para formar un Cuerpo de Ejército. Durante toda la mañana, bajo un sol que caía a plomo sobre las cabezas descubiertas, se comenzó la difícil tarea de encuadrar a los voluntarios. Los que tenían que quedarse miraban con justa envidia a aquellos que, formados al mando de sus jerarquías naturales, desfilaban cantando el "Cara al Sol" hacia el cuartel "Infante Don Juan". Allí, tras de los derruidos muros de la Modelo, los escua-

dristas de la Vieja Guardia rememoraban aquellos trágicos días de 1936, que culminaron en el criminal tiroteo del 22 de agosto. Pero el enemigo no podía contemplar indiferente la decisión y el espíritu de nuestros voluntarios. Bien pronto comenzaron a circular ridículos y criminales bulos con el ánimo de perturbar la moral de nuestros camaradas, pero a ellos se oponía siempre la dialéctica de las jerarquías de la Falange, y en especial la de Agustín Aznar, soldado voluntario, que con potente voz aseguraba: "Yo os digo que todo lo que oís en nuestra contra es propaganda masónica, y, por lo tanto, es mentira. Nosotros vamos a luchar por España, y detrás de nosotros queda quien vele por nuestras familias. No os desaniméis. El general es Muñoz Grandes, que es, ante todo, un español, y que tiene en vosotros lo mejor de España." Luego, en rápida sucesión, pasaron los últimos días de estancia en Madrid. Recepciones y agasajos se iban sucediendo con las marchas a El Pardo y con una rápida instrucción preparatoria. Por fin, el impresionante espectáculo de la estación del Norte, repleta de gente que quería despedir a los que iban al encuentro de la muerte; los abrazos y las lágrimas de los familiares, y la emoción indescriptible cuando hizo su aparición en el andén el guión de la primera línea de la Falange madrileña, que tremolaba en sus manos, por última vez, el Palma de Plata Javier García Noblejas. Vivas, aclamaciones, apretones de mano, abrazos, alocuciones y el tren se pone en movimiento. Madrid se va quedando atrás, lejos. Entre el traqueteo del vagón los voluntarios piensan. Han dejado hogar, familia, comodidades, todo, a la primera llamada. La Falange no necesita fuertes sacudidas para que despierte, y siempre tiene las armas a mano para empuñarlas en el momento preciso. El convoy atraviesa campos y ciudades. Vitoria, San Sebastián, Irún y la frontera. Un adiós a España, que para muchos será el último, y otra vez al tren. Los voluntarios han llegado a Francia. A las entusiastas aclamaciones ha sucedido un significativo silencio, roto únicamente por la fraternal acogida de los camaradas alemanes. En algún pueblecito el silencio se convierte en manifestación de hostilidad, pero la viril actitud de los falangistas hace enmudecer a los amigos del Kremlin. Al fin, Alemania. Retornan los vitoriosos y las aclamaciones, que no cesan hasta la llegada al campamento.

EL CAMPAMENTO

El campamento está instalado en un pueblecito limpio y cuidado. Durante un mes se impone a nuestros camaradas en la disciplina y en los conocimientos del

Ejército alemán. La vida es agradable. Una vez acabados los ejercicios, a veces penosos, los españoles se lanzan a "descubrir" el pueblecito. Pronto son conocidos en todo el contorno y raro es el soldado que no ha hecho varias amistades entre el elemento femenino del lugar. Pero, a pesar de todo, el constante deseo de la gente es llegar al campo de batalla. Se cuentan los días de instrucción, que pesan como plomo en el ánimo decidido y valiente de nuestros camaradas. Constantemente se escucha la misma pregunta: "¿Tú crees que saldremos pronto para el frente?" Nadie piensa en otra cosa, porque todos salieron de España con el mismo anhelo de enfrentarse cuanto antes con el enemigo. El general, que comprende la impaciencia de los suyos, contesta sonriente a las preguntas que se le dirigen en este sentido, y al cabo de un mes pone en conocimiento del Mando alemán que la División se encuentra en perfectas condiciones de instrucción para entrar en combate.

HACIA EL ENEMIGO

Ha llegado la hora tan deseada. Lentamente la Infantería abandona el campamento en columna de viaje. Es el momento más feliz. Nadie piensa en la fatiga de las marchas, en el peso del equipo, en las etapas que aún les quedan. Sólo se piensa en que se marcha, por fin, al encuentro de aquellos que durante tres años desangraron a España, de los asesinos de tantos seres queridos, de los que convirtieron a nuestra Patria en refugio de todos los hampones de Europa. Muchos de los que iban conociendo ya al enemigo. Lo habían visto a través de la mira de su arma en las trincheras de Brunete o en los derruidos edificios de la Universitaria. Otros, en cambio, tuvieron que aguantar inermes, seca la garganta por la rabia, los vejámenes inabarcables de la chusma. Ahora, hermanados todos—los que lucharon en los frentes y los que agonizaron en el cautiverio—, marchaban al compás de nuestro himno al encuentro del enemigo.

La pista parecía extenderse al compás de los pasos españoles. Atravesada Polonia, pronto se pisó territorio ruso. Al desembarcar en Novgorod, la Artillería rusa tira varios proyectiles. Es el bautismo de fuego. Nuestros camaradas están en el frente. La noche tranquila sólo es turbada por el agudo silbido de los proyectiles y la claridad de las explosiones. Pronto la División relevará a los alemanes que guarnecen el sector. Comienza para los voluntarios una nueva vida. En "un lugar de Rusia", en plena estepa, un frente de 65 kilómetros está defendido por pechos españoles.



EL FRENTE

Ha comenzado la vida de frente. Pronto las ansias de pelea se han visto colmadas. Todavía no han comenzado las grandes nevadas, y los rusos desarrollan contra las filas españolas innumerables golpes de mano, que son rechazados con energía. Inmediatamente comienza el avance: Paso del Wolchow, cuña de Posad, la cabeza de puente, operaciones donde la División se cubre de gloria. Comienzan los actos heroicos de la División. Pronto empiezan a ser conocidos los nombres de Gallana, Nieto, Gacéo, García Noblejas, Aznar, Vernacci, y se cuentan sus hazañas. El mundo entero se hace eco de la heroica actuación de nuestros camaradas, actuación que merece en varias ocasiones la mención en la parte del Cuartel General del Führer.

HEROISMO

Sería interminable la narración de los hechos heroicos. Un libro necesitaríamos para contar, siquiera brevemente, actos de valentía que lindan con lo sobrenatural. No pasa un solo día sin que ocurra algún hecho digno de mención especial. Un día es Alfredo Jiménez Millas, que sale con un grupo de voluntarios para hacer callar una máquina enemiga. Arrastrándose se acercan a la ametralladora, a la que atacan con bombas de mano. El enemigo se defiende. Entre ellos hay un comandante que sale enarbolando una granada. Jiménez Millas se lanza sobre él y le sujeta la mano. Hay una feroz lucha cuerpo a cuerpo, en la que el ruso encuentra la muerte. Sobre su cadáver se halló la documentación detallada de un ataque enemigo que fracasó gracias al heroísmo de nuestro camarada, que fué condecorado con la Cruz de Hierro.

Pueden referirse centenares de casos paralelos al que hemos contado. La marcha de cuarenta kilómetros hecha por Luis Nieto—el hombre que puede decirse ha estado en todos los combates—a través de la nieve y con 39 grados de fiebre. Agustín Aznar, que se rompió una pierna cuando solo, y por propia iniciativa, salió por la noche a través de un intenso fuego a rescatar los cadáveres de Enrique Sotomayor y Chipli Vernacci, que habían tenido que ser abandonados. La heroica actuación de nuestros camaradas del Frente de Juventudes y tantos hechos imposibles de relatar.

CAMARADERIA Y DISCIPLINA

En todos los actos de la División, como en todos los de la Falange, ha imperado siempre un espíritu de ejemplar

(Continúa en la página 22)



Los camaradas Ridruejo y Aznar, con otros de la Vieja Guardia, juegan a las cartas en la chabola

Episodio de los esquiadores del capitán Ordás

(Viene de la página 13)

tos españoles. Cuando el capitán Ordás comunicó al general Muñoz Grandes las novedades de la jornada, dice, refiriéndose a sus soldados.

La enorme superioridad enemiga y el apoyo de los tanques nos impiden reconquistar la posición. Los españoles no han capitulado. Han muerto con las armas en la mano. Vemos una gran concentración enemiga. Esperamos el ataque. Sabremos morir como españoles. ¡Arriba España! ¡Viva Franco!

Y el general responde con estas palabras, más duraderas que el bronce:

Como habláis vosotros sólo hablan los héroes. Así y sólo así se hace un Imperio. ¡Animo! Vuestra conducta es el orgullo de esta brava División. Pese a todo, venceréis. Hay Dios y os dará la victoria, porque sois los hijos más valientes de España. Un abrazo que no será el último. Lo aseguro.

Durante la noche la Aviación rusa descargó por tres veces sus bombas sobre los esquiadores. Nadie se movió, había orden de dejarse clavar sobre el terreno. ¡Qué angustia, Dios mío! Apretadas masas siberianas se dirigían hacia la exigua línea del capitán Ordás. ¿Qué podía hacer éste?

... para facilitar la defensa, varios voluntarios han salido a quemar tanques, dice en su comunicación del día 20.

Y agrega, sencillamente:

... el ataque, ya en marcha, de los rusos, no llegó a efectuarse. Se retiraron. Dios existe.

¿Qué había sucedido? No lo dice el capitán, pero la explicación parece clara. Atacados por su retaguardia, los cercadores de Wswad se vieron, sin duda, obligados a dividir sus fuerzas. Unas continuarían el sitio; otras acudieron al fuego español, alarmadas ante la facilidad con que los esquiadores avanzaban y ocupaban los pueblos situados al sur del lago Ilmen. En ese momento los sitiados de Wswad, aligerada la presión que sobre ellos se ejercía, pudieron organizar una salida violenta. Los siberianos se encontraron, inesperadamente, entre dos fuegos. Una información deficiente les llevó a pensar que los españoles contaban con efectivos de alguna importancia numérica. Y en vista de ello cedieron terreno para reorganizarse. Ordás aprovechó aquella hora crítica, y en la madrugada del 21 atacó resueltamente con unas cuantas decenas de soldados. Por su lado, los de Wswad atacaban al mismo tiempo. Al cabo de una hora, en el hielo de Rusia, a siete kilómetros de las posiciones españolas de la víspera, se abrazaban los alemanes cercados y la expedición de auxilio

enviada por la División Azul. Parecía increíble que aquello aconteciera; pero ahí estaba el hecho, casi milagroso. Ordás comunicó al Cuartel General:

"21 enero-9,45.

En la madrugada de hoy, restos de la compañía española y guarnición alemana de Wswad se han abrazado a siete kilómetros de nuestras posiciones. Los deseos de V. E. se han cumplido totalmente.

Reaccionaron frenéticos los rusos; pero su rabia fué ya inútil. El

episodio había terminado con su derrota. El general Muñoz Grandes telegrafió:

Orgulloso de vosotros, con mucha alegría os abrazo. Manda por correo relación nominal de los que salisteis, bajas habidas y los que quedan.

Horas después insistió:

Dime cuántos valientes quedan.

El capitán Ordás cerró la epopeya de los esquiadores con esta respuesta:

Salimos 206. Quedamos 12 combatientes.

Una Medalla Militar de España y una Cruz de Hierro de Alemania nacieron en aquella estepa de hielo.

Así fué la hazaña de la compañía de Esquiadores españoles. "Cuando la División española regrese un día a su país, sólo podremos enjuiciar su comportamiento y el de su valiente general reconociendo que su fidelidad y su bravura no han sido dominadas ni aun por la misma muerte", dijo Hitler en su último discurso. Fuerte razón había para decirlo. Hitler sabía y admiraba los cómo, los cuándo y porqués.

Manuel AZNAR

NUESTRA MADRE POCH

(Viene de la página 18)

—¡"Kin Kong"!—me dijo—, coge tu "escopeta" y vente conmigo.

Empecé a caminar siguiendo sus huellas, y poco después nos deteníamos en una "isba" medio derruida, donde tras laboriosos reconocimientos encontramos dos trajes haraposos de campesina rusa con que enfundamos nuestros cuerpos. Nos reíamos al contemplarnos.

—Si no fuese por ese "vello" franciscano—le dije—creería que eras un parodista del "Vals de las olas".

Emprendimos nuestra marcha. Tratábase, ni más ni menos, de aprovechar la poca luna y el espacio libre que dejaban los blocaos defensivos rusos para penetrar en una aldehuela cercana al frente, en la que según el alférez podíamos encontrar algún solomillo con patas.

La suerte nos fué propicia. Nos metimos en una casa, la primera, y diez minutos después, con una limpieza que nos

envidiaría el más ilustre prestidigitador, salíamos conduciendo una hermosa vaca (nuestra madre Poch).

Nuestro aspecto en viaje de retorno era una verdadera sinfonía pastoral que podía titularse: "Aldeanías barbudas camino del mercado".

La alegría con que fuimos recibidos compensó algo el arresto que nos impuso el capitán, que hacía verdaderos esfuerzos para ponerse serio...

PRISIONEROS

Fué otro día...

El alférez, con cuatro camaradas, hacía servicio de patrullas a través de un camino sembrado de minas rusas. Se oyó una explosión. Una mina de pequeña carga había estallado al ser pisada por un camarada, que cayó herido. Esta explosión fué la señal para que un grupo de soldados rojos cayera sobre los nuestros, siendo imposible la resistencia. El pequeño grupo español fué despojado de

cuanto llevaba encima. Confiados los rusos de que cuatro españoles sin armas dejaban de ser un peligro, confiaron su custodia a dos soldados rojos que debían internarlos en terreno enemigo mientras el resto de la fuerza proseguía su camino. Mientras caminaban, el alférez, dirigiéndose a uno de los guardianes, como queriendo congraciarse con él, y entremezclando la palabra "tovarich" (en ruso, compañero) con una serie de nombres absurdos, acabó mirando con ternura a su conductor, al mismo tiempo que le decía en español: "¡Muchachos: Cuando os diga, lanzaros sobre el otro; yo me encargo de ver este hueso!"

En efecto, a los pocos minutos ambos rusos rodaban por el suelo, y unas horas más tarde entraba en nuestro campamento un pequeño grupo constituido por dos rusos transportando en unas improvisadas parihuelas a nuestro compañero herido, seguidos por nuestros cuatro camaradas, que epatando al más asustado de los orfeones, coreaban con el compañero herido las estrofas del Himno de la Falange.

Aquí tenéis dos botones del largo muestrario de pequeños hechos que con un fondo de heroicidad y de desprecio al peligro llevó a cabo el alférez S. acaudillando a su sección.

Luis RODRIGUEZ ARNAU

Hoja de Campaña

DIVISION ESPAÑOLA DE VOLUNTARIOS

TRES OFENSIVAS

La lucha por Singapur ha comenzado - A 18 kilómetros de la capital

COMIENZA.



La lucha en Extremo Oriente

COMIENZA.



"Lo más difícil está pasado"

Tenemos el ejército más fuerte del mundo



Un ejemplar de la "Hoja de Campaña", que lleva diariamente a nuestros camaradas de la División Azul las noticias de España y del Mundo

VICENTE GACEO



El camarada Vicente Gaceo, caído en Rusia el día 24 de diciembre último, redactor de ARRIBA, cuya memoria guardamos entrañablemente por su ejemplar servicio a la Falange, llevado hasta la muerte en las filas de la División Azul

Cómo cayeron Javier García Noblejas, Chipi Ruiz Vernacci y otros varios camaradas

LOS COMBATES DE NOVIEMBRE EN POSAR Y POSALAR

Por SANTOS ALCOCER

ENIRE los voluntarios de la División Azul de regreso en Madrid se encuentra nuestro entrañable camarada de la Vieja Guardia madrileña Fernando Reyes de la Vega, mutilado como consecuencia de las graves heridas recibidas en el frente soviético.

Es Fernando Reyes falangista de la primera hora. José Antonio premió su arrojo y disciplina con el Aspa Roja cuando mandaba la sexta centuria madrileña; superviviente del cuartel de la Montaña y de la matanza de la Cárcel Modelo, logró pasar a la zona nacional, marchando inmediatamente voluntario al frente. Terminó la campaña con el grado de teniente provisional, después de ganar nueve cruces de guerra y cobrar tres heridas en los frentes del Ebro, Extremadura y Andalucía. En cuanto se le presentó la ocasión marchó de nuevo a combatir al comunismo, y otra vez luchando contra la barbarie soviética en Rusia, volvió a caer herido, desgarrada la cadera y la pierna izquierda por la metralla de una bomba de mano enemiga. Dios quiso conservarle la vida, y hoy pisa de nuevo las calles madrileñas, aunque no acompaña su andar con el garbo y la firmeza de otros días: camina apoyado en dos bastones, envarada la pierna mutilada, y apenas tiene cerradas las tremendas heridas. No obstante, Fernando Reyes sigue siendo eternamente jovial y optimista.

EL ENCUADRAMIENTO EN ALEMANIA

Hablamos con él. Nos cuenta cómo marcharon encuadrados en su misma compañía del segundo batallón del regimiento "Rodrigo" Javier García Noblejas, Chipi Ruiz Vernacci, García Matamoros, Luis Nieto, Zubleta y otros muchos camaradas.

—Antes de salir para el frente—nos dice Fernando— vino el encuadramiento definitivo. Nos cambiaron de jefe. El laureado coronel Rodrigo pasó a mandar la Infantería divisionaria y quedamos en el regimiento "Esparza".

LLEGAN AL FRENTE SOVIETICO

Después, el viaje a través del Reich hasta un lugar de Polonia, donde abandonamos el tren para continuar a pie hasta alcanzar la frontera rusa. Durante nuestras marchas nos cruzamos con largas columnas de prisioneros rojos, que nunca acababan de pasar, durante horas y horas interminables. Por fin, un día llegamos a Poblerejo. Era el frente. A no mucha distancia retumbaban los cañones. Del enemigo nos separaba únicamente el río Volchov, que teníamos delante de nosotros. Allí quedaron la primera y la segunda compañía, y un poco más adelante, en Germanova, la avanzada y la cuarta.

La primera noche, cuando montamos las guardias, hubo alguna confusión, pues teníamos entre nosotros muchos novatos, y hubo centinela que al darle la consigna preguntó, ingenuo:



"Mi sargento, ¿disparo si vienen, o le aviso antes?"

O aquel otro que, al ver brillar en el aire las bengalas de orientación lanzadas por el enemigo, me preguntaba:

"Mi teniente, ¿para qué nos han retratado con magnesio?"

LAS PRIMERAS BAJAS.— MUERE GARCIA NOBLEJAS

El primer día de frente transcurrió con tranquilidad. Pero el segundo día amaneció con un cañoneo terrible. Era el 18 de octubre. Es muy difícil que lo olvide. Estaba junto al puesto de mando cuando me vi envuelto con mis camaradas en una nube de polvo y humo, al tiempo que sonaba un estruendo terrible: había explotado a nuestro lado un proyectil. Pasados unos segundos vimos surgir, a través del fuego, el muro del refugio hundido, y una figura, como salida del infierno, que venía corriendo hacia nosotros, los ojos desorbitados, la mirada fija, cubierto de sangre: era Jaime Ullbarri, que gritaba enloquecido:

"¡Están dentro! ¡Están dentro, y se ha hundido todo el refugio sobre ellos!"

Nos lanzamos envueltos en humo negro, entre un olor acre a tierra quemada, en socorro de los enterrados. Entre los escombros encontramos primero a "el Murciano", arrojado por el humo y el dolor; después sacamos al cabo, que se encontraba envuelto en tierra, paños rotos, paja, nieve y sangre. Seguimos escarbando y recogí a un camarada; luego apareció otro, con una pierna rota. Hasta ese momento el rescate de nuestros camaradas había sido relativamente fácil. Pero entonces empezó lo más duro del salvamento: arrebatarse a aquella maldita tierra, sucia de sangre, lo que todavía cubría y aprisionaba. Escarbamos sin descanso, arrancando maderas y barro ensangrentado. Al fin apareció Javier García Noblejas, muerto, serena la fisonomía, sin mueca ninguna de dolor. Y como Javier fueron surgiendo entre los escombros camaradas inolvidables. Sin lograr sobrepasarnos, comiéndonos las lágrimas

de rabia, los conducimos a todos en silencio, con la noche como cómplice, para resguardarlos en una casa derruida. El capitán médico Franco les limpió amorosamente la cara, y el páter rezó un responso. Nosotros estábamos espantados por la muerte de nuestros camaradas.

Y EL BRAVO CHIPI RUIZ VERNACCI

Al día siguiente volvió el terrible cañoneo. Nos tenían bien localizados, y los proyectiles explotaban en nuestras inmediaciones con irritante frecuencia. Una de las veces fui lanzado por el aire sin que, por fortuna, me ocurriera nada. Acababa apenas de recobrar el conocimiento cuando se estremeció el puesto de mando por un impacto de cañón. El capitán quedó herido gravísimamente en el pecho por la maldita metralla roja. Poco después se hundió otro refugio y quedaron heridos el páter y el capitán médico. Acudimos en su socorro, y mientras los retirábamos expiró el valiente capitán. Se incendió otro refugio, y en él perecieron tres camaradas. Y no acabaron aquí las desgracias de aquel maldito día.

Chipi Ruiz Vernacci cayó también como un bravo cuando retiraba a otro camarada herido, después de habernos asombrado a todos al entrar varias veces en el depósito de municiones incendiado, para evacuar, casi él solo, todas las cajas de bombas, con su vigor envidiable.

Aquella misma noche tuvimos ocasión de vengar a nuestros muertos. Dimos un golpe de mano, con el que echamos fuera toda la rabia que nos estallaba en el alma. Pasamos sigilosamente el río, y con cartuchos de dinamita de seis kilos fuimos volando varios nidos de ametralladoras y morteros rojos. Les hicimos más de cincuenta bajas. Nosotros volvimos a la posición con un solo herido.

De regreso de nuestra misión hicimos un panteón y dimos tierra a nuestros camaradas, prometiéndoles vengarlos.

EL PASO DEL RIO VOLCHOV

A partir de aquella noche fueron pasando los días iguales y monótonos, sin

que ocurriera nada particular, hasta que, ya en noviembre, llegó la orden de que nos preparásemos para pasar el río y avanzar. La noticia fue acogida con gran alegría y festejada con hurras y cánticos. Pocas horas después supimos que una sección del 20.º de "Esparza", mandada por un teniente, había pasado el río y establecido al otro lado la cabeza de puente, sosteniéndose con pasmoso heroísmo, frente a un enemigo infinitamente superior, ganando la Cruz de Hierro y la Medalla Militar él y sus muchachos, las primeras que obtenía nuestra División Azul.

Al día siguiente iniciamos el avance. Cruzamos el río con el mayor sigilo. A derecha e izquierda saltaba el agua por la metralla y explosiones de los proyectiles. Al llegar a la otra orilla seguimos avanzando. Nos cruzamos con largas caravanas de prisioneros hechos por la División. Al llegar la noche hicimos alto para descansar, y por la mañana continuamos el avance. Los rojos habían contraatacado. Cuando llegamos al lugar del combate, las tropas soviéticas habían sido dispersadas y puestas en fuga por el tercer regimiento, que mandaba un comandante. Veinticuatro horas después alcanzábamos el Santuario de Oteski. Allí quedó guarneciéndolo la tercera compañía, en la que estaba encuadrado Luis Nieto. Otras dos cubrieron Posar, y la otra, con la sección de máquinas, Posalar.

LOS COMBATES DE NOVIEMBRE

En aquellas posiciones cayó lo mejor que quedaba de la Falange madrileña. A mediados de noviembre, con una temperatura por debajo de los treinta y cinco grados bajo cero, nueve batallones soviéticos fueron lanzados contra el nuestro, en un ataque de gran estilo, apoyados por un fuego intensísimo de diez o doce baterías.

Se inició el combate con unos disparos sueltos de fusil que rasgaron el silencio de la noche. Contestaron las avanzadillas. Luego, como una tromba, rompió el fuego toda nuestra ala derecha;

(Continúa en la página 22)



LOS MOTIVOS DE LA DIVISION AZUL

Por ANDRES GAYTAN

Se le estaba perdiendo el gusto a la aventura. España, país de la guerra civil en las últimas centurias, languidecía entre gúelfos y gibelinos, y, después de más de cuatrocientos años, cuando el universo mundo es un tambor, baila al son guerrero que le tocan. Alguien dijo que sólo lo traducible, lo que puede ser entendido en cualquier meridiano, es bueno; la División Azul es la versión ecuménica de las Españas, embajadora de sus presentes, justos, sinceros delirios de grandeza.

Los gentes piensan que quienes nos enrolamos en esta quijotada éramos inciviles ciudadanos, con diez adarmes de valor y otros diez de fracaso. Y no importa decirlo, fuera de las fronteras, maliciaban cosa parecida. Así, cuando saben que van más de cinco miles de estudiantes, amén de los universitarios, la admiración se espuma, y la temeridad en la batalla deja de considerarse como simple y primitiva virtud animal.

La División se ha instalado—desde el primer momento—en un sector, junto a las mentirosas riberas de un lago congelado. Cuando cedió el cansancio de la dura marcha militar y el ojo se acomodó al paisaje, sucedieron dos cosas: una era que saltó de entre los abetos un fantasma angustioso; la nostalgia. La otra cosa no pudo ser clasificada hasta algún tiempo después, cuando pensamos que era ésta católica jornada, que no excusaba generoso mozo. Entonces el espacio es lo de menos, y lo de más, saber qué venimos a hacer aquí.

Cuando se guerrea por lo abstracto, la palabra "santo" se hace adjetivo calificativo, y la muerte es un acto de merecimiento. Por motivos concretos, definidos y económicos, sólo pelean las naciones débiles, las burguesas, las confederaciones hanseáticas, por barco más o menos.

En cambio, nosotros, combatimos por cosas verdaderamente importantes: para el frío, el "superequipo"; para la bala, el escapulario, y para el último trance, el Señor de las Alturas. Ocasionalmente pueden venir otros beneficios y alcanzarse consecuencias, hasta insospechadas; pero el español es hombre, y a Roma por todo.

Es una gran lección la lejanía. Y un entretenimiento para toda clase de faenas. Nuestra España se resentía de sus fronteras—geográficas y espirituales—, que confinaban todo un pueblo a nutrirse de viciado aire. Los unos respiraban el carbono de pulmones envenenados, y la cosa parecía que no iba a terminarse nunca. El primer paso fue contra el enemigo que tenemos en casa. El segundo lo ha dado, entre clarines y laureles escarchados, la División Azul. Es preciso, no europeizarse perdiendo trascendencia, sino conocer y amar a la vieja e ingrata Europa como a nosotros mismos, porque Europa está llena de esencias hispanas. En Riga—suicidio romántico y nórdico de Ganiwet—se vistió un "Don Quijote" traducido al letón, con Dios sabe cuántas bálticas erratas. Y en una biblioteca de la ciudad, medio rusa y medio polaca—siem-

pre fue así—, de Vilna, un diccionario yidisch-español, del áureo XVI.

Y aún huele el aire de Europa al romero de los peregrinos, y por algún sitio, el ferrocarril militar crucifica la escondida senda del camino a Santiago de Compostela.

En el Museo de L'Ermitage, de San Petersburgo, se vuelve amarillo de morriña el velazqueño boceto del Papa Inocencio. Siempre gusto de recordar un ex libris, famoso en el setecientos: "Español, vuelve a donde solías", y nosotros vamos a ir donde no solíamos, a inaugurar una ruta, para que, si alguna vez quiere Dios—y ojalá no quiera—, castigar otra vez a nuestra España, haya un mote que diga: "Español, vuelve al mundo".

Se pasó a nuestras filas un ruso; su

edad, de los cincuenta para arriba, el pelo muy blanco y hablando el castellano. Había vivido catorce años en la Argentina y la revolución del año 18 le cogió recién llegado. Su historia es triste, con un fondo de dulzura ortodoxa, como las novelitas de Dostoyevsky; pero nos contó una anécdota enternecedora:

Fue en tiempos de Iván el Terrible, cuando el látigo aún no era emblema, sino instrumento doméstico. En la Corte—en las cocinas y fregaderos de la Corte—había un esclavo: ojos tremendamente negros, febriles; cuerpo pequeño, hecho a todas las fatigas. Era un español, de nombre Andrés, como yo. Le ahogaba el hielo de Moscú y buscó en la mate-mática física un seguro refugio de universalidad. Y—esto es lo bueno—inventó

una especie de aeroplano, cuando hacía poco que el barbudo Leonardo—ese colosal italiano de Vinci—, ponía en el potro su imaginación para idear ornitópteros. Al español Andrés le libertaron, pero acabó muriendo de melancolía, con un extranjero olor a ámbar balto en su pobre alma meridional.

Y ante el horror de las "casas colectivas", dispuestas al modo comunista, pensamos en los irredentos niños españoles que salieron un día maldito de nuestros puertos, el rumbo a Odessa.

Algunas noches, el viento juega a lamentarse por las choperas, y tiene un mucho de quejido infantil entre la frialdad que nos rodea.

En el frente del Este, abril de 1942.

Cómo cayeron Javier García Noblejas, Chipi Ruiz Vernacci y otros varios camaradas

(Viene de la página 21)

entraron en seguida en acción los antitanques y el combate se generalizó. Fue desbaratado el intento rojo de caer por sorpresa sobre nosotros, y los soldados soviéticos caían por centenares bajo el fuego certero de nuestras armas. Los rojos lanzaban constantes y compactas oleadas de tropas sobre nosotros, llegando en algunos momentos a la lucha cuerpo a cuerpo. A pesar de la desigualdad de fuerzas sostuvimos nuestras líneas intactas, combatiendo con un encarnizamiento espantoso.

Aquella noche en yo—me dice Reyes. Otro camarada, que quiere guardar el

incógnito, y que escucha nuestra charla, me completa la información de Fernando Reyes.

EL HEROICO CAPITAN Y LOS ANTITANQUISTAS

—Aquella primera noche del ataque soviético—nos dice nuestro anónimo interlocutor—cayeron heridos varios camaradas. Lo vi perfectamente, porque estaba en su sección. Acababa de ordenarnos un contraataque, y nos lanzamos a la lucha cuerpo a cuerpo con las bayonetas caladas en el fusil. El sargento cayó herido en mal lugar. Era lo más recio del combate, y su evacuación se hacía difícil, porque todas las ca-

millas las había mandado él mismo a la retaguardia llevando a otros heridos. Arrastrándolo por la nieve conseguimos sacarlo de aquel infierno. Todos creíamos que retirábamos un cadáver. Se lo llevaron a Posar, y de allí a Poblerejo, donde Muñoz Galero le operó.

Continuaron los combates durante tres días más, resistiendo nuestro batallón las oleadas rojas, metidos nuestros hombres en cuna, en el centro del ataque rojo. Por fin, al cabo de los tres días, el bravo capitán, con su compañía, y los admirables antitanquistas, deshicieron la tenaza roja que trataba de envolvernos. ¿Cómo se cubrieron de gloria Gazón, Páco Uria, Jiménez Millas, Aznar y todos los camaradas de antitanques! Luis Nieto asombró a todos con su arrojo, consiguiendo en una ocasión, con su escudra, hacer cerca de ochenta prisioneros.

EN PORCHOV. LLEGAN AZNAR, RIDRUEJO Y MIRANDA

Fernando Reyes nos completa los pormenores de su evacuación.

—Desde Poblerejo—nos dice—fui a Grigorovo, donde me encontré al capitán, herido en una pierna, que me dio noticias de los combates. Después fui trasladado a Porchov, en cuyo hospital oí, por primera vez desde mi llegada a Rusia, las voces femeninas de nuestras camaradas enfermeras de la División. De allí recuerdo como más sobresaliente la alegría del día de Navidad, en que fumamos tabaco de España, enviado por nuestro Caudillo. Por entonces llegó al hospital el gordo Agustín Aznar, y poco después Ridruejo, Miranda, Alfredo y Saracho. Allí conocí también la muerte del inolvidable Gaceo, mi compañero de la Cárcel Modelo de Madrid y camarada de las horas heroicas de la Falange.

Después de una larga estancia en el hospital, seis maravillosos días de viaje a través de la Gran Alemania, hasta llegar a Aquisgrán. Allí me cuidaron cariñosamente hasta reponerme lo suficiente para ir a Berlín y visitar otras capitales del Reich. Jamás podré olvidar las atenciones, el cariño y la simpatía con que en todas partes éramos acogidos, lo mismo por las autoridades alemanas como por los particulares. Y, por fin, el regreso a España y el abrazo a los míos...

SANTOS ALCOCER

La Vieja Guardia de José Antonio en el frente de Rusia

(Viene de la página 19)

camaradería. Los mandos y los soldados están unidos por sentimientos de amistad y cariño que se hacen compatibles con la más estricta disciplina. La ayuda al camarada es el todo en la División. Dígalo el caso de Luis Vernacci, que cumpliendo su misión de enlace se encontró en un puesto muy avanzado, entre el fuego infernal de una máquina del enemigo. A pocos pasos, otro camarada se encuentra resguardado de las balas en un pequeño refugio. Al darse cuenta de la presencia de Vernacci, le llama, y diciéndole: "Bastante desgracia tiene tu familia con la muerte de tus dos hermanos", le obliga a tumbarse en el refugio, mientras él se queda totalmente al descubierto. Por fin, ante la insistencia de Luis se tumban los dos, abrazados, para correr idéntica suerte.

Para darse idea de la disciplina basta relatar la siguiente anécdota:

En un pueblecito alejado unos kilómetros del frente, un oficial descubre a un soldado que acaba de dar muerte a un pato con un palo. Inmediatamente le llama:

—¿Qué haces ahí?

—Matando un pato, mi capitán.

—¿No sabes que eso no está permitido?

—Sí, mi capitán; pero tenía permiso de mi oficial para venir al pueblo y por eso lo he hecho.

—Entonces, si yo te mandase tirarte a ese río, ¿lo harías?

—Sí, mi capitán.

—Bien, pues tirate.

El soldado, casi sin pensarlo, se tira al río. Inmediatamente sale del mismo, y cuadrándose, dice:

—A sus órdenes, mi capitán. ¿Desea usted alguna cosa más?

El capitán, emocionado, abraza al muchacho y juntos regresan hacia el campamento.

Así, día a día y minuto a minuto, nuestros camaradas van haciendo historia sobre los helados campos de Rusia. Allí fueron por su voluntad, para luchar contra los enemigos de España. Muchos cayeron en el empeño. Pero su sangre no será estéril. Su recuerdo y su ejemplo vive perenne en los que quedaron. Para unos y para otros se ha hecho carne la frase profética de Muñoz Grandes: "Maldes, yo os prometo que estos hijos que hoy me dais os los devolveré cubiertos de gloria."

VICENTE OEBRIAN

SI REDACCION,
ADMINISTRACION
Y TALLERES DE
"ARRIBA"
LARRA. 8
Teéfono 32610

SOCIEDAD SINDICAL DE LABRADORES DE CALAHORRA

ORGANIZACION MODELO

De la definición académica de la palabra Calahorra — casa pública con rejas por donde se daba el pan en tiempo de escasez — al origen de su nombre, sin duda alguna, ha debido de existir algún lazo de relación. Lo cierto es que los principios de esta ciudad antiquísima se remontan, por lo menos, a los tiempos de Estrabón, cuando la palabra Iberia respondía a un hecho efectivo y concreto.

En la historia encontramos su nombre repetido numerosas veces para hablar de batallas que se efectuaban en torno a la ciudad, del heroísmo de sus habitantes y de su profundo sentido religioso. Así, por ejemplo, sabemos que fué sitiada por Aníbal, que luego, más tarde, sus moradores, los calagurritanos, se opusieron resueltamente al poder de Roma que la sojuzgaba, quien mandó para someterla a Pompeyo, poniendo sitio a la ciudad, cerco que fué extremadamente cruel y que los sitiados resistieron heroica y tenazmente, hasta tal punto, que agotadas las provisiones recurrieron para su alimentación a comer la carne de animales, inclusive la de los más inmundos y cuando ya no hubo animal que sirviera para su sustentación llegaron a matar niños y mujeres. Completamente falta de recursos fué tomada la ciudad, y de esta gesta heroica de sus habitantes ha quedado como proverbial el dicho de "hambre calagurritana".

De la antigüedad de la población da también pruebas el hecho de haber sido fundada por San Pablo su iglesia episcopal, que dejó por obispo a un discípulo suyo llamado Félix.

La catedral actual está edificada en el sitio que fueron sacrificados San Emeterio y Celedonio, Patronos desde entonces de Calahorra.

Esta brevísima mirada retrospectiva, proyectada a sus orígenes, nos puede servir para apreciar el espíritu que siempre animó a sus pobladores. Sobrios, fuertes en todo momento, hasta en la adversidad, supieron luchar y crear. Su fe profunda en Dios les sirvió de confortación y de guía para mantener esos valores eternos que han servido aquí, con el resto de España, para edificar el sólido edificio del espíritu hispánico.

Su suelo, como la mayor parte del norte de la provincia, corresponde ya al hundimiento de la cuenca del Ebro — una fosa en la que ha caído la parte central — y data de la época miocénica e intracretácica.

La generosidad con que la Naturaleza se prodigó en esta parte ha hecho posible esos extensos y fértiles huertos y vegas, donde se producen con verdadera exuberancia los cereales, la vid, el olivo, las patatas, frutas abundantísimas, etcétera, etc.

Pero los recursos económicos del hombre no correspondían a la prodigalidad de la tierra, y así, ante las necesidades insuperables de vencer para el campesino aislado, nació la idea de unión, como en todos los momentos difíciles de la historia del hombre, y fruto de esta unión fueron la Comunidad de Labradores y el Sindicato de Defensa de los Agricultores. Estas Agrupaciones tenían por objeto la defensa mutua de los intereses de los labradores a ellas acogidos, pero tal vez de una forma un poco simplista, lo que daba lugar a que no sirviera para cumplir todos los fines que eran necesarios, y esto era posible por una parte inteligente de enfoque y de dirección.

La Hermandad Sindical de Labrado-

res de Calahorra, continuadora de la obra de la antigua Comunidad de Labradores y del Sindicato de Defensa de los Agricultores, nos ofrece por su estructura y balance de la labor desarrollada, un ejemplo que quisiéramos dejar plasmado en estas líneas, para que sirva de guía y estímulo entre los de su clase.

Agrupados bajo la disciplina de la Hermandad Sindical de Labradores se hallan los 3.546 labradores, entre propietarios y colonos que componen la absoluta totalidad de la población campesina de Calahorra.

Se rige la Hermandad por las normas de la Delegación Nacional de Sindicatos, contando además con el JURADO sancionador, compuesto por un presidente y cuatro vocales, cuya misión es la de actuar y resolver en todos los casos que se planteen de delitos o faltas contra la agricultura.

La existencia del JURADO con este sabor clásico y tradicional que al mismo tiempo encierra el más perfecto espíritu de hermandad entre los productores agrícolas, ha sido recogida por la Delegación Nacional de Sindicatos en su reciente Orden General de Delegación número 20, sobre Normas genéricas que habrán de tener en cuenta en la redacción de las Ordenanzas de Hermandades Sindicales de Labradores y Ganaderos.

También tiene esta Hermandad, y de igual modo ha sido recogido en la antes citada Orden de la Delegación Nacional de Sindicatos, el Servicio de Obras de Presas, cauces y caminos y de policía de aguas, así como también el Servicio de policía rural, que depende de modo total y absoluto de la Hermandad, tanto en el nombramiento de guardas como en el de juramentación y en todo lo referente a la ley de Policía rural.

Hace dos años que tiene montado la Hermandad otro Servicio para entrega de los productos hortícolas y frutos a la Industria Conservera de La Rioja, cuyo movimiento supera en los pocos meses de cosecha los 25 millones de pesetas.

Además, la Hermandad dispone de máquina trilladora para sus afiliados, y en



Primera exposición de productos del campo celebrada por la Hermandad Sindical de Labradores de Calahorra

de cada uno de ellos figura un jefe y un subje.

Independientemente de estos grupos funcionan 12 servicios, de ellos ocho presas y regadíos y los de ganadería, fertilizantes, caminos y piensos.

Por cuenta de la Hermandad han sido construidas tres presas, una en la Ribera del río Ebro y dos en el río Cidacos. Solamente una de ellas ha importado más de dos millones de pesetas.

En la actualidad, y a pesar de la escasez de abonos, han sido sembradas unas 20.000 fanegas de trigo, 9.000 de cebada, 7.000 de leguminosas, 9.000 de alubias, 1.800 de vid, 2.700 de olivo y unos 120.000 kilogramos de patatas. Su ganadería, aunque muy mermada por la

Por el Servicio Cooperativo de la Hermandad han sido entregadas las siguientes cantidades de abonos:

| | |
|---------|----------------------------|
| 289.450 | kilogramos de superfosfato |
| 12.450 | " de sulfato amónico |
| 57.450 | " de nitrato sódico |
| 700 | " de sulfato potásico |
| 187.000 | " de abonos compuestos |
| 3.154 | " de sulfato de cobre. |

El Servicio de Piensos distribuyó para atenciones de ganado 257.000 kilogramos de las diferentes clases de salvado, pulpa almortas, habas, alfalfa, etc.

La semilla repartida alcanza las siguientes cifras:

| | |
|--------|----------------------|
| 24.366 | kilogramos de trigo. |
| 6.643 | " de cebada |
| 3.130 | " de avena. |
| 2.300 | |

Todos estos datos, que por sí solos son muy elocuentes, nos revelan la importancia de esta organización dentro de la vida económica de Calahorra, importancia que aumentaría considerablemente si los proyectos presentados, algunos de ellos vitales para su existencia, pudiesen llevarse a feliz término.

Tenemos como más importante el de las defensas del Ebro. En sus crecidas periódicas inunda surbera y arrastra poco a poco su hermosa vega. Podemos decir que en sólo cuatro años, con sus desbordamientos, ha hecho desaparecer más de quinientas fanegas de tierra. Este problema, agravándose por momentos, ha puesto en peligro a 7.000 fanegas; es decir, que tierras que por su situación privilegiada dan dos cosechas anuales, y en las que se miran como niños mimados sus modestos labradores, están castigadas a desaparecer. Otra de las esperanzas de estas comarcas labradoras es la canalización del río Cidacos.

Por iniciativa de la Delegación Sindical Provincial, y dentro de la Hermandad de Labradores, se ha celebrado el primer concurso de productos del campo. Su resultado no ha podido ser más satisfactorio. Se presentaron los mejores frutos de la huerta y cada uno de los expositores recibió el premio correspondiente a su lote, que oscilaba entre las 50 y 125 pesetas, amén del diploma correspondiente.

La novedad y el desconocimiento de muchos de lo que en sí era la Exposición hizo que no acudiesen a ella un buen número de agricultores; mas buena prueba de su feliz resultado es que ya está en preparación la segunda Exposición para el 31 de agosto del año actual, y principalmente impulsada por aquellos que en la pasada no estuvieron representados.

La Hermandad tiene como Patrón, cuya figura preside todos sus actos, a San Isidro Labrador, y es tradición el que anualmente sea sacado el Santo a hombros de los labradores adornado con los mejores y más seleccionados frutos de la huerta, así como rodeado de rosos de pan. Después de esta ceremonia se hace un reparto de medio kilo de pan por persona entre los labradores más necesitados.

En resumen: pueblo eminentemente agrícola, emprendedor de grandes empresas, y cuya prosperidad y engrandecimiento no ofrece ninguna duda; orgullo de todos es esta Hermandad de Labradores, cuyos actos salen del marco regional para ser ejemplo de organizaciones similares, en bien y provecho de los intereses de nuestra Patria.



Avenida del Ebro en Calahorra. Aspecto de su ribera en una de ellas

el próximo año dispondrá de todas las máquinas precisas para un buen servicio de los mismos.

En el año actual se ha creado también un vivero de arbolado y otro para cultivo y mejora de tabaco, y existe el propósito de crear en año venidero campos de experimentación para todos los productos que se cultivan en la Zona de La Rioja Baja.

tuyen la Hermandad de Labradores, molacha, huertas y ganadería. Al frente

escasez de piensos, también representa un renglón importante, pudiéndose calcular en un par de centenares el ganado vacuno lechero. El lanar cuenta con 12.500 cabezas, alcanzando el millar cada una de las clases de cabrio, cerda, caballar, mular y acral.

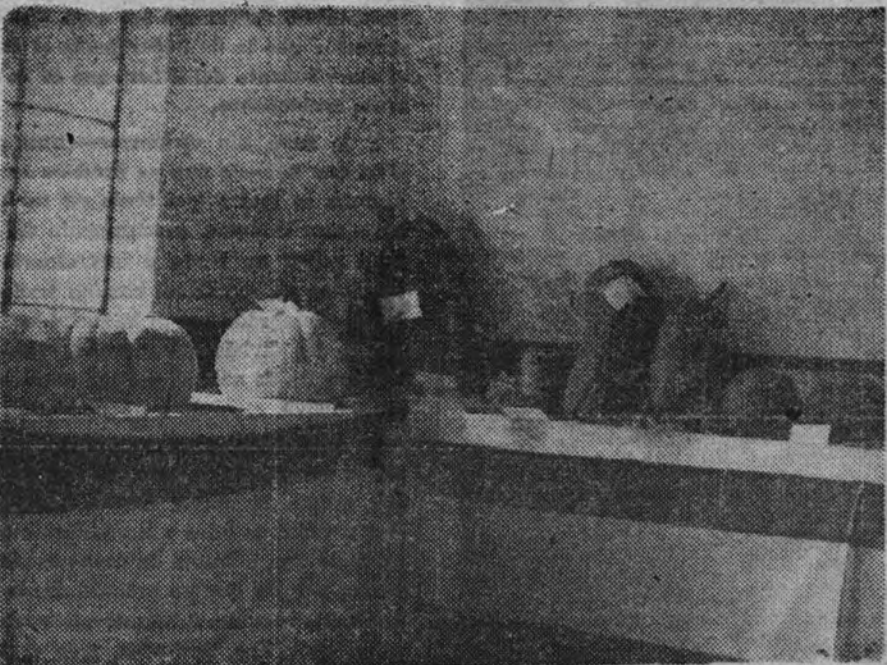
A la zona agrícola de Calahorra están agrupados los términos de Pradejón, con 476 labradores; Aldeanueva de Ebro, con 454, y San Adrián, con 31.

La Administración de la Hermandad, aunque centralizada en su Junta Sindical, está subdividida en tantos grupos como presas. Cada una de ellas hace frente durante el ejercicio económico a todos los gastos normales y a los de obras de reparación o mejora de su presa. Para ello, si su hacienda no lo permite, recibe por cuenta de las demás un préstamo, cancelándose el mismo al finalizar el ejercicio económico, mediante el reparto proporcional entre todos los labradores que las integran.

La vida próspera de esta Hermandad y su eficacia en obras es orgullo del delegado provincial de Sindicatos de Logroño, camarada Amando Fernández Martínez, que ha puesto en ella los máximos cuidados, prodigándola con todo cariño el más constante trabajo.

Bajo la dirección del alcalde y jefe local del Movimiento, camarada Antonio Martín, y los constantes desvelos del delegado sindical local, camarada Luis Samaniego Gil, ambos viejos falangistas, ha llegado a constituirse esta Hermandad en norma, ejemplo y envidia de organizaciones campesinas de la Falange.

Desde su creación ha sido jefe el camarada Laureano Belloso, que con su competencia de agricultor modelo y con su pública fama de hombre de acrisolada honradez y arraigado espíritu nacional-sindicalista, ha sabido cada día perfeccionar obras y crear nuevos servicios, conquistándose la confianza ilimitada de todos los labradores.



Exposición de productos del campo. Un rincón de la misma

LA DIVISION AZUL

Por CELIA JIMENEZ

(La Provincial de la Falange de Berlín)

El nombre de División Azul es todo un símbolo que no puede tener expresión más pura.

Es División Azul para España porque el color de su adjetivo es condensador de todos los dolores, de todas las heroicidades y de todas las ansias de triunfo de esta España de la camisa azul, del yugo y de las flechas de Franco y de José Antonio, que llenan la página más bella del Libro de Oro de la civilización.

Es la "Blau División", porque así se la asigna, desde el primer instante, con el corazón y con los labios de ese magnífico pueblo alemán que, con los nuestros, da los mejores de sus hijos en espléndido holocausto de la más elevada comunidad de ideales.

Quando se formó la División Azul en España, los españoles que en ella se alistaron se daban perfecta cuenta de que, al poner al pie de su firma de voluntarios el compromiso de sus vidas, pusieron su corazón entero, su fe en Dios y en el Caudillo, su decisión firme de luchar para salvar al mundo del azote terrible y brutal del conglomerado judíoasiático, representante de las más horribles de las barbaries y, también, su ansia sublime de enaltecer la impercible memoria de tantos y tantos caídos por el honor de la Patria, siendo dignos sucesores de ellos.

Se dieron cuenta también exacta de este gesto de extraordinaria epopeya las madres mártires, los hermanos menores, las novias enlutadas de ese millón de muertos que España, siempre generosa y sublime, dió, la primera, para salvar al mundo.

También se percataron de este sacrificio un puñado de patriotas, que debe ser toda España, que ha de ser toda España; unos porque sufrieron todos los martirios y todas las vergüenzas en los presidios rojos, otros porque, vilmente engañados, pasaron la amargura de ser hostiles, inconscientemente, a las armas triunfantes de nuestro Caudillo.

Pero para poder llegar a comprender toda la magna grandeza de esta heroica Cruzada que los "soldaditos de España" están escribiendo con sangre, la más noble, en las gélidas estepas rusas, es pre-



ciso haberlos visto con sus uniformes grises de soldados de las "legiones del Führer", unidos en íntima camaradería de fuego y sangre, fundidos en un mismo y puro aliento de morir o de triunfar... ¿De morir o de triunfar?

No. De triunfar.

Porque todavía no se ha dado en la Historia del mundo un solo caso de un pueblo que pueda ser vencido cuando pone toda su fe, toda su fuerza y todo el poder de su ilusión en vencer.

¡España vencerá una vez más! ¡Venció en la propia España! ¡Vencerá en Rusia, y su nombre glorioso quedará esculpido con letras de oro en curso de los tiempos.

Yo, compatriotas, no entiendo de la cosa ni del arte político, ni de cuestiones internacionales; pero creo en Dios y en

la grandeza del corazón de los hombres buenos y valientes, y tengo el deber de decirles a todas esas madres y mujeres españolas que esperan a diario, impacientes, mis modestas radiaciones desde Berlín, que pueden sentirse orgullosas de ser las creadoras o las esposas de esos magníficos divisionarios azules españoles que yo he visto combatir y he oído y presenciado volver eufóricos, radiantes y contentos del frente de combate, cantando una viva canción española y gritando siempre: "¡Arriba España!"

¡Arriba España! ¡Que es absolutamente lo mismo que decir: ¡Viva España! ¡Oís, españoles?

Yo quisiera contagiarnos a todos de esa sublimación del espíritu que ha elevado a la cúspide de la gloria a los divisionarios azules que, en la Cruzada defini-

tiva por el honor de la Patria y por la paz del mundo, no se han preocupado de quedar entre los muertos o entre los vivos, seguros de ser, siempre, triunfantes.

Yo quisiera hablaros de esa espléndida hermandad de los soldados españoles y de los combatientes hermanos, para que todos pudiérais comprender, de una vez para siempre, que en esa unión, tan lealmente establecida entre nuestros dos pueblos, está la mística simiente de un triunfo que no ha de ser sólo de una nación y de una raza, sino que lo es del bien sobre el mal, de la luz sobre las tinieblas, de la civilización sobre la incultura.

Pero prefiero volver sencillamente a mi puesto de "madrecita de la División Azul" para dedicar todos mis desvelos y todas mis vigillas a alegrar el heroísmo de las vuestras y a mitigaros en las horas, naturales, de debilidad y de espera.

Y, cuando dentro de unas horas, o de unos días, vuelva a atravesar las amadas fronteras de mi Patria hacia aquellas otras tierras en las que veo y aprecio para mi España, para nuestra España, un calor tan ferviente que para nosotros todos han conquistado nuestros divisionarios, continuaré mi obra sin otra ambición que la de llegar hasta el fin en el cumplimiento del deber, que es la máxima recompensa.

Y lo haré, sin olvidarme—¡bien sabe Dios que no!—de que yo también le di a España lo mejor que tenía en mi vida, pero acordándome, precisamente de ello, para poner un tesón y una alegría falangistas en seguir mi camino hacia delante, alumbrado por el inigualable ejemplo de los divisionarios azules, caminando siempre de cara al sol con nuestra calza nueva.

Y pensar, mujeres españolas, que la mejor ofrenda, el mejor consuelo, la mejor ayuda, la mayor ilusión que podéis dar a vuestros hijos y a vuestros esposos es la de que, a través de esas misteriosas ondas por las que yo procuro daros fe y consuelo, vosotras debéis devolver, sin vacilar, enérgicas, decididas, todo el aliento y toda la energía de que sólo puede ser capaz la madre y la mujer española.

¡¡Arriba España!!



...a contribución con simientes, José P. ... de la Falange de Berlín, y cuya voz es un consuelo por los españoles, interroga ante el micrófono a un herido de la División Azul